

**EDITORIAL  
BUKOWSKI**

Mi Historia Naranja 2020, Concepción. Editorial Bukowski, 2020.

130 pág. 19 x 13,5 cm.  
Registro de Propiedad Intelectual

Derechos Reservados

Primera Edición,  
Diciembre 2020

Editorial Bukowski : Barros Arana 1572, Concepción, Chile

Director - Editor : Ivo Maldonado P

E-mail : [director@casabukowski.com](mailto:director@casabukowski.com)

web : [www.casabukowski.com](http://www.casabukowski.com)

Fanpage : Casa Bukowski

Instagram : Casa Bukowski

YouTube : Bukowski TV

Primera Edición : 200 ejemplares, Diciembre 2020

Corrección de Textos : Alejandro González E.

Diseño de Portada y Editorial : Freddy Lepe C.

Libro de edición Chilena.

No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos.



**MI HISTORIA  
NARANJA  
2020**

**EDITORIAL  
BUKOWSKI**

## **Esto es Cobreloa**

Lo primero que se me viene a la mente (después de la camiseta) son los atardeceres en Calama, tan característicamente naranjos, la coloración completa del cielo gracias a un atardecer.

Este libro tiene una importancia y un sello de su propia gente, gente a nivel nacional que los une un club nortino, cargado de mucha pasión, representante fiel del esfuerzo minero, el amor y simbolismo del color naranja. Esto es Cobreloa.

La trayectoria naranja debe ser valorada por cada historia plasmada en el siguiente libro, relatos que deben inspirar en devolver la confianza y sobre todo la esperanza de un Cobreloa mejor, un Cobreloa grande que tiene hinchas a lo largo de todo Chile por su pasión y entrega. Esta es una de las cosas que más se debe valorar, ya que nuestro club tiene una gran hinchada, desde Arica a Punta Arenas, incluso en el extranjero, siempre hay un cobreloíno que valora, empatiza y vive junto a su club.

Con Mi historia Naranja retrocedo a mis tiempos. Recuerdo cuando la hinchada lanzaba naranjas al terminar el partido ¿dónde más pasaba eso? en ninguna parte y con ningún otro equipo, cosas que sólo pasaban en Cobreloa. Gracias a esto, hoy a través de un libro, sus hinchas pueden plasmar sus propias historias naranjas.

*Héctor "Ligua" Puebla Saavedra*

## Sueño cumplido

Surgió como una loca idea que la plasmamos haciendo en el 2017 una primera edición de Mi Historia Naranja. Si hasta el nombre tuvimos que cambiar para no salpicar derechos intelectuales. Sin tanto bombo ni platillos comenzamos con una difusión a través del programa En La Línea Deportes en Radio Fm Mundo, que permitió recibir un número importante de relatos, cuyo premio mayor fue para el ganador una camiseta autografiada por todo el plantel de la época.

El interés inicial era llevar esas historias y vivencias a un libro. La falta de recursos y otros menesteres no permitieron cumplir este íntimo anhelo personal y grupal.

La historia se repitió en este segundo llamado, que esperamos se convierta en una tradición cada año, y que siga creciendo con el tiempo en cantidad y calidad. La diferencia esta vez es que es nos metimos literalmente la mano al bolsillo para cumplir finalmente el sueño, pues para eso son, para cumplirlos y dejar de paso plasmada cada historia en un libro que no tendrá un fin de lucro sino solidario para ayudar a una niña calameña y obviamente cobreloína que hoy, junto a sus padres y familia, necesita el respaldo de todo el pueblo naranja.

Cruzamos el río, sin saber casi nada de libros ni su dedicado proceso, pero lo importante es el objetivo final que se ve plasmado en esta recopilación seleccionada por un experto jurado, con quien comparto mi gratitud eterna. Lo mismo para todas y todos quienes nos compartieron sus vivencias, sus historias, sus anécdotas íntimas con un club que, como dicen sus seguidores, no nació grande sino gigante.

Es un regalo l.o. para los cobreloínos y cobreloínas de Chile y el mundo. ¡Disfrútenlo!

*Hugo Marambio Miranda*

*Periodista*

*Director En La Línea Deportes*



**Mi Historia Naranja**  
**2020**





## LA ÚLTIMA CONVERSACIÓN

- ¿Cómo estai?
- Bien, nos tocó quedarnos hasta el lunes, no había vuelo antes a Calama. Así que tenemos tres días de encierro en el hotel.
- Y mi padrino ¿No se aburre?
- No creo, está descansando en la pieza viendo una película, así que está bien.
- Oye, mañana sábado iremos con la Pauli y la Rafa al mall outlet que está en Quilicura, como tienes el día libre ¿Quieres acompañarnos?
- Ya, qué bueno, pasa a buscarme y los acompaño.

Hasta ahí, todo fue tan normal como siempre. Muchas veces me encontré con mi papá en los hoteles de las ciudades, donde coincidíamos porque Cobreloa tenía un partido que jugar. Esta vez, por la celebración de Todos los Santos, reunimos nuestras vidas en Santiago.

Al día siguiente, el paseo al mall no fue muy distinto a otros. La pasamos bien, gozó como nunca a su primera nieta, la Rafaela, a la cual le cantaba todas las canciones que alguna vez escuché con un primo chico. En eso, el Menta era entretenido y muy amoroso. Quería mucho a mis primos, y para qué decir a la Catalina, a quien consideró siempre como suya, y que solo le hacía fiesta cuando estaban juntos. Nunca le dije nada, pero fue el mejor papá del mundo. No es una palabra fácil de nombrar, porque el fútbol y su Cobreloa nos quitaron bastante tiempo de convivencia. Pero nunca nos pudo quitar el cariño silencioso que nos teníamos. Nunca hubo un “te quiero”, pero no era necesario, porque el cariño fue enorme.

Llegada la hora de separarnos, lo fuimos a dejar al hotel. Esta vez, había alojado en el Da Vinci de Las Condes, y como siempre quedamos de acuerdo de vernos en una ciudad cercana.

- Chao Papá.
- Chao Andrés, cuida a la Rafaela. Que estén bien.

La mañana siguiente, un domingo, no sé por qué, sentí unas ganas enormes de pasar un momento más con él. Eso era poco común en mí. Creo que en eso nos parecíamos. Cuando nos despedíamos, era solo para dejar claro que nos volveríamos a ver en alguna ciudad donde le tocara jugar. Pero esta vez fue distinto. Llamé al hotel y pedí hablar con Luis Becerra, de la delegación de Cobreloa. El recepcionista me transfirió a la pieza en la cual estaba alojado y, como muchas otras veces, quien contestó fue mi padrino, conocido en el mundo del fútbol como Campito.

- Hola Padrino. ¿Cómo está?

- Bien, hijo, acá un poco aburrido, ojalá pase pronto el día para irnos a Calama. Estuvo un poco mal planificado el viaje y el club, para no pagar más en pasajes, nos dejó acá en Santiago hasta el lunes.

- Bucha, qué fome. ¿Cómo está la madrina?

- Bien Nano, ella está en la casa con la Pelu, esperando que lleguemos. Recién hable con ella.

- Mándele saludos.

- Gracias, más tarde cuando la llame le diré. Acá esta tu papá, te lo paso.

En ese momento vi satisfecha mi necesidad ilógica de volver a escuchar a mi papá.

- Hola Papi. ¿Cómo estás?

- Bien, Andrés. ¿Ustedes cómo están?

- Bien, Papá, acá estoy con la Ela. Oye, ¿puedo ir a almorzar contigo? Llevaré a la Rafa.

- ¡Ya! Vengan no más, acá almorzamos a la una. Así que ven rápido para que comamos juntos.

Llegamos con la Rafaela a eso de las 12:30. Viajamos en tren -como ella le decía al metro- y, en el hotel que estaba a pocas

cuadras de la estación, nos estaba esperando mi papá con una luz muy distinta, con mucha alegría de estar nuevamente juntos.

Como tantas otras veces, me senté a la mesa con los jugadores que se habían quedado en el hotel. Almorzamos juntos, sentí que mi papá estaba muy orgulloso de estar sentado en la mesa con su nieta. Llamó al garzón y le pidió poder calentar el colado de la Rafaela. Al rato después, llegó su comida y pudimos almorzar todos juntos. El Menta, como nunca, estaba contento de darle la comida a la Rafa. Había una cosa que siempre me entretenía de él: cada vez que le daba de comer a un niño, mi papá hacía el gesto de abrir la boca, como queriendo acompañar el masticado. Para mi sorpresa, ahora que me ha tocado alimentar a mis hijos, en más de una ocasión me he sorprendido haciendo el gesto. Sin dudas la herencia pesa.

- ¿Cómo te has sentido, Papá?

- Bien, Andrés, un poco cansado. Los viajes me están aburriendo. Llevo mucho tiempo en esto, ya no me entusiasma mucho viajar. Pero bueno, así es mi trabajo, y solo espero poder irme pronto.

- Demás que sí, pero bueno, mañana ya te vas a Calama y podrás descansar.

- No creo que mucho. Llegaremos a entrenar, ha estado pesado el campeonato y es necesario estar bien para lo que se viene. Teníamos un código secreto entre él y yo. Siempre le preguntaba “¿cómo están los malos?”, y él siempre -entendiendo la ironía-, me respondía que “ahí están, ya nos irá mejor”.

Después del almuerzo, salimos a caminar con Rafaela y el Menta. Esta vez, el día nos acompañó. Es tan bonito ese sector de Santiago, siempre tan Papá, siempre tan Menta. No hay ocasión que no pase por aquel lugar y recuerde la vida ligada a fútbol del Menta.

Caminamos un buen rato. Nunca pude dejar de pensar en lo que dijo sobre su cansancio laboral. Como una situación extraña,

quedé pegado con eso y, durante nuestro paseo, conversamos como nunca. Al final del día, nos tocó despedirnos.

- Chao, Papá.
- Chao, Andrés, cuida a la Rafita. Nos veremos pronto.
- Te quiero.
- Yo también.

Hasta el día de hoy, nunca olvido este último mensaje enviado por el destino. Tuve el llamado de la vida, al poder pasar un tiempo más con él. Una sensación rara. Lo fui a ver a pesar de que ya habíamos cerrado nuestro tiempo. Pero bueno, al destino algunas veces hay que escucharlo, porque te da oportunidades que no debes dejar pasar.

Me viene a mi casa en Yungay. Mi papá llegó a Calama como siempre. A trabajar duro, queriendo en su corazón poder descansar pronto. Pero la vida es irónica. Pasaron sólo tres semanas de este último encuentro. Recuerdo muy bien cuando, llegando del trabajo, me llama una compañera para decirme que algo grave había pasado. Pensé inmediatamente en mi hija. Y con mucho apuro le pregunté:

- Dígame ¿Qué pasó?
- Su papá esta grave en el hospital. Tuvo un infarto y está en la UCI.

Ni les cuento lo que pasó por mi mente. Mientras el chofer que me llevaba desde la cordillera hasta la ciudad apuraba su marcha, me comuniqué con el tío Chago (Santiago Rojas, Kinesiólogo de Cobreloa).

- Tío ¿Qué pasó?
- Andrés: tu papá tuvo un paro, lo pudieron sacar, está muy grave en la UCI.

Una vez en Yungay, presurosamente tomamos nuestras cosas y viajamos a Santiago. Mientras tanto, el gerente de Cobreloa apuraba los pasajes hasta Calama. Salimos a la mañana siguiente a primera hora. Llegamos al aeropuerto, encontrándonos con el equipo de Cobreloa que estaba viajando a La Serena. Nunca me pude borrar esa imagen. El Filo estaba reemplazando a mi papá, y se acerca a mí con los ojos muy rojos de tanto llorar y me dice: -Nano, el Menta está mal, ándate luego al hospital.

Me abrazó tan fuerte, que sentí muchísima compasión y protección. También se acercó mi padrino, con la misma cara que el Filo, diciéndome exactamente lo mismo.

Al llegar velozmente al Hospital del Cobre, veo a mi mamá, a todos mis tíos y vecinos de Calama en la sala de espera. También pude ver algunos dirigentes de Cobreloa. Me hacen pasar rápido a verlo. Y es ahí donde nunca he podido borrar esa imagen, cuando vi a mi papá conectado a un ventilador mecánico, lleno de vías venosas, con muchos medicamentos y un multiparámetro indicándome que su corazón latía muy lentamente y que su presión arterial era casi mínima. En ese minuto, de mucha tristeza, me quedé solo con él, sabiendo que su vida llegaba hasta ahí. En una especie de espera por mí, hizo el esfuerzo físico de salir de un paro cardíaco, todo gracias a sus compañeros de trabajo, que le hicieron reanimación cardiopulmonar, pudiéndolo ayudar para que, en el hospital, con mucho esfuerzo del equipo médico, pudieran despertar a su corazón, solo para darme la oportunidad de ver que latía por última vez.

Recordé la última conversación, donde me dijo que estaba cansado. Le tomé la mano y con mucha pena le dije:

-Descansa, Papá. Te quiero mucho.

*Alejandro Becerra Vega*  
*Primer Lugar Concurso*  
*“Mi Historia Naranja 2020”*

## QUE SUENE LA SIRENA

Esto fue hace muchos años, tantos, que no recuerdo mi edad exacta. Estaba en el Colegio Chuquicamata, establecimiento educacional ubicado en el campamento minero donde viví mi infancia y juventud. Era domingo, el día que más me gustaba de la semana. Ese día jugaba Cobreloa en el Municipal de Calama contra un rival era abordable. Coquimbo Unido venía dando tumbos en el campeonato y luchaba por salvarse del descenso. Los Zorros, por su parte, peleaban la parte alta con los llamados Grandes de Chile.

Desayunamos con mi viejo y, mientras disfrutábamos de un té y una marraqueta tostada con mantequilla y mermelada de fresas, especulábamos sobre el resultado. Cobreloa saldría a jugar con su mejor equipo. Era esperable un triunfo. Se trataba de un partido que, si bien era importante, no determinaría el campeonato. Mi viejo me decía que antes, en los 80, cuando Cobreloa jugaba en Calama, nadie se preocupaba del resultado final, sino que por cuántos goles ganaría. Pero ahora era distinto. El equipo ya no tenía ese plantel plagado de estrellas que lentamente iba perdiendo su jerarquía junto con las reducciones en el aporte económico de Codelco al club, a eso sumado que la gente ya emigraba de Chuquicamata, que finalmente fue cerrado y enterrado. Sin embargo, el equipo se mantenía fuerte y era un rival duro.

El partido se jugaría a las 16 horas, como ya era tradición cada domingo para sacar provecho del calor y de la altura. Con mi viejo salimos de la casa cerca de las dos de la tarde. Nos gustaba llegar temprano al estadio. Mi viejo compró dos bolsitas de maní confitado y esperamos el inicio del partido. Cobreloa salió con todo, y ya a la media hora de juego ganaba tranquilamente por 2 a 0 y era dueño de las acciones. El segundo período fue más calmado para el local, que disminuyó el vértigo y se dedicó a tocar y esperar. Finalmente, el gol de Covarrubias decretó el 3 a 0 final con un triplete del zurdo.

En cada partido de Cobreloa, había algo que siempre llamaba mi atención: la sirena que sonaba fuerte en el estadio cada vez que el equipo atacaba o anotaba un gol. Mi viejo me contó que era una cábala desde los inicios del club. Y los rivales sentían la presión de ese ruido que parecía producir una tronadura en el estadio, entusiasmado al público. Pasaron los años y la sirena nunca cesó de sonar. Cada fin de semana, donde el equipo jugara, se hacía sentir. Había algo místico en ello. Un signo de poder. Una forma de decirle al rival “este es Cobreloa”. La sirena era parte de la institución. Una tradición que se mantuvo con el tiempo.

Hoy, el equipo está en Primera B, categoría impensada para un Grande y la amargura se ha extendido por más tiempo del pensado. Ya siendo adulto, yo sigo esperando el retorno a Primera A. Me imagino una tarde soleada, donde Cobreloa definiría el ascenso de local, y los Zorros no nos defraudarían. Se subiría a Primera y la sirena sonaría más fuerte que nunca. Todo sería una fiesta.

Muchas generaciones pasaron y, aunque no es la potencia futbolística de antaño, en algo sí es el mejor de todos: en su hinchada. Cobreloa tiene presencia en todos los estadios, a pesar de ser un equipo de provincia, y la sirena siempre allí, sonando en cada ataque del equipo, en cada gol. Un ruido largo y pronunciado que nunca cesó. Un canto que, a fin de cuentas, nos susurra “nunca pierdan la esperanza”. Y así es, la sirena sigue sonando, nunca se ha callado, porque eso es ser hincha: gritar y alentar sin importar nada más. Es, en resumen, el canto de un pueblo que ve en el fútbol la gran vía de esparcimiento a una vida sacrificada. Son ellos, los mineros, quienes se encargan de transmitir el amor a Cobreloa entre las nuevas generaciones. Los viejos de la mina, los mismos que llenaban el estadio portando aún sus elementos de seguridad, como bototos y cascos, recién salidos de turno, con una sonrisa en su rostro de minero, la piel curtida por el polvo y el sol furioso del desierto, mostrando en los surcos de sus arrugas una historia rica y sin par en el país.

Hoy vivo en La Serena. Sigo al equipo a través de la radio y la televisión, y cada vez que juega en la región los voy a alentar. Ahora entiendo lo que pasaba en el estadio esos lejanos domingos. La gente veía en Cobreloa una esperanza. Un motivo por el cual estar feliz. Porque eso entregaba el equipo a los calameños, chuquicamatinos y a todos los miles de hinchas repartidos en el país: Esperanza.

Hace poco tuve un sueño, en él, Cobreloa disputaba la final del Campeonato con la U. El partido de ida en Santiago había sido duro y los Zorros terminaron cayendo por 2 a 0. La revancha en Calama sería muy complicada. Aún estaba en el recuerdo aquella final perdida de local con los azules por penales el 2004. Había ansiedad. En el sueño iba con mi viejo en el auto bajando a Calama. En el camino pasaban más vehículos enarbolando banderas naranjas por las ventanillas. La gente colmaba las calles para llegar al estadio. Las imágenes se vuelven difusas, pero hay algo que recuerdo claro: la sirena. Cobreloa resultaba campeón luego de ganar el partido por 4 tantos a 0. Yo salté a la cancha y di la vuelta olímpica con el equipo. El Municipal estaba a punto de estallar. Mientras corría con los jugadores y la Copa, miraba al cielo prístino de esas tierras áridas. Entonces comprendí que ser hincha significa mucho más que alentar a un equipo cuando le va bien; ser un verdadero hincha se traduce en ser fiel, leal y alentar siempre, hasta en los pensamientos. Sufrir con tu equipo, en definitiva.

Muchos años han pasado, ya estoy viejo. Hoy, cuando veo al equipo y escucho la sirena, recuerdo esas tardes con mi viejo. Entonces, con la emoción en la garganta, sigo alentando al equipo. Porque hay cosas que no cambian, que no las altera el tiempo, y eso es el amor por tu equipo.

La sirena permanece, como un eco de un pasado mejor, pero cada vez que se escucha, vuelve la esperanza que mi viejo



nunca perdió y que yo tampoco perderé. Porque soñar da para todo, incluso para revivir en la memoria a nuestros muertos, ya que, después de todo, el fútbol es como la vida: una pasión que no muere.

Cada vez que voy al estadio, al sonar la sirena sonrío, pues sé que las tradiciones son parte de la vida y que la pasión que el fútbol despierta es real, aunque a veces incomprendida. Pero yo la vivo cada vez que Cobreloa juega, y allí, en la cancha que sea, está la sirena, con ese grito ensordecedor que reza “nunca bajen los brazos”. Y nunca lo haremos.

Cobreloa es un grande esté donde esté, y allí estará su gente, alentando y evocando esos viejos tiempos, los mismos que algún día volverán. Y volveremos a ser felices al son de esa bendita sirena.

***Cristián Brito Villalobos***  
*Segundo Lugar Concurso*  
*“Mi Historia Naranja 2020”*

## LA NOCHE MÁS TRISTE

Por segundo año consecutivo, el equipo llegaba a la Final de la Libertadores. Sentíamos que Peñarol era un equipo mucho más asequible para Cobreloa. El Flamengo del 81 era un equipazo. La selección brasileña vestida de rojo y negro, con Zico en sus filas. El Pelé Blanco le llamaban, pero a Peñarol se le había derrotado las dos veces que se enfrentó al Zorro y ahora, en la primera final jugada en Montevideo, lo habíamos empatado. Estábamos eufóricos. Niños de 13 años que, con la naranja, solo habíamos conocido de éxitos. Desde el primer día me enamoré de sus colores. La identidad con la tierra pesa mucho: Cobreloa representaba la nuestra, era nuestro. Ahora seríamos el primer equipo chileno en ganar algo importante, algo de verdad.

En la casa nos preparamos toda la tarde. El martes de clases era lo típico de fin de año en los 80. Asistencia obligatoria, pocas clases. El tema del día era el partido de aquella noche en Santiago. Los adultos especulaban con jugar en el Nacional y lo injusto que era para los calameños tener que ver ese partido por televisión. Había una animadversión hacia el periodismo deportivo de la capital. Siempre sentimos que nos despreciaban y que, pese a la gloria alcanzada en tan poco tiempo, nos miraban por sobre el hombro para agrandar a equipos sin mérito, como esa U. que no ganaba nada desde fines de los 60 o al Colo, hijo predilecto del gobierno de turno.

Mi papá invitó al Ricardo, un amigo de la familia, quien trajo bebidas, confites y pan de cóctel para festejar la hazaña. Las primeras imágenes del estadio mostraban un recinto repleto, una gran barra naranja que, seguramente, había viajado desde las alturas precordilleranas del Loa para apoyar a su equipo, sumando a los nuevos hinchas de provincias que ahora comenzaban a surgir por todas partes, pues aquel equipo era eso: el equipo de las provincias que se rebelaba al centralismo de siempre. Cobreloa siempre fue mucho más que fútbol.

El partido comenzó a jugarse como se jugaban los partidos

en el Municipal: Cobreloa atacando y metiendo al rival en su propio arco, mientras reventaba la pelota hacia las tribunas de preferencia, generalmente con desesperación, al verse superado fútbolicamente por nuestros jugadores. Observaba con admiración a Alarcón, el minero que dejó la mina para convertirse en ídolo; a Soto, cuyo pase fue comprado por los mineros el 78; a Wirth, un arquero; a Merello, siempre talentoso; al Toti Tabilo, el hombre humilde de Ovalle, la tierra de mi madre; a Olivera o Siviero, nuestros uruguayos impregnados de la misma sangre que se impregnó en el Gigante Minero desde su fundación, cuando llegaron Garisto, Jauregui y Correa.

El gol parecía que caería en cualquier momento. El Gigante Fernández atajaba todo, a veces ayudado por su defensa. En muchos momentos del partido, Peñarol se refugiaba con todo en su área. Eran los charrúas, a quienes habíamos visto en otras ocasiones jugar a lo mismo. La selección y los equipos uruguayos eran fuertes, recios, duros, preferían la rudeza al talento, imponían el físico. Pero al frente había un equipo de talentosos.

Aunque los nervios estaban de punta, queríamos pronto iniciar la celebración, sin embargo, el gol no caía y el rival se endurecía en su defensa. Mi padre se paró más de una vez gritando el gol. El Ricardo lanzaba unos garabatos al aire. Comenzamos a pensar que había que esperar unos días más. Teníamos la certeza que en Argentina, en Brasil o donde fuera le ganábamos a Peñarol. Nuestro equipo era inmensamente superior al de ellos. El emocionante relato de Carcuro se complementaba a la perfección con los gritos de apoyo en el estadio. Sin importar que lo ganáramos en los últimos momentos, lo importante era ganarlo. Yo saldría a las calles de la Villa Exótica a burlarme de mis amigos colocolinos.

De pronto fue el gol de Morena. Peñarol lo sentenció en los minutos finales. No podía creerlo. Nos quedamos un instante en

silencio. Un balde de agua fría en medio del desierto. Cantatore lloraba en el banco. Yo no podía hablar. Un nudo en la garganta y una sensación de impotencia cruzaba por mi mente de niño, emoción que aún me remece. Me paré en silencio, me fui hasta mi dormitorio y me lancé sobre la cama. Las lágrimas saltaron rápidamente sobre mis brazos cruzados, tapándome la boca para que nadie pudiera oír mi llanto. Terminó el partido y el Ricardo fue a golpear la puerta de la pieza. Las palabras de consuelo provenían desde un hincha de la U. Pero el dolor era inmenso. Una vez más nos quedamos mirando la Copa. El año anterior los consuelos fueron los tres partidos y el haberse enfrentado a un tremendo equipo. Por último, los jugadores vendieron cara la derrota. El Hippié Jiménez defendió con los puños a Mario Soto. Pero ahora era Peñarol, un equipo inferior, que solo hizo el gol; claro, lo más importante en un partido de fútbol es hacer el gol, y ellos lo hicieron.

El gran consuelo llegó a fin de temporada. El equipo se rehízo y logró el segundo trofeo para esa hinchada fiel. El equipo minero que siempre fue más que los mineros: fue siempre el equipo de las provincias, el equipo Grande del Norte Grande.

***Nelson Gaona Viveros***  
*Tercer Lugar Concurso*  
*“Mi Historia Naranja 2020”*

## UNIDOS POR COBRELOA

Conocí a Felipe cuando entramos al colegio en Pre-Kinder, en 1983. Fuimos compañeros de curso hasta cuarto básico. Éramos muy amigos. Él era un niño sumamente atento, no era molesto como el resto de los compañeros hombres. Le encantaba jugar a la pelota y tenía talento para el fútbol. Era el goleador del curso y también del colegio. Pero si había algo por lo que destacaba, y quienes lo conocen pueden dar fe de ello, es que siempre fue, y sigue siendo, un fanático de Cobreloa. Sus amigos cariñosamente le dicen Zorro o Zorrito.

A medida que crecíamos nos gustábamos de una manera muy inocente. Él me tocaba la chica de rojo en metalófono y me defendía cuando otro compañero me molestaba. Siempre fue muy cariñoso y protector conmigo. Alguna vez en, una feria de las pulgas él me dijo: “escoge lo que quieras, yo te lo regalo”. A esa tierna edad, era todo un galán.

A fines de cuarto básico, hubo un paseo de curso al balneario de El Tabo, donde el colegio tenía un refugio. En ese lugar me pidió pololeo y yo feliz le respondí que “bueno, pero sin besos”. Me regaló una pulsera de la amistad que se usaba en esa época, con su nombre y los colores de Cobreloa, naranja y negro. Al año siguiente, mi papá me cambió de curso y perdimos el contacto.

El 2012 y luego de muchos años, en los que cada cual estudió en la universidad, sin saber el uno del otro. Nos volvimos a encontrar a través de Facebook. Retomamos la amistad y nos encontramos tiempo después cerca de la fecha de su cumpleaños. Yo le llevé de regalo un amigurumi, que es un muñeco tejido a crochet (hecho por mí) de un zorro naranja. Desde ese día no nos volvimos a separar. Yo había guardado la pulsera con su nombre y los colores de Cobreloa todos esos años. Cuando se la mostré, él no lo podía creer.

Nos casamos en noviembre del 2019. Nuestro departamento está decorado con muchas figuras de zorros y ahora también lo acompaño al estadio a ver al equipo loíno y, cuando almorzamos juntos en la cuarentena, escuchamos “En la línea”. Siempre le digo que su primer amor es Cobreloa y el segundo soy yo.

*Carla Morong Campillo*

## SIN VASOS

El profesor de Técnico Manual sentenció: “van a pintar un diseño en una tela con pintura de género”. Miré de inmediato a mi compañero, el Lucho, quien me hizo el guiño de que estuviera tranquilo y que la idea ya la tenía. Él siempre tuvo las mejores ideas para esos trabajos que yo nunca pude elaborar tan prolijamente como se requería. El trabajo manual, que obtuvo un 7 sin observaciones, fue un par de poleras blancas, de las compradas por docena en la gran feria del pueblo, durante el tradicional viaje a la Fiesta de la Tirana. El diseño: una caricatura de un zorro de pie, con vestimenta naranja y con un balón bajo la pata derecha. Terminaba el año 1984.

El Cobreloa de 1985, había sorprendido desde el inicio del torneo al conformar el plantel solo con jugadores chilenos y con un DT también criollo. En el penúltimo partido, el optimismo por la posibilidad de obtener el tercer campeonato del fútbol profesional chileno, de su breve historia, se acrecentó tanto en el plantel como en los hinchas, al golear por 8 a 1 a Magallanes en el mítico Estadio Municipal de Calama.

Para el final del campeonato, mis padres me hicieron una oferta imposible de rechazar: “¿quieres ir al último partido en Arica?”. La respuesta fue una exhalación de alegría, asombro y entusiasmo. Mi amigo, hoy mi compadre, recibió la misma oferta de sus progenitores. Era para nosotros un merecido premio y reconocimiento de nuestros viejos, por los años que llevábamos yéndonos a las 11 de la mañana, los domingos, a cuidar el lugar en la galucha norte del “Mítico” a nuestros padres, hermanos, hermanas y algunos vecinos, para ver a nuestro Cobreloa tan novel y glorioso. Mención especial a la olla de comida que mi madre llevaba para repartir antes del pitazo inicial.

Los días y horas para emprender el viaje pasaron con una pasmosa y desesperante lentitud, pero nuestro atuendo principal estaba listo desde el año anterior: la polera pintada para Técnico Manual.

Aún está nítida la imagen de los más de treinta buses repletos de cobreloínos, que partieron la noche de un sábado rumbo a la ciudad de la eterna primavera, con el firme anhelo de conquistar la tercera estrella. Los pasajeros de nuestro bus eran mayoritariamente varones; el entusiasmo desbordaba entre los adultos; nosotros estábamos en shock. Observábamos y nos reíamos de las bromas y anécdotas que se contaban en distintos sectores del bus, lentamente el sueño se apoderó del Lucho y de mí.

Un bullicio nos despertó abruptamente: los pasajeros pedían a gritos al chofer que ingresara al pueblo de Quillagua, argumentando una emergencia. Varios buses se desviaban de la Ruta 5 e ingresaban por el bypass al poblado. Nosotros salimos de la modorra del sueño con rapidez y apreciamos que los pasajeros iban chispeados, más alegres aún que al salir de Calama. Los buses se detuvieron en una larga calle de la localidad más árida del planeta; los hinchas bajaron apresurados y se agolparon en los escasos almacenes y en la única botillería abierta a esa hora, ya pasada medianoche. Grande fue nuestra sorpresa cuando los viejos empezaron a golpear las puertas de las casas e incluso algunos, al momento de abrirles las puertas, entraban a los livings e interactuaban con los dueños de casa.

Largos bocinazos alertaban que ya era hora de volver a abordar los buses. Subimos sin haber resuelto el enigma de la necesidad que tuvieron los viejos de despertar a los habitantes de esa larga calle de Quillagua. Todos los pasajeros se ubicaron en sus asientos, de manera ordenada y con un silencio cómplice, para pasar sin novedades la aduana y el control de Carabineros. Recorridos algunos kilómetros, pasada la cuesta de la quebrada, se levantaron la mayoría de los pasajeros y, con una algarabía general, empezaron a abrir botellas de diversos licores, vinos y cervezas, y a verterlos en una multicolor y variada tipología de tazas: enlozadas, futuras, con diseños chinos, con flores, hasta tazones celestes de la leche que daban en la escuela. ¡Eso era!



Les habían comprado las tazas y tazones a los vecinos para beber sin tener que seguir pasándose la botella. Nos miramos con mi compadre y nos pusimos a reír y nos dormimos felices de haber descifrado el enigma.

Con los primeros rayos del Sol, Arica se inundó de animados hinchas naranjas y, en la tarde, el Estadio Carlos Dittborn fue testigo de cómo dos zorros pintados sobre dos poleras blancas se abrazaban eufóricamente: dos veces para sellar la tercera estrella del ya glorioso Cobreloa.

Esa misma noche, los buses regresaron a Calama con la mitad de los pasajeros. La otra mitad se quedó a celebrar, seguramente en locales nocturnos y fuentes de soda, con las mesas repletas de tazas y tazones multicolores. Pero aquella es otra historia naranja.

***Walter Aranzaes Guerrero***

## PEINADO AL MEDIO

Llevaba unos minutos en el baño antes de salir para almorzar, y mi mamá gritaba por el almuerzo que se enfriaba, y yo sin salir del baño. Debemos recordar que Chile, en los años 80, cuando sucede esta historia, estaba bajo un estricto Gobierno Militar y el peinado de niños, adolescentes, jóvenes y adultos era de la siguiente forma: peinado al lado, con una pronunciada partidura y limón como gel fijador.

Al sentarme a la mesa me sentí observado, primero por mi padre, figura paterna bien marcada; mi hermana, con una burlesca risa dibujada en su rostro. Pero la que sacó la voz al sentarse en la mesa y luego de poner mi plato, fue mi madre.

- ¿Qué te hiciste en el pelo?

- Nada -respondí yo, sin levantar la vista.

- ¿Y por qué te estás peinado al medio, hijo? -comentó mi papá, mientras la risa de mi hermana mayor se hacía más evidente en su rostro.

- Soy Mario Soto Benavides -respondí, con la misma firmeza que Don Mario trancaba por los colores y el escudo que me cautivó desde niño. Ahí, salió en defensa de mi fanatismo mi padre

- Ah, sí. Mario Soto es un jugador de Cobreloa y de la selección chilena.

Ahí fue donde me mandé, como si fuera una poesía, todas las características de este jugador.

- Si po', yo desde ahora me peinaré al medio, como Mario Soto.

- Pero cómo, hijo, si tú ni conoces a ese señor -dijo mi madre.

- ¿Cómo que no lo conozco? -respondí un poco acalorado.

- Su nombre es Mario Soto Benavides. Nació el 10 de julio de 1950.

Mide 1 metro 77. Puesto: defensa central y juega en Cobreloa.

Yo me sabía todas las características de Don Mario, debido a las figuritas de los álbumes Salo de la época, donde lo veía jugando en Cobreloa y la Selección Chilena.

Creo que fui el único niño que pateaba los penales con el seudónimo de un defensa central. Cuando jugábamos a los penales y el arco eran dos árboles, todos eran Caszely (Colo Colo) Arica Hurtado (U. Católica), Sandrino Castec (U. de Chile) o Juan Carlos Letelier (Cobreloa), dependiendo del equipo que te gustaba. Yo pateaba con toda la gloria de un Grande como fue Don Mario Soto.

Solíamos ir al estadio con mi padre por petición mía, aunque le gustaba el fútbol, mi papá no era tan fanático como yo, y eso que tenía solo 7 años.

Jamás pude ver en persona a Don Mario, sacarme una foto o pedirle un autógrafo como se hacía en aquellos años 80; solo lo miraba por televisión, cuando jugaba por Cobreloa o por la Selección.

Quizás lo más cerca de él o de mi equipo que pude estar, fue en la Final contra Peñarol, en el Estadio Nacional en 1982, donde con un grupo de amigos de mi padre fuimos a ese tremendo partido. Cómo no recordarlo, ya que fui yo quien movilizó a todo un club deportivo para ir a esa final de Copa Libertadores. Así, con 8 años y al ver mi padre mi fanatismo por Cobreloa, me llevó a esa Final. Yo, todo orgulloso, con mi bandera naranja y sentado en la ventana del auto de un amigo de mi padre, sacaba mi brazo por el agujero luciendo mi banderín naranja de aquellos años. Nos estacionamos por calle Maratón en los estacionamientos del actual Laboratorio Chile, donde trabajaba el amigo de mi padre, hoy jubilado.

Al salir de aquel recinto, justo 3 horas antes de aquel 30 de noviembre de 1982, nos topamos con el bus de mi amado Cobreloa. Fue apoteósico, algo jamás antes vivido por un niño de 8 años: ver a todos los jugadores pasar y aquella multitud de gente esperando al club de mis amores. Creo que en esa época el 50,1 % del país era de Cobreloa. En ese mismo momento y rápidamente, traté de identificar a Don Mario, pero fue imposible por la multitud y la velocidad del bus de Cobreloa. Todavía al recordarlo me embarga la emoción y los pelos se me ponen de punta.

Con los años, me fui haciendo más hincha de Cobreloa, pero un hincha racional. Cierta día del 2004, justamente 2 años antes de salir de Chile con rumbo a radicarme en Madrid, España, solicité permiso en mi trabajo para hacer un trámite bancario en la estación de metro Baquedano de Santiago, hoy Plaza Dignidad. Salí con una sensación de que algo bueno pasaría. Entré al banco, hice la fila correspondiente y, cuando estaba por pasar a la caja que me correspondía, visualicé la espalda de alguien que conocía: era el mismísimo Mario Soto en persona y a 3 metros. Rogaba que la fila pasara pronto para abordarlo y cruzar con él, aunque fueran unas palabras. De pronto, una persona se puso a discutir con la cajera que me correspondía, mientras Don Mario se despedía de su cajero, que ni siquiera se había dado cuenta de quién era el crack que tenía al frente.

Cuando terminé de cobrar mi cheque, salí del banco sin saber dónde se había ido Don Mario y pensé: “si es decisión de Dios que lo vea, tomaré ese destino y caminaré por la acera de la Alameda en dirección hacia el centro mismo de Santiago. Miraba para todos lados, veía los autos y nada, no se veía por ningún lado. Así que me devolví en dirección a mi trabajo cuando, en las afueras de un café, lo logré distinguir con una taza sobre la mesa y el diario entre sus manos, y me dije “tengo que hablarle, tengo que abordarlo”. Muchas veces uno tiene ese temor de no querer importunar o no querer invadir la privacidad. Pero le hablé.

- Don Mario, buenas tardes. -Él, con mucha amabilidad, me respondió el saludo- Soy hincha de Cobreloa desde niño y quería agradecerle por todos los títulos y representaciones en el extranjero con tanto éxito -acoté.

-De nada, hombre, era nuestro trabajo y lo hacíamos con amor,

ya que nos sentíamos identificados con Cobreloa- Me respondió. Me invitó a sentarme, pidió un café para mí y nos pusimos a charlar de fútbol. Al hablar con alguien de tanta experiencia futbolística, hasta me transformé en un experto en tácticas futbolísticas, a medida que

transcurría la conversación. Cuando vi su calidez y humanidad hecha persona, no dudé más y me lancé a contarle mi experiencia de niño.

- Don Mario, ¿le puedo confesar algo? -Noté que se preocupó.

- Por supuesto, hijo, dígame. -Cuando me dijo “hijo”, sentí como si estuviera con un padre que nunca había conocido.

- Cuando era niño, en los años 80 yo era usted, yo era Mario Soto. Sabía cuánto medía, su fecha de nacimiento, su nombre completo y, lo más terrible, es que hasta me llegué a peinar al medio, como Usted se peinaba. -Vi una leve sonrisa en sus labios y sus ojos, poco a poco, se empezaron a poner vidriosos de emoción.

- Sí... Yo era usted, y hasta los penales los pateaba con su nombre, mientras todos admiraban que yo me creyera Mario Soto.

- ¿Sabes qué? ¿Tu nombre cuál es?

- Yuri -Respondí.

- Mira, Yuri. De todo lo que me dio el fútbol: dos Finales de Copa Libertadores, haber jugado en Brasil, haber ido a un Mundial y, de una u otra forma, haber asegurado mi futuro, lo más gratificante de todo, ha sido que gente como tú y como muchos hinchas de Cobreloa, hasta el día de hoy, me recuerden. Que me paren en las calles, me pidan fotos, autógrafos. Eso, te lo aseguro, es lo más gratificante que me ha dado la pelotilla. Esto es lo que llena a un jugador, se llama reconocimiento y te lo agradezco de todo corazón.

Estaba muy emocionado Don Mario, y eso lo hacía aún más humano y más Grande de lo que fue dentro de la cancha. Me dio las gracias por la conversación y nos despedimos con un apretón de manos y un tremendo abrazo que, por cierto, me hizo perder hasta la noción del tiempo. Cuando vi la hora, tenía que volver a la oficina y disculparme con mi jefe. Si le contaba la historia y le decía con quién me había encontrado, no le gustaría nada, ya que era un ferviente hinchas albo que muchas veces perdió hasta títulos por culpa de este gran capitán de los 80 llamado Mario Soto Benavides.

*Yuri Ahumada Briceño*

## DESDE LA MONTAÑA, AL GIGANTE DEL NORTE

conocí la historia de Gustavo, cuando me contaron que una mañana calurosa en Andacollo, se preparaba para terminar su jornada en la mina Los Caletones. Había sido una semana agotadora, entre barreno y esperanza; explosivos y voluntad, dejaba que su pensamiento viajara por aquella pasión por el fútbol, allí, sumergido en las entrañas de la Tierra.

Siempre que se iba caminando de vuelta a su casa, por aquellos senderos llenos de chusca y chamizas, Gustavo iba pateando aquellas piedras de cobre y oro que quedaban en el camino. Pero no lo hacía porque estaba disgustado o no le gustara trabajar, sino que en cada piedra que pateaba iba perfeccionando aquella técnica que lo hacía merecedor de la admiración de su equipo de barrio.

- ¡Dale Gustavo, carajo! ¡Dale, dale, dale! -Era el grito que se escuchaba del central del equipo animando a Gustavo a ir por el gol. Jiménez, encargado de la saga de su equipo, se destacaba por su altura y prestancia dentro de la cancha.

- Oye, Negro ¿Te digo una cosa? -le dijo Jiménez a Gustavo.

-Sí, Largo, dime qué pasa.

- Vo' no estai' pa andar jugando con nosotros, ya se te hizo chica esta cancha. Cuando hiciste el quinto gol se me vino a la mente que deberías irte de acá.

- ¿Y pa' dónde querí que me vaya, oh?

- Pal Norte pue'. Así trabajai' en lo que que vo' sabí, y te poní a jugar a la pelota con los de allá. Hay mejor competición.

- Tay' hablando puras leseras, oh. Mejor vistámonos y vamos a celebrar que estamos a punto de campeonar con el Obrero.

Así fue como Gustavo dejó pasar esa idea loca de su amigo, la de irse de su lugar natal.

Las pichangas en la pobla, como le decían ellos, eran intensas y duraban hasta casi la luna volverse sol. Tardes enteras entretenidos jugando, mientras que la madre de Gustavo le llamaba a casa, porque ya el día no tenía más vida que la noche.

Así fue esa juventud, llena de fútbol y amistades eternas, hasta que la vida comienza a ponerse dura a medida que el tiempo se hace implacable con el hombre. Así es, el tiempo y los años duros de los 70' en Chile, hicieron que la vida nos enseñe que hay que buscarle el camino que uno pueda para sobrevivir. En la radio se escuchan rumores políticos, trastienda social, a lo que Gustavo no lograba poner completa atención. Su mente estaba ahí, en la cancha, en esa de tierra que lo ayudaba a ser de cada partido el goleador de su equipo.

¡Amor...!

Si tú supieras

Lo que sufro en la tortura de pensar en tí,

Soñando a toda hora

En la aventura de verte a tí.

Sonaba en la radio al ritmo del Bandoneón, mientras Gustavo caminaba por calle Latorre dejando atrás un amor olvidado en la montaña, con ansiedad, angustia y temor, tratando de visualizar un porvenir más próspero.

- Hola, Gustavito, ¿cómo le va? -Preguntaba su Jefe de Maestranza en Chuquicamata.

- Bien, Don Aliro, gracias. Aquí estamos.

- Oye, hombre ¿Usted cuándo va a ir a representarnos a nosotros como Maestranza a Cobreloa, chatito?, nadie nunca había hecho 70 goles en el campeonato de baby.

- ¿Usted cree, don Aliro?

- Pero claro, pos' hombre, por algo se lo digo. Yo cuando sé de algo lo digo, cuando no, me quedo callado, usted me conoce.

- Sí, don Aliro.

Ya cuando el sol pegaba fuerte en la frente, y la gente alrededor de la cancha mirando, los futbolistas entraban a la cancha, mientras los dirigían desde afuera.

- ¿Qué te parece ese flaco? -conversaban Prieto y Riera a un lado de la cancha.

- Sí, anda muy bien -decía Riera- yo lo dejaría.

-Adentro entonces -agregaba Prieto.

En la cancha, Gustavo ya había convertido un gol de cabeza, y de reojo miraba a los seleccionadores que observaban atentamente sus movimientos.

- Ojalá quede -se decía, mientras se acordaba de su amigo Jiménez, y lo que le había dicho cuando jugaban en Obrero de Andacollo.

Hoy, ha pasado el tiempo. No sé qué habrá pasado con Gustavo. ¿Habrá cumplido su sueño de ser futbolista? ¿Habrá hecho goles por Cobreloa? ¿Habrá sido Capitán? ¿Habrá dejado algún legado? Eso no lo sé, pero quizás tú, que estás leyendo estas líneas, te animes a revivir la historia de este tal Gustavo.

*Esteban Pastén Olave*



## OFICIO DE MAESTRO

Apenas se empinaba sobre sus doce años, pero tenía clarito que debía defender su arco como un león. Sólo que esa mañana de sábado en el club de campo, su cabeza estaba dividida en dos. Tenía enfrente a un rival que se venía con todo al área chica y tenía también a su padre, tras el arco, que le gritaba una y otra vez la forma en que tenía que salir a cortar los centros.

-Sí papá, sé lo que tengo que hacer- respondió José con una molestia evidente. Y tenía razón, porque todos los que estábamos bajo el pimiento viendo el entrenamiento de los niños que representarían a Chile en Italia, nos percatamos de la obsesión del progenitor porque su hijo atajase hasta el viento si fuese posible.

Finalmente, el padre, que también había jugado en las inferiores de Cobreloa, concluyó el diálogo con el siguiente consejo: “Escucha hijo, un arquero debe saber que nunca un centro llegará como él quisiera. Porque cuando sale a cortar, pasa cualquier cosa, alguien te carga, te golpea o desvía el balón...” Luego, de regreso a casa y pensando en las palabras del papá de José, fue inevitable retrotraerme a un episodio de los ochenta, cuando Cobreloa incursionaba exitosamente en Copa Libertadores de América.

Recuerdo como si fuera hoy esa mañana de entrenamiento de los “zorros” en el viejo “estadio de palo” de avenida Matta. Vicente Cantatore y el plantel ya se habían retirado a los camarines. Y en la cancha había quedado un solo jugador. Llevaba el “ocho” en la espalda y la hinchada, cariñosamente, le apodaba “El Chueco”, porque era cosa de verlo caminar con sus patas arqueadas para entender que el sobrenombre le venía como anillo al dedo.

Efectivamente, ese jugador que se quedaba solo pateando en la cancha, era Víctor Merello, motor y conductor de los “zorros del desierto” y quien a la postre haría historia en Cobreloa, con esa

diestra prodigiosa que lo hacía dueño de todos los tiros libres. Tal vez resulte de perogrullo decirlo, pero Merello no era un mago, ni la efectividad en los tiros de distancia era cosa del azar, sino producto del trabajo de un verdadero obrero. Un obrero que trabajaba duro cuando la jornada ya había terminado para sus pares, sin importar la inclemencia del sol calameño cuando “pica” de lleno en el óvalo del Estadio Municipal.

Entonces, cual artesano que pule pacientemente la piedra liparita en las canteras de Toconao, “El Chueco”, afinaba la pegada hasta lograr una especie de simbiosis entre el empeine y la pelota. Por momentos, en ese estadio apostado sobre los 2.500 metros sobre el nivel del mar, solo se escuchaba el seco zapatazo de “El Chueco”, dirigiendo el balón al arco con una precisión tal, que pocas veces se perdía entre los tablonés de la galería ubicada bajo el antiguo marcador.

En esa práctica silenciosa, residía parte de la efectividad en los tiros libres del gran Merello, que los domingos hacía brincar de los asientos a la hinchada que repletaba el estadio; que le daba un sabor especial al canasto de sanguches y huevos cocidos que llevaba la familia de doña Bernarda Traslaviña (vecina de la población Independencia); que hacía sudar a José Rodríguez (“el guatón del bombo”), dándole mazazos al noble instrumento y reconfortaba a los “viejos” de Chuqui que se venían derecho de la “pega” al estadio.

Ahora, convengamos que, si bien todos aspiraban a un Cobreloa ganador desde su fundación en enero de 1977, pocos imaginaban que en corto tiempo llegaría a disputar la final de Copa Libertadores de América, como ocurrió en 1981, en el Estadio Nacional frente a un coloso indiscutido de Brasil, como Flamengo y con 70 mil almas en las graderías

Tampoco se lo imaginaba Raúl, el meta de Flamengo, hasta cuando, restando 13 minutos para el término

del partido, el árbitro Barreto sanciona tiro libre favorable a Cobreloa y “El Chueco” Merello se adueña del balón, lo asegura con ambas manos en el piso y toma distancia.

El hábil volante loíno sabe que no puede fallar y que debe darle con la pericia de un experimentado maestro de billar. Y así no más fue, porque Merello pateaba de tal manera la pelota, que hace una comba engañosa sobrepasando la barrera de Flamengo.

Punto seguido, las cámaras de televisión nacional, repetirían hasta el cansancio la imagen del arquero Raúl, arrodillado, mirando resignado la pelota al fondo de las redes, desviada por un compañero de su equipo.

Bien decía el papá de José: “Un arquero debe saber que nunca un centro llegará como él quisiera...”

*Oswaldo Varas Álvarez*

## NADIE LLEGA A LA RUCA EN LA CUCA

Fue el día en que nos enteramos que Cobreloa disputaría la final de vuelta del torneo de clausura 2003 contra Colo Colo en Santiago. Dispusimos toda la logística con mi grupo de amigos, en primer lugar, para poder comprar las entradas y luego poder llegar al estadio.

Fue ahí cuando comenzó nuestra peripecia, en primera instancia, nos dijeron que las entradas serían vendidas en el estadio, por lo que partimos raudamente para allá con los amigos, sin embargo, las entradas no las estaban vendiendo ahí, sino en la “Tienda Alba” ubicada en el centro, al lado del Teatro Caupolicán, y cuando llegamos ahí estaba repleto de hinchas rivales, los que no se caracterizaban por su buen aspecto. En un momento sentimos la angustia de que no alcanzáramos entradas o bien, de que saliéramos “cogoteados” del lugar.

Cuando, por fin llegó nuestro turno de ser atendidos, le pedimos al vendedor – casi hablando entre dientes para no ser descubiertos como cobreloíños- 5 entradas para el sector Magallanes, lugar dónde se situaría la barra de Cobreloa, nos entregaron nuestras preciadas y luchadas entradas, salimos de la tienda y tuvimos que entregar una propina a los amigos rivales para no pasar zozobras con ellos, ahí partió la primera celebración por haber terminado con éxito la misión “Compras”.

Luego, llegó el día tan esperado por nosotros, el día de ir al estadio, por lo que teníamos que encontrar la forma de trasladarnos a la ruca (Estadio Monumental), sin saber que, a una cuadra y media de mi departamento pasaba la micro que nos dejaría a 3 cuadras aproximadamente del estadio, por lo que decidimos partir, casi con dos horas de anticipación a ver al Zorrito, con todo el nervio, la expectación, y el miedo por no haber obtenido un buen resultado en Calama, pero con la fe intacta. Al momento de partir, nos aseguramos unos jugos Kapo, algo para comer y lo máspreciado: la camiseta. Todo dentro de nuestras mochilas. Nos subimos en Los Leones con Bilbao y partimos, ya las cartas

estaban echadas, no podíamos fallarle al zorro. Dentro de la micro, íbamos calladitos, no queríamos tener problemas en el viaje. Pronto llegamos a la intersección de Departamental con Froilan Roa, nuestro primer destino y de ahí, “a tirar pata”, para llegar al estadio.

Llevábamos casi una cuadra recorrida, cuando a nuestro lado, se detiene una patrulla de carabineros (la famosa cuca), y el oficial nos pregunta:

-¡Cabros! ¿Cobreloa o Colo Colo?

-Cobreloa. Le respondimos.

- ¡¡Súbanse!!

-“¡¡Pero por qué, si no estamos haciendo nada malo!! ¡¡Si quiere revísenos!! Respondo en tono de protesta.

- ¡¡Súbanse cabros tales por cuales!! ¡¡Les conviene!!

Nos quedamos mirando entre los amigos, y con un gesto de los hombros asentimos a la propuesta del carabinero, así que nos subimos. El detalle es que yo me estaba subiendo al asiento trasero de la cabina de la cuca cuando el carabinero me dice “¿Pa’ dónde vai voh? Súbete atrás, en el calabozo”. Agaché el moño y me subí atrás.

Mientras íbamos en la cuca, le pregunto a mis amigos “¿Y si estos weones nos llevan detenidos y nos perdemos el partido?”. A lo que me responden, “quédate tranquilo weón. Se nota que nos llevan pa’l estadio”. Yo traté de mirar por la pequeña ventana del calabozo de la cuca y era verdad: se veían las torres de iluminación de la ruca. En eso, hacemos un viraje en la cual pierdo de vista el estadio y me volví a urgir, hasta que la cuca se detiene, abren la puerta y ¡¡BINGO!! Estábamos en la misma puerta de entrada al sector Magallanes. Nos bajamos y el carabinero nos dice: “Ya cabritos, espero que ganen”. Nosotros no podíamos estar más agradecidos, cuando le

extiende la mano al carabinero para agradecerle viene y me dice: “No seai tan aniñado, chico”.

En esos momentos, nos envalentonamos y ahí mismo nos pusimos nuestras camisetas del zorro. Yo tenía en ese entonces la camiseta Adidas del año 2000 y empezamos a cargar a nuestros rivales con el típico “indio y la conchetumare”. Yo no hallé nada mejor que hacerles un “Pato Yáñez” a los amigos rivales, los que me respondieron con un termo lleno de agua hervida, el que afortunadamente, no me alcanzó.

Más tarde, cuando el partido llevaba 48 minutos del segundo tiempo, y ya celebrábamos el campeonato, aparecen de la nada dos tipos con unos “Coolers” llenos con latas de cerveza, vendiéndolas a \$500 cada una. Yo compré 2, y cuando llega el pitazo final de Selman, destapé la primera y la agité para celebrar el triunfo y la otra me la tomé casi al seco.

Día inolvidable, porque salimos campeones, y porque llegamos a la ruca en la cuca.

***Roberto Rodríguez Rodríguez***

## CATEGORÍA: AÑO 1996

Recuerdo a mis compañeros: Watuchi, Hugo, Chuleta Chico, Martillo, Chávez, Rorro, Mankeke, Pancho, Fito, Elías, Alfonso, Rusio, el Shakira, el Exitao, Chito, Cocho y tantos otros. Éramos la categoría 96 de Cobreloa. La categoría 1996 de la Escuela de Fútbol de Cobreloa y los regalones de Fernando Cornejo, quien se había retirado del fútbol profesional el año 2005. Él veía en nosotros alumnos, jugadores y un proyecto. Nosotros veíamos en él a un profesor, nunca fue el ídolo, ni el capitán, era el profesor Fernando Cornejo.

Recuerdo cuando viajamos a un campeonato en Vallenar, de la mano del profesor Mario Verdejo, quien, para motivarnos, siempre nos puso en el camarín la canción “El crack” del grupo Los Miserables. Lo cual al parecer resultó, porque salimos campeones y descubrimos el orgullo de ganar.

Recuerdo que después de un largo viaje que hicimos junto a la categoría 95, el bus en el que íbamos pasó primero por el control fronterizo, entonces le dije al profesor Luis Alegría que siguiéramos el viaje a Calama. El profesor se indignó y me dijo: “somos un equipo muchacho, ¿cómo vamos a dejar un bus atrás?” Salimos y volvemos todos juntos. Nunca lo olvidaré. La categoría 96, después pasó a llamarse “Proyección”. Hubo viajes con el profesor Bustamante y el preparador físico era el negro Iván. El José se encargaba de poner los conos del entrenamiento que nos dejaba hecho mierda, junto con los jugos que daban en el camping y que no saciaban nuestra sed.

Viajamos a muchas partes por Cobreloa. En el bus quedaba la zorra, pero un reto o grito del profesor nos mandaba a todos a sentar. Dormíamos en colchonetas de gimnasios; dormíamos en hostales; dormíamos en casas de jugadores que eran rivales. Dormíamos y despertábamos juntos; desayunábamos juntos; almorzábamos juntos; entrábamos a la cancha juntos. Éramos todos iguales, no importaba si algún niño era pobre o no, no importaba si uno era de colegio y otro de liceo, no importaban

todas esas cosas que nos dividen, todos éramos iguales, todos teníamos zapatos, dos medias naranjas, short y polera naranja. Todos éramos una delegación de jugadores de Cobreloa.

Cornejo era el encargado de las series menores, y la categoría 96 era su regalona. Varias veces comentó que quería ser DT del primer equipo, y muchos nos ilusionábamos con llegar al primer equipo junto con él.

Después de entrenar, se quedaba ensayando tiros libres. Colgaba un chaleco en una esquina del arco y lo botaba, de esta manera le enseñaba a patear al Rorro. Siempre nos decía que llevar la insignia de Cobreloa en el pecho era una responsabilidad, porque además de un equipo de fútbol, representábamos a toda una ciudad.

Finalmente, Cornejo falleció cuando teníamos 12 años. Algunos llegaron al primer equipo, otros se fueron. Todos hicieron sus propias vidas, pero todos compartiremos para siempre, haber sido juntos una categoría de la Escuela de Fútbol de Cobreloa, identificados con Calama y, por eso mismo, siempre seremos compañeros.

***Bastián Chávez Castillo***



## MI TÍO RENÉ

El cuento era lo tuyo tío René. Siempre fuiste bueno para emperifollar ¿Te acuerdas cuando fuimos juntos al estadio por primera vez?

Invierno de 1978 y veníamos volviendo a Chilito. Yo trataba de encajar, pero me costaba. Entre otras cosas, me pasaba lo peor que le puede pasar a un cabro futbolero: No tenía equipo. “Fútbolicamente, somos huérfanos”, me consolabas.

Hasta que un día, llegaste a casa de improviso con dos entradas: “Sobrino, mañana es el debut del mejor equipo del mundo” dijiste. Esa noche no pudimos dormir.

Al otro día llovía y todo era gris. Partimos en micro a una base aérea, allá por El Bosque. El estadio era chico y viejo. Los tablonos estaban mojados y la cancha amarillenta. Salió el equipo local al trote, en filita, con una camiseta medio celeste y parece que tres aplausos. Te apreté la mano, cerramos los ojos y tuvimos fe.

De pronto, aulló una sirena. Se abrieron las nubes y un rayo de sol iluminó la puerta del camarín visitante. Como exhalación aparecieron once gladiadores: Valientes; habilidosos; talentosos; curtidos de sol y sal; engalanados con un naranja que encandilaba como cobre de fundición. El arquero era un gigante polaco que medía dos metros veinte. El central Mario Soto era un monstruo cruel, capaz de estrangular un león con una sola mano. Víctor Merello le pegaba con tanto chanfle que la pelota entraba y se devolvía. Alarcón era el malabarista del serpentín. El profe Prieto dominaba cuatro idiomas. “¡Venimos del desierto, sobrino!”, gritabas desaforado. “¡Del caliche y la pampa salitrera, como tu Nono!”. La barra explotó en mil papelitos picados.

Les pasamos por arriba Tío. Les hicimos cinco: Desborde de Tabilo –último heredero del Imperio Inca–, centro y cabezazo al ángulo del Mocho Gómez, el discípulo aventajado de Don Elías. Tres pepas de Ahumada, el “anticristo del gol”, y el último de un tal “Ligua”, que tenía un problema congénito y sus pulmones eran un cincuenta por ciento más grandes que lo normal. Debut con goleada histórica. Locura naranja y amor a primera vista. “¡De aquí somos, sobrino!”, decías mientras bailábamos a la salida del estadio. Me diste un beso y me compraste una bandera.

Esa bandera todavía la tengo guardada tío René, y es de verdad. El resto del cuento parece que no tanto: Internet me insiste que no estaba lloviendo; que nunca fue el debut; que el polaco era uruguayo; que Tabilo y el Ligua todavía no existían; que el partido terminó dos a uno, y que lo ganamos apenas con un autogol.

Pero todo eso a mí no me consta tío René. Parece que están inventando.

*Juan Antonio Winter*

## TRIUNFO SUDAMERICANO EN ASUNCIÓN

A mediados de 2012, Cobreloa estaba clasificado para la Copa Sudamericana. Yo tenía la esperanza de ver a mi club jugar fuera de Chile, por PRIMERA vez en mi vida. Había visto jugar a Cobreloa en diferentes estadios de Chile desde 1986, pero nunca fuera del país. El sorteo arrojó que nuestro rival en 1ra fase sería el desconocido Tacuary de Asunción, pero lamentablemente, la Confederación Sudamericana no fijó la fecha del partido inmediatamente, sino que pasaron muchísimos días antes de que anunciaran la fecha y hora del partido en Paraguay, lo cual me molestó mucho, ya que cada día que pasaba, más se encarecían los pasajes a Asunción.

Apenas 10 o 12 días antes del partido, la Confederación Sudamericana fijó la fecha y hora. Yo decidí comprar enseguida mi pasaje aéreo para viajar a Asunción, previa escala en Buenos Aires, y así cumplir mi sueño. La idea era hacer algo de turismo, para lo cual aterricé 2 días antes del partido en la calurosa capital paraguaya. Pese a que era invierno, había 30 grados al mediodía, por lo que se podía caminar por la ciudad con la camiseta de Cobreloa y shorts sin problemas, a la vez que uno podía escuchar los saludos de los futboleros asunceños, que inmediatamente me identificaban como chileno por mi camiseta naranja. Sabía desde siempre que fuera de Chile, los únicos 2 equipos conocidos por la gente futbolera sudamericana eran Cobreloa y el archirrival (los sudamericanos no distinguen a las universidades, incluso hasta la Confederación Sudamericana las confunde).

La tarde anterior al partido, me fui desde el centro de Asunción hasta las puertas del lujoso hotel de la Confederación Sudamericana en Luque, para ver la llegada de Cobreloa (ahí me enteré que Cobreloa había contratado al futbolista argentino Leandro Gracián, ex-Boca Juniors) y que irían a reconocer el campo de juego ubicado en el norte de Asunción, por lo que volví al centro de la ciudad y al atardecer partí al estadio de Tacuary para ver a Cobreloa entrenar. El taxista le preguntó en guaraní a otro taxista cómo llegar a ese estadio. Al final no me

dejó en el estadio mismo, sino que, a casi 1 kilómetro, y me dijo que debía caminar por un camino de tierra sin iluminación. Yo no estaba seguro de si era buena idea, considerando que ya anoecía, afortunadamente pasó una camioneta y me subí en la parte de atrás, bajándome en el “estadio”, que resultó ser una cancha en muy mal estado, sin tribunas tras los arcos, y con algunas vacas comiendo pasto detrás de uno de ellos. Cobreloa ya estaba ahí, y como me vieron solo y con la camiseta de Cobreloa, me dejaron entrar a la cancha, pudiendo conversar con Sebastián Roco, Felipe Muñoz y algunos otros jugadores que decían con preocupación que en esa cancha iba a ser difícil jugar por abajo. El cuerpo técnico de Javier Torrente demostró su gentileza al preguntarme cómo iba a volver al hotel, les dije que no tenía idea cómo, así que me permitieron subir al bus junto al plantel, y me bajé en un lugar donde ya podía tomar un taxi hacia el centro de Asunción. Ahora, solo había que esperar el día siguiente.

Por fin llegó el día del partido, en el hotel me conecté a internet para informar a mis amigos cobreloíños del viejo foro Mundoloíno.cl, acerca de las novedades del equipo, y en la tarde al estadio, en donde encontré a una cuarentena de cobreloíños que habían viajado desde Calama y Antofagasta ese mismo día. Instalamos nuestras banderas y lienzos, y empezamos a cantar para apoyar al equipo, a falta de 1 hora para el partido. Tacuary era un equipo con escaso apoyo, así que nos sentíamos locales en Asunción. La temperatura esa noche era ideal, bordeaba los 19 grados, sin excesiva humedad, estaba todo dado para ver el debut internacional de Cobreloa después de 5 años de ausencia de las copas.

El golazo de media distancia de Patricio Troncoso nos hizo gritar con más fuerza que nunca, se notaba confianza en la gente que podía ser una noche histórica, y lo terminó siendo, ya que Tacuary no pudo concretar ningún gol. Todos los cobreloíños nos terminamos abrazando y gritando

Ceacheís y Cobre-Cobre, algunos pidiéndole la camiseta al “Pato” Troncoso mientras lo entrevistaba la prensa. Mis amigos me informaron desde Chile que el canal argentino que transmitía la Copa Sudamericana nos había enfocado varias veces al parecer, lo que nos sorprendió un poco. Lo más importante de todo era sin dudas que después de 7 años, Cobreloa había vuelto a ganar un partido internacional, y más encima de visitante. Solo faltaba el partido en Calama, algo que veíamos como un mero trámite considerando el nivel de los paraguayos.

Al día siguiente, me paseé orgulloso por las calles de Asunción con mi camiseta de Cobreloa, disfrutando del sol y de la amabilidad de la gente, y feliz de volver al frío de Chile con el triunfo en el bolsillo.

¡Gracias Zorros del Desierto!

*Jaime Andrés Tabilo Olguín*

## UNA NOCHE LIMEÑA Y EL TÍO POLICÍA

Corría el año 1994 (¡¡caramba!! Ahora que lo escribo cuanto tiempo ha pasado) y por esas cosas de la vida, mejor dicho, por el trabajo de mi viejo, junto a mi familia nos encontrábamos radicados en la ciudad de Lima, Perú.

Era un día agradable del mes de febrero, recuerdo me encontraba leyendo el diario, específicamente la sección deportes de un conocido periódico local, cuando me encuentro con la noticia de un “Cuadrangular Amistoso Internacional” a realizarse en el Estadio Nacional de Lima ¿Los equipos?: Universitario de Deportes (Perú), Sporting Cristal (Perú), Cobreloa (Chile) y un cuarto equipo que la verdad no logro recordar, pero estoy casi seguro que uno paraguayo.

Con la emoción del momento, inmediatamente se me vino a la mente uno de los últimos partidos que hasta aquel momento había disfrutado en vivo y en directo: fue en Iquique, Estadio Municipal de Cavancha en el año 1990. Ganó Cobreloa 3x2 a Deportes Iquique, con tripleta del larguirucho Czornomaz. Un paréntesis ¡Que jugadorazo este Czornomaz!, un goleador nato, de esos que hacían goles hasta cayéndose. Ese mismo año le metió 5 goles a Huachipato, y si no me equivoco quedó en la historia del club como el jugador que más goles anoto en un partido.

Bueno, volviendo a la noticia del cuadrangular, con mi hermano hicimos los arreglos para asistir, le pedimos dinero a mi viejo y nos dirigimos a tomar taxi. Tras un viaje de aproximadamente 30 minutos, se divisa el estadio nacional de lima, tremendo coliseo deportivo, una gran mole de concreto que resaltaba del entorno urbano de Lima. El taxista nos dejó en unos de los ingresos del recinto, por lo que nos dirigimos a la boletería del sector Andes y nos dispusimos a realizar la fila como cualquier mortal.

Unos metros más allá, un policía vigila el acceso, noto que en la medida que avanzaba la fila centra su mirada en nosotros,

no le tomé importancia y me aferré al proverbio popular “el que nada hace nada teme”, no obstante, aún recordaba que tras un reciente control policial de tránsito, me cursaron un parte por no portar la licencia de conducir o “brevete”, como se le conoce por aquellos lugares, por lo que debo reconocer me puse un tanto nervioso.

En fin, faltando unas cinco personas para llegar a la ventanilla de la boletería, el policía se nos acerca y con sigilosa voz nos pregunta: “

- ¿De dónde son? Con mi hermano nos miramos y respondimos al unísono.

- De Chile

- ¡¡Ah!! Vienen a ver al Cobreloa ¿Porque no van a marquesina? De allá se ve mejor- nos dijo en un tono casi de amigos.

Como todo estudiante (mi hermano con 19 y yo con 16 años), andábamos con el dinero justo, así es que le comentamos que sólo teníamos los 40 soles (alrededor de 9 mil pesos chilenos) para comprar las entradas en Andes.

- Pero no se preocupen, denme el dinero a mí y yo los hago entrar a marquesina. Dijo el policía.

- ¿En serio? ¡Ya po'h! -respondimos y le entregamos el dinero, pero con la incertidumbre de saber si la propuesta era real o no.

En la medida que caminábamos hacia nuestra nueva ubicación, que dicho sea de paso no era una distancia menor (dimos la vuelta al estadio), íbamos conversando con el policía de varias cosas. Antes de llegar al acceso nos detuvimos y nos dice:

- Ya jóvenes, ahora me dicen tío porque los voy hacer pasar como mis sobrinos. Recuerdo que con mi hermano nos miramos y nos reímos con una mezcla de nervios e incredulidad, pero asentimos con la cabeza, como resignándonos y entregándonos a la suerte. El policía se puso en medio de nosotros, quizás buscando una

apariencia “familiar”, y de esta forma caminamos los últimos metros hasta llegar al acceso.

En la entrada hacia marquesina había otro policía, ambos se saludaron con la solemnidad propia de los uniformados. El “tío” nos tomó de los hombros a cada uno y le dijo:

- Son mis sobrinos los voy a acompañar adentro - y nos dejó cómodamente instalados, en una de las mejores ubicaciones del estadio Nacional de Lima, por lo que vimos muy de cerca el partido, que terminó ganando Cobreloa 2x1 a Universitario de Deportes.

Si mal no recuerdo, el segundo partido de Cobreloa fue empate o xo con Sporting Cristal y el equipo naranja terminó recibiendo la copa del torneo.

De mi “tío” el policía nunca más supe, pero lo recordamos como anécdota entre risas y nostalgia, ya que, gracias a él, mi hermano y yo pudimos ver el partido prácticamente desde la cancha y entrar a los camarines una vez finalizado el encuentro... ¡Salud por el Policía!

*Hugo Valenzuela Grollmus*



## EL GANAR ES UNA EXCEPCIÓN

Diciembre 1 de 2018, Calama. El no recordar detalladamente cómo me sentí cuando desperté sabiendo que Cobreloa jugaba la final del campeonato de 'Primera B' de ese año me hace sentir un poco triste, debido a que fue un día muy especial en mi vida. Lo que si recuerdo, es un gran nerviosismo por la emoción, desde mi óptica, de saber que muchas cosas que pasaron durante el año con el club de mi vida darían conclusión en un partido de fútbol, con el objetivo final de conseguir el ascenso de categoría, para realizar las respectivas evaluaciones y resoluciones que esto implica. Recordando desde la llegada del entrenador Rodrigo Pérez, hasta la regularidad con la que jugaba el equipo ya a fin de campeonato con el entrenador Rodrigo Meléndez.

Yo me considero una persona con cierto entusiasmo, y creo que los clubes de fútbol son algo que unen a las personas y las conecta emocionalmente. Cuando un equipo pierde, se siente de manera tal que todos entendemos con empatía al prójimo fanático del club, pero también existe algo que siempre da esperanzas de que la próxima vez las cosas pueden cambiar, es como dicen: "El fútbol da revanchas", sin embargo, a veces siento que yo no soy un buen predicador con mi ejemplo. En una época, me sumí en una tristeza difícil de explicar, la misma que me alejó del estadio 'Zorros del Desierto' de Calama para alentar a Cobreloa. Sentía que no debía presentarme al estadio, pues podía transmitir algo que empeoraría el ambiente.

Ese año 2018 en cambio, fue distinto. A partir de mi ilusión me sentía muy comprometido, con la mirada de un fanático ingenuo, de todo lo que pasaba con el equipo 'Loíno'. Quizás desde mi locura, creía que mi utilidad en el club era el de apoyar a los jugadores, de intentar subirles el ánimo a ellos en caso de sentir que éste decayera ¿Cómo?, pues siendo bastante participativo en la red social Twitter, supongo que con alto grado de ingenuidad pensaba que eso ayudaría a Cobreloa.

Volviendo al tema en cuestión. Ese día me levante temprano para ir al estadio, yo soy una persona muy nerviosa y necesito calmar este nerviosismo asegurándome de que todo esté en orden, así que fui con mi padre al estadio — él es la persona que me ayudó a amar a esta institución —. Tomamos un taxi colectivo que nos dejó cerca de las afueras del estadio, para ser los primeros en esperar en lo que suponíamos sería una ‘cola’ interminable para ingresar al recinto deportivo. Prácticamente acampamos cerca del estadio, para conocer las disposiciones de las autoridades respecto al ingreso. Durante el transcurso de la mañana, nos encontramos con amigos de mi padre y nos enteramos de la final que estaban jugando los juveniles de Cobreloa contra Everton por el ‘Campeonato de clausura del fútbol joven’. Sin almorzar, ya casi a las 14 horas, nos dieron las indicaciones para ingresar al estadio. Pudimos hacerlo sin ningún inconveniente y en seguida nos aseguramos de que los asientos que teníamos como abonados estuvieran desocupados, ya que en esa ocasión los abonos no contaban para el partido, felizmente encontramos los asientos desocupados y pudimos acomodarnos, como si de algún modo fuera ésta una buena costumbre.

El ambiente previo al partido estuvo lleno de solemnidad, con homenajes en formato video que se reprodujeron en la pantalla gigante del estadio, con el objetivo de entregar un mensaje de apoyo a los jugadores para cumplir el objetivo, y con los gestos de fraternidad entre las mascotas de ambos clubes. Todo estaba listo para empezar el partido.

Cobresal, el equipo más regular de la primera rueda del torneo, era un difícil rival, un rival que desarrolló su juego con mucha personalidad y determinación. El primer gol del partido vino de parte de ellos, pero el ánimo no decayó.

Creo que lo que el aficionado ‘Naranja’ intentó transmitir a los jugadores durante todo el partido fue la intención de lucha hasta el último minuto. Al final del encuentro no se pudo lograr

el ansiado ascenso a primera división, Cobresal ocuparía un puesto en primera el próximo año al empatar 2-2 en esta final. Al final del partido, pude sentir la tristeza de la gente, a pesar de eso, y pensando que haría el ridículo, comencé a flamear mi bandera de Cobreloa para apoyar a los jugadores, creyendo que con eso podría transmitirles que en el fútbol, como en la vida, hay que ir con la frente en alto cuando se lucha por algo y que no siempre se consigue el triunfo, es como dice el señor Marcelo Bielsa: “El ganar es una excepción”.

Escribo esto en cuarentena, poco a poco voy re-encantando mi vida con lo que implica ser fanático de un club de fútbol, pensando ingenuamente otra vez, que algún día mi aliento podrá ayudar al club, aunque sea un poco en lo anímico.

*David Olivares Carmona*

## AMOR AL PRIMER PARTIDO

Dicen que los niños no se enamoran.

Un día cualquiera del año 81, mientras jugaba en el patio de mi casa, a un costado de las polvorientas canchas de la alameda de Parral, escuchaba también la transmisión de un partido en la radio que el vecino mantenía a todo volumen.

De pronto escuché un grito como si mi vecino se hubiera ganado la lotería, alborotó a todo el vecindario con el alma. Gritaba y gritaba ¡Gol, gol, gol, gol! En ese tiempo, yo ni siquiera sabía que existía el fútbol. Por una crianza más bien enclaustrada, no jugaba en la calle con los demás.

Pasó un rato, después de los gritos de alegría de mi vecino, escuché maldiciones, y garabatos por montones. El equipo que él alentaba, había caído sin apelación ante un Cobreloa que yo desconocía por completo. “¿Cómo Cobreloa nos pudo ganar? No es posible”, vociferaba ya sin voz. Me quedó grabado el nombre de Cobreloa, aunque no sabía de dónde era, solo que ese día ganó muy bien.

Después de unos días, camino a la escuela de mi querido Parral, caminaba con un compañero de curso por esa polvorienta y sombría alameda, al pasar frente a una inmensa casa de adobes y ventanas grandes de fierro forjado, mi compañero dice:

-Mira. Están jugando.

- ¿Quiénes? -pregunto yo,

- Nacional, un equipo uruguayo creo, con Cobreloa de acá de Chile.

Ahí recordé que era el Cobreloa que le había dado dolores de cabeza a mi vecino, como era en blanco y negro, no se diferenciaba muy bien cual era uno y cuál era el otro. Así mirando por el ventanal de esa antigua y grande casa, pude presenciar mi primer partido de fútbol. Mi compañero me dice:

-'WiFy, te apuesto un peso que ganan los uruguayos.

Sin pensarlo dos veces le digo que bueno, con la algarabía de un niño, yo fascinado viendo el fútbol. Era la primera vez que miraba al equipo que se metería en mi médula de por vida.

Por cada llegada de ambos equipos nos poníamos muy nerviosos. De pronto, al interior de la casa, un señor dándose cuenta que nosotros estamos mirando a través del ventanal, abre su puerta y nos dice: "Niños quieren pasar a ver el partido". No lo podíamos creer, entramos a esa antigua casa. Las dos personas de edad que habitaban en ella nos acomodan en un par de bancas de madera. Ni pestañábamos mirando el fútbol a través de la televisión. Ahí comencé a oír por primera vez los nombres de jugadores de Cobreloa, y a escuchar comentarios muy halagadores que les hacían.

El tiempo avanzaba de prisa, y yo lo único que quería, era que ganara el equipo por el que yo había apostado y vencer así a mi compañero. El viaje a la escuela quedó en el olvido por ese día.

Fin del encuentro, ese equipo que recién comenzaba a enamorarme, había logrado una hazaña. Los relatores, decían que era algo inédito para el fútbol nacional. Decían que el equipo más joven del fútbol chileno había dado el gran golpe en el centenario de Uruguay. Yo estaba feliz, había quedado maravillado por el juego de ese gran equipo de Calama. Ese día pasó a ser inolvidable para mí, vi por primera vez en mi vida un partido de fútbol por televisión y le gané un peso a mi compañero. Desde ese día seguí apostando al equipo naranja de Calama. Mi compañero jamás pudo vencerme. Ese maravilloso equipo de fútbol, me daba la seguridad de que jamás perdería una apuesta. Le apostaba a quien fuera, siempre buscaba la forma de escucharlo, o verlo por televisión. Me enamoró tanto ese equipo de Calama llamado Cobreloa, que se metió en lo más profundo de mi piel. Ya no lo sigo por apostar, sino por amor verdadero.

Este equipo joven que comenzaba a enamorar al mundo entero, se hundió cada vez más en mi corazón. Hoy te digo naranja de mi vida, gracias por todo lo que supiste darnos desde que naciste. Con pena en el corazón te digo: saldremos de esta, unidos. Volveremos a los pastos de primera, no será fácil, pero tenemos plena convicción, como familia naranja, que volveremos a vibrar con tu mágico encanto. Gracias Cobreloa por haberte cruzado mi camino.

Te apoyaré hasta el fin de los tiempos. Desde lo más profundo de mí ser, te doy gracias por todo mi gran "Naranja Mecánica". Volveremos en gloria y majestad a rugir como antaño.

*Luis Urra Romero*

## NACIMIENTO DE UNA PASIÓN NARANJA

Hace muchos años, una pequeña paseaba por las calles de la hermosa ciudad de Calama, donde el calor y el frío tenían su espacio ganado. A ella nunca le afectaron los juegos de la naturaleza, ya que sin duda la ciudad y la provincia del Loa, le habían dado los mejores momentos de su infancia.

Mientras caminaba en compañía de su familia, pasó por una calle donde de pronto surgió un sonido que la conmovió, muy preocupada le preguntó a su madre:

- ¿Y ese sonido que es?

La madre le responde con ternura:

- Hija, no te asustes. Ese sonido proviene del estadio. Seguro que está jugando Cobreloa y la gente grita de alegría porque han hecho un gol.

Cobreloa, ese nombre le daba vueltas y vueltas en su cabeza. Conocía al equipo porque su padre, un minero de Chuquicamata le hablaba mucho de Cobreloa, creando sin querer en ella una pasión por el equipo.

Al llegar a casa la niña le dice a su padre:

- Papá llévame al estadio. Quiero ver jugar a Cobreloa.

Su padre supo que había llegado el momento en que su pequeña ya no solo se conformaría con escuchar el fútbol por la radio, sino que debía cumplir la promesa de llevarla al estadio (promesa hecha años atrás), porque sin duda había heredado su amor por aquel deporte.

-Ya mi niña -dijo el padre- usaremos las entradas que nos entregan en la empresa, e iremos al próximo partido. Aquel día tan esperado al fin llegó. La niña no podía más de la

emoción, mientras caminaba por la misma calle que despertó en ella la pasión por el fútbol.

Padre e hija hicieron la fila para entrar y mientras avanzaban, se escuchaban aquellos cantos que hacían saltar el corazón de la niña.

Cuando ingresaron, la pequeña sintió que estaba en el lugar exacto. Todo teñido de naranja. Personas animando a un grupo de hombres que sudaban cada gota para ganar el balón. Solo faltaba el momento del gol, el cual llegó antes de terminar el primer tiempo.

¡Gooooool! Se escuchó al locutor del estadio, y mientras eso sucedía, una sirena comenzaba a sonar. La pequeña saltó sobre aquella tabla de madera, gritando a todo pulmón. Papeles naranjas y abrazos se veían por todos lados.

Su padre al verla, le pidió calma. La niña en tanto, en ese mismo momento confirmó su amor por Cobreloa, el cual hasta el día de hoy permanece intacto.

***Bárbara Pérez Milla***



## EN ESTA CARAVANA ESTÁBAMOS TODAS

Linda Caravana de vehículos. Bocinas sonando, banderas naranjas flameando durante el trayecto. Algunos vecinos mueven sus manos en señal de saludo a nuestro paso. Aunque no son tantos autos, como cuando Cobreloa salía Campeón de Chile y, nótese bien, 2 veces casi casi Campeón de la Copa Libertadores de América (si no fuera por nuestra mala pata). Mira que meternos el gol en el último segundo del partido. Eso no podía ser otra cosa que mala pata. Así despotricaba yo la segunda vez que casi fuimos campeones. Segundones decía mi vecino Colocolino, tenaz enemigo de Cobreloa, mofándose de nuestra mala pata, única manera que tenía yo para explicar la derrota. Mi padre me consolaba, no importa hija, el otro año sí. Yo lloraba encerrada en el baño, con un sentimiento genuino de frustración e impotencia, y vaya que llevó un tiempo largo para que no sólo yo, sino que todos nos repusiéramos de la derrota de Cobreloa.

No tengo muy claro cómo me hice fanática de Cobreloa. Lo cierto es que a parte del poder que tiene la tradición familiar en estas cosas, como la religión, la política y el fútbol, temas sobre los que no se discutía en la familia, también debe haber influido el hecho de que el equipo pasó muy rápido a primera división, sus triunfos se sucedieron velozmente, lo que le dio un status del que todos queríamos presumir. Sin embargo, lo que indiscutiblemente más influencia tuvo, fue que desde el comienzo acudiera con mi padre al Estadio para ver jugar a Cobreloa. Más que gustarme mucho el fútbol, yo era una niña todavía, me gustaba sentirme acompañada por mi padre, quien simbolizaba la protección frente a mis temores al inicio de la adolescencia.

Le temía, sobre todo, al fin del mundo y el único que aplacaba ese temor era mi padre, por lo que a donde él fuera, yo me tomaba de su gancho y nadie me soltaba de él. Así llegué al Estadio y, siendo sincera, tampoco era que disfrutara tanto los partidos, más bien me gustaba el entretiempo cuando bajábamos y mi tío

Darío me decía: “¿quiere algo hija?” y a mí qué me dijeran. Cómo olvidar el maní tostado; el confitado; las bebidas; las eternas empanadas; los chocolates de lenteja; los famosos Chubi. Cómo olvidar a mi tío Darío.

Cuando llegábamos al estadio con mi padre, como de costumbre corriendo pues el partido ya había comenzado, mi tío nos esperaba sentado en el banco del lado que, dicho sea de paso, lo teníamos asegurado. Como trabajadores de CODELCO y socios del club, disfrutaban de algunos privilegios, por ejemplo: acceder a Tribuna Andes cuyo asiento tenía marcado los apellidos de cada socio, aparte de estar ubicados donde daba la tan preciada sombra, en una ciudad donde la generosidad del Sol hacia fogata en nuestras cabelleras, sobre todo en las horas en que se llevaban a cabo los partidos.

Con los años, ir al estadio con mi padre se volvió parte de mi rutina. Parte del ritual era llegar atrasados corriendo, por lo que siempre nos hacían pasar rapidito, casi sin revisarnos los boletos. Comprendí todo cuando, en una oportunidad, siendo ya más grande, me retuvieron en la entrada pidiendo mi boleto, boleto que por supuesto no tenía. Miré a mi padre, como siempre esperando que me salvara. Después de una breve, pero incómoda situación, nos dejaron pasar, pero la vergüenza adolescente, sobre todo la exposición que sentí y de la cual siempre había escapado, hicieron que esa fuera la última vez que acudiera al estadio con mi padre. Pero a esas alturas de la vida, yo ya era una auténtica hinchita de Cobreloa, así es que comencé a ir con mis amigos de la población, claro que sólo a galucha, aunque era tan emocionante como en Tribuna Andes. Mi Padre debe haber descansado también de que dejara su brazo tranquilo y de tener que llegar atrasado y rapidito para meterme camuflada.

Mi padre era un loco del fútbol y más aún de Cobreloa, aunque bastante atípico, pues no acostumbraba ir ni organizar asados con amigos cada vez que Cobreloa jugaba. Tampoco salía a la

calle a celebrar los triunfos. Era un hombre más bien solitario, no tenía muchos amigos o de esos con los que se juntara cada vez que había partido. El asado y el vino no faltaban, pero en casa, junto a la familia. Ahí con un vaso de vino en una mano y un cigarrillo en la otra, analizaba el partido apasionadamente, como un verdadero comentarista deportivo. Parecía tener las verdaderas razones por las que triunfaba o perdía Cobreloa.

Estuve buscando entre las cosas que conservo de mi padre, su cuaderno donde escribió, en los malos tiempos de Cobreloa, la fórmula que él estaba seguro necesitaba el equipo para volver a brillar. Era como esos padres que no sueltan al hijo, que lo quiere, aunque se porte mal. Tanto así que, en una ocasión, invitó a comer a nuestra casa a un coetáneo suyo, que trabajaba en un medio de comunicación local, con la clara intención de transmitirle sus ideas acerca de Cobreloa y que se publicaran o que de alguna manera llegaran al equipo técnico de Cobreloa. No encontré el cuaderno, ni recuerdo la fórmula que muchas veces nos mencionó. Los años no sólo se han llevado mi juventud, sino también algunas memorias. Lo que sí recuerdo muy bien, es que mi padre se quedó esperando a su coetáneo. Esa fue la única vez que invitó a un extraño a casa a compartir un asado.

Quizás, mi padre no invitaba amigos a casa para protegernos, porque éramos sólo mujeres. Si hubiese tenido hijos, yo quizás nunca hubiera ido al Estadio por mucho que me agarrara de su brazo. Más tarde, se sumaron los yernos a los asados, quienes no sólo debían ser de la familia fútbolera, sino también de la familia cobreloína. Ese es el Poder de la tradición familiar.

Aunque sus 8 hijas éramos cobreloínas, sólo algunas íbamos al estadio y salíamos a la calle en caravana a celebrar los triunfos, bandera anaranjada en mano, con polera y jockey de Cobreloa. Pero en esta Caravana, estábamos todas sus hijas, haciendo sonar bocinas, en un periplo que comenzó en casa, hasta el estadio, para rodear sus 360 grados, seguidos por familia,

amigos y vecinos. Esta vez, no para ver jugar a Cobreloa, sino para despedirse de ese lugar, lleno de historia, de sentido, del sentido que tenía para él, el “Estadio Municipal”, al que pocas veces faltó, estuviera o no brillando la estrella para Cobreloa. ¿Cómo no hacer una última parada? Nunca lo dijo, pero estoy segura de que, pese a que no participaba de las caravanas, así le hubiese gustado a mi padre que lo despidiéramos: en una caravana de vehículos alrededor del estadio; asomando banderas naranjas por las ventanas; con las bocinas haciéndose sentir para despedir al hincha anónimo. Adiós padre querido, te agradezco haberme conducido de tu brazo al estadio y a todas partes.

*Amanda Fabián Salas*

## HUELLAS DE UN GIGANTE DORMIDO

1977. Mi televisor blanco y negro y yo. En ese entonces yo era un niño que pasaba las tardes entre la escuela y el fútbol. Las horas rodaban rápido junto al balón, pero al llegar a casa me esperaba quien era sin duda alguna el compañero inseparable de las más intensas aventuras: mi televisor blanco y negro. Juntos podíamos viajar a lejanos lugares para conocer los misterios del mundo, pero sobre todo para vibrar con el fútbol. Poco a poco, un club deportivo de nombre Cobreloa, fue ocupando los espacios y llenando la pequeña pantalla de mi gran amigo televisor. El ímpetu de sus jugadores y el naranja de su camiseta resaltaba en aquel entonces, aunque solo en mi imaginación.

En compañía de mi televisor, no era difícil presagiar, que en los inicios de los años ochenta, gran parte de nuestras vidas iban a girar en torno a Cobreloa. El tiempo transcurría y mi televisor blanco y negro a esa altura ya era más que un amigo, pues formaba parte de la familia, ocupaba un lugar importante en nuestro hogar; nos reunía, nos incitaba a compartir; nos invitaba a emocionarnos y a reírnos. El tiempo pasaba y el televisor blanco y negro comenzaba a necesitar algo de ayuda, fue así como el alicata se transformó en pieza clave para el control de los canales, y así no perder detalles de la primera estrella de la década del gigante naranja.

Después de un tiempo, mi televisor blanco y negro y yo, sentimos el corazón henchido de orgullo y esperanza, en ese momento cada pensamiento se teñía de naranja, pero la vida nos golpearía un par de veces en los inicios de los ochenta, privándonos del abrazo eterno en finales consecutivas de Copa libertadores de América. Heridas pintadas de enseñanzas que se han negado a cicatrizar y que el tiempo las ha convertido en un sueño, en la tarea pendiente que podría encender miles de corazones naranjas.

Luego, gracias a mi amigo incondicional que transportaba la imagen y los anhelos, pude apreciar a la distancia como un

puñado de jugadores, me hacían olvidar las penas, maravillarme con la precisión y pegada perfecta del chueco; el liderazgo personificado en la sencillez del Ligua; hechizado con la magia imposible del mandrake Trobbiani. En fin, me hizo sentir acompañado por una generación dorada e inigualable. Juntos convirtieron a mi querido Cobreloa en una de las instituciones más exitosas y ganadoras de los ochentas. Entonces, a través de esa pequeña pantalla, aprendí que la distancia geográfica que me separaba del club de mis amores desde Talca, no sería obstáculo para que esa hermosa camiseta colonizará mi alma y estableciera residencia permanente en mi corazón.

Al pasar algún tiempo, mi televisor blanco y negro y yo, le dábamos la bienvenida a los noventa, pero mi gran amigo de infancia y adolescencia, el cómplice, el compinche, el testigo de tantas alegrías en la era dorada de Cobreloa, comenzaba a mostrar signos de cansancio, agotamiento y pérdida de energía, en ese instante entendí que nuestras aventuras juntos continuarían por caminos separados, el agradecimiento infinito por todos los momentos vividos, envueltos entre aplausos, tristezas y alegrías, destinándole un lugar único y especial en nuestro hogar.

*Juan Francisco González Villalobos*

## RELATOR DE LOS NIÑOS

Esta historia ocurre cuando mi Cobreloa debía jugar el partido de vuelta contra el Barcelona de Guayaquil, por la Copa Sudamericana 2012.

Yo tenía 11 años, mi padre me llevó a presenciar este partido en Guayaquil, Ecuador. Viajamos con un amigo de mi padre y su hijo de mi edad.

Comenzamos la travesía, viajando en bus desde Calama a Arica, bancándonos 9 horas de trayecto para después partir rumbo a Tacna, Perú. Luego nos embarcamos en un vuelo a Lima, donde estuvimos un par de horas antes de llegar a Quito, Ecuador. Volamos primero a Quito y luego a Guayaquil, donde comienza la historia.

Aquel partido fue amargo para todos los cobreloínos, ya que perdimos 4-3, pero antes de empezar a dar detalles sobre el día del partido, tuve el agrado de estar en el mismo hotel en que se encontraba el equipo. Esto fue genial, ya que nos topábamos con nuestros jugadores en los pasillos, hall y ascensor. Pude ver como se concentraban, lo que comían, sacarme fotos con la mayoría de ellos y pedirle las firma de todos. Hablamos mucho con Luciano Palos, lo recuerdo como una muy buena persona, siempre estuvo disponible cada vez que me acercaba a preguntarle algo.

Recorrimos Guayaquil, compramos las entradas y pude asistir al entrenamiento del equipo en el Estadio Monumental Isidro Romero Carbo o más conocido como Estadio Monumental Banco Pichincha. Con mi amigo fuimos pasapelotas durante el entrenamiento y pudimos conocer el interior del estadio. Sin duda una experiencia inolvidable, que fue posible gracias al apoyo de una taxista que nos llevó del hotel al estadio y se “engrupió” a los guardias del recinto hasta llegar a la cancha. También debo reconocer la buena voluntad y disposición de nuestro técnico Don Javier Torrente, que nos aceptó.

Ya llegando al día del partido, recuerdo que nos quitaron las correas antes de entrar al estadio y nos resguardaron los Policías de Guayaquil hasta el lugar donde se encontraba el sector del público visita. Sorpresa para nosotros que, en un estadio de 75.000 espectadores, había 7 hinchas alentando al zorro, nosotros éramos 4 y había 3 personas que también viajaron de Calama.

El local tenía aproximadamente 60.000 mil espectadores, imagínense el ambiente que existía en el estadio, nosotros realmente acorralados de hinchas locales. Al salir mi Cobreloa a la cancha, recuerdo que el capitán de ese tiempo, Sebastián Roco, miro para todos lados buscando la tribuna hasta que nos vio y el equipo nos fue a saludar a los 7, me imagino que le costó mucho encontrarnos, ya que realmente era impresionante ver al equipo local alentando, era toda una locura.

Comenzó el partido y Barcelona hizo el primer gol, luego el gran José Luis Díaz puso el 1-1. Siguió el partido y el local hacía lo suyo. Juan Abarca marcó el 2-3, y el Pato Troncoso puso el 3-3 que nos clasificaba y nos daba una alegría inmensa, gritamos como nunca esos tres goles.

Tras el empate, los Policías nos tuvieron que cambiar de lugar, porque desde arriba de las gradas nos tiraban miles de cosas porque estábamos clasificando. Nos dejaron ubicados mirando precisamente el arco defendido por Luciano Palos y lamentablemente llegó el minuto triste, el local Damián Díaz, ex Universidad Católica, puso el 4-3 a favor de los locales con una chilena y lo celebro al frente de nosotros, derrumbando todas las esperanzas que teníamos, debido a los pocos minutos que le quedaban al encuentro.

Al finalizar el partido los ecuatorianos quedaron felices, así que no tuvimos muchos problemas en la salida, pero igual siempre estuvimos resguardados por la Policía de la cual quedamos 100%



agradecidos por la seguridad que nos brindaron antes, durante y después del partido.

Un regreso triste al día siguiente, pero con mucha satisfacción del esfuerzo y compromiso de ese plantel, nos hizo sentir orgullosos de ser cobreloinos y chilenos.

Para finalizar esta historia, no puedo dejar de mencionar el encuentro que tuvimos con los periodistas de “En la Línea Deportes” en el Aeropuerto de Lima, ya que mi amigo y yo nos acercamos a conversar con Don Pedro Wilfredo Marín, y él con gentileza y buena disposición, nos atendió muy bien, hasta le pedimos que nos relatara un gol de Cobreloa que él recordará y luego de pensar un momento, accedió a nuestra solicitud y en plena sala de espera del aeropuerto, comenzó a relatar, realmente genial. Don Hugo Marambio, escuchó atentamente el relato y lo bautizó como el “Relator de los niños”.

*Rodrigo Cortés Zepeda*

## LA PATALETA DE LA VIDA POR EL ZORRO

Soy una calameña a la que desde pequeña la llevaron al estadio, así fui forjando mi pasión por Cobreloa. A medida que fui creciendo, mi papá, que era mi acompañante y el que me involucró en este mundo, empezó a tener más dificultades para ir al estadio por temas de trabajo, y también creo que la motivación ya no era la misma de antes. A pesar de esto, me alié con una amiga, teníamos como 12 años y así nos apañamos para seguir asistiendo al estadio, donde conocí la galería sur y desde entonces que no me sacan de ahí.

En el año 2013, el zorro estaba en la sudamericana, le tocaba jugar con Peñarol partidos de ida y vuelta. En esa época el mítico estadio municipal estaba cerrado, ya en proceso de remodelación por lo que nuestra Localía se debía jugar en Antofagasta. El club dispuso varios buses para que los hinchas pudiesen viajar a presenciar el partido.

En ese entonces yo tenía 17 años, mi amiga iría con su familia en uno de los buses, pero coordinamos ir juntas a galería para alentar al zorro. Yo debía viajar sola, pero allá nos encontraríamos. Las ansias y la emoción que sentíamos no la podíamos ocultar, yo tenía todo planeado, había juntado hasta el dinero para pagarme el pasaje y solo faltaba el permiso de mi mamá y mi papá (es importante recalcar que vengo de una crianza algo sobreprotectora) y bueno, llego el momento de pedir permiso, ahí comenzó todo.

El partido se disputaba un día jueves, faltaban como dos días, yo recién había terminado de juntar el dinero para el viaje, así que se venía lo que yo creía que sería lo más fácil (que ilusa), ya que no les pediría dinero, era solo su autorización. Me fui esperanzada a la pieza de mis padres. Estaban los dos y comencé toda emocionada a contarles mi plan maestro, que consistía solo en faltar a clases ese día en la tarde para poder llegar bien a la hora de salida del bus desde Calama, lo mejor de todo, es que estaba en cuarto medio y no tenía mucho que perder si faltaba ese día en la tarde, les conté que era un viaje de ida y

vuelta, que tenía la plata y que me encontraría con mi amiga allá en la puerta del estadio.

Apenas yo comencé a contar todo, la cara de mi papá cambió, pero se hizo el loco, siguió haciendo lo que hacía cuando entré, y cuando yo terminé de hablar me dio un frío y rotundo ¡NO! Ahí mi corazón se partió en pedacitos y comenzaron a salirme lágrimas de los ojos, de inmediato le pregunte ¿Por qué no? Y empezó con su charla sobreprotectora, que como iba a ir sola, que no, que es peligroso, y yo solo escuchaba ¡BLAH! ¡BLAH! ¡BLAH! Ahí comenzó la batalla, lo encaré diciendo que era simple, ida y vuelta y que, si le ponía tanto color entonces porque no iba conmigo, ese día él tenía descanso. Ahí se empezó a enojar más porque yo insistía, y que él no viajaba así de improvisado y más ¡BLAH! ¡BLAH! ¡BLAH! (en mi mente yo tenía mucha rabia y me decía en qué momento él se volvió tan de cartón jahjsashja). Indignada comencé a subir la voz, le grite que él tenía la culpa, que no podía creer que no me entendiera, yo quería ir, que era mi pasión, pasión que él me inculco, le dije llorando que para que entonces me llevo al estadio y ahora me lo prohibía, él tenía toda la culpa de mi amor descontrolado por el zorro y que se hiciera cargo. Me fui indignada a mi pieza llorando descontrolada y tirando portazos, él me siguió, comenzó a retarme, por andar tirando portazos y se soltó la frase magistral: SABÍS QUE MÁS, HACE LA WEA QUE QUIERAS, y se retiró del lugar. Claramente, yo siendo una hija muy obediente, le hice caso y al otro día partí feliz corriendo a comprar mi pasaje, logrando por completo mi súper plan de ir a alentar a zorro.

Ese día fue hermoso, llegamos en caravana a Antofagasta, nos bajamos en el estadio, caminamos a la avenida Brasil cantando y alentando. La hinchada de Antofagasta estaba esperándonos con banderas. Luego caminamos de vuelta todos juntos al estadio tiñendo las calles de la ciudad de naranja. Ese partido se empató, pero Cobreloa jugo bien, lo que alimentó nuestras esperanzas para un buen enfrentamiento en el partido de vuelta en Uruguay.

*Patricia Ortiz Ahumada*

## VIAJE MILAGROSO

Mi seudónimo es “Tajo”. Nací el 28 de enero de 1974, con problemas respiratorios. Al cumplir 1 año y 3 meses me dio Neumonía, por la cual, me tuvieron que operar el pulmón izquierdo, extirpando 1/4 del mismo, quedando con una capacidad respiratoria de un 75% y una infección de por vida llamada Bronquiectasia Atelectasia, que es una enfermedad crónica (no tiene curación, no es contagiosa y es para siempre).

Desde niño, siempre me llamó la atención el sorprendente equipo naranja llamado Cobrelao, quien ganaba y goleaba a todos los equipos que iban a jugar a Calama, tierra de Sol y Cobre. El año 1989, estaba en el Estadio Nacional viendo a mi equipo y observé a un caballero vestido de naranja repartiendo volantes, me acerqué a él y me dijo que estaban invitando a muchos hinchas, para realizar y participar en reuniones, con la intención de formar una barra en Santiago. Recuerdo que cuando llegué a la primera reunión, él me acogió, al igual que a todos los nuevos jóvenes, como verdaderos hijos, esa persona se llamaba Raúl “Peluca” Calderón, nacido y criado en Chuquicamata, radicado en Santiago ya hacía muchos años (fallecido el año 2013). Desde ese momento, nunca más nos separamos como barra, empezamos a viajar y acompañar a nuestro amado equipo a todos los estadios de Chile.

En enero del año 1992, estaba de vacaciones con mi familia, como todos los años en Chonchi, Chiloé, la tierra de mi padre (fallecido el año 2018). Solíamos jugar al fútbol con todos mis amigos de allá, en una pampa, cerca del cementerio, muy arriba del mismo pueblo, la cual, curiosamente le llaman hasta el día de hoy, Calama, por la altura donde queda.

A mediados de mes, mientras una noche llovía torrencialmente, inesperada y lamentablemente sufrí un Neumotórax, en mi pulmón derecho, es decir: se me reventó el pulmón. Sentí que me faltaba el aire, de hecho, me estaba ahogando cada vez más, pero gracias a Dios, mi tío (hermano menor de mi padre) me llevó de urgencia en su vehículo al Hospital de Castro, que

queda a 20 kms de Chonchi. Ese viaje se me hizo eterno, era realmente desesperante, mi rostro estaba de color casi morado. En cualquier momento me daba un paro cardíaco y moría en el camino. Al llegar allá, me insertaron tres tubos en mi tórax, para drenar y oxigenar mi pulmón. Fue todo muy rápido, con anestesia local, recuerdo con mucha claridad lo que pasaba en ese momento y a Dios gracias, pude sobrevivir.

En los días siguientes fui trasladado en ambulancia, al Hospital de Puerto Montt, donde debía ser operado lo más pronto posible. Mi madre decidió hacer todas las gestiones, para que me operaran en Santiago con mis médicos tratantes, por lo cual, tuve que viajar en bus, con máscara de plástico, tubos y vasijas de drenaje, pareciendo un verdadero astronauta de la Nasa. Llegando al terminal de buses, me esperaba la ambulancia que me llevó al Hospital del Tórax, donde fui operado del pulmón derecho (era el pulmón que tenía bueno), antes de la intervención, tenía poca probabilidad de vida, pero a Dios gracias todo salió bien. Ese fue mi gran regalo de cumpleaños, eso sí, quedé con una capacidad respiratoria de un 50%; estuve hospitalizado por casi seis meses (hasta mediados de Julio); y desde esa época he teniendo que hacer de por vida ejercicios Kinesiológicos, para mis pulmones. Estando hospitalizado, supe que Cobreloa jugaba con Colo Colo a mediados de septiembre, por lo cual, me sentía afortunado y a la vez triste, porque mi estado de salud no me permitiría viajar a Calama, por la altura de la ciudad.

Al salir del hospital, estaba convaleciente y mis padres, se negaron rotundamente a que viajara, pero mi gran fe y esperanza, siempre estuvo latente. Al ir a mis controles médicos, mis padres y yo hablamos con la junta médica, de mi intención de ir a Calama. Grande fue mi sorpresa ya que me autorizaron para ir, pero no en avión, sino, por vía terrestre y con los resguardos correspondientes, ya que tenía que hacer una vida lo más normal posible, como cualquier joven de mi edad. En ese momento fui el chico más feliz del mundo, por haber derrotado a la muerte y por poder viajar a tierra santa.

Llegamos a Calama por la mañana de un día sábado 17 de septiembre, con un sol radiante, alojándonos en el regimiento Topáter, donde nos bañamos y todos mis amigos observaron las tremendas cicatrices en mi tórax, producto de mis operaciones.

Aquí, en tierra santa fue donde me apodaron “Tajo”, Recorrimos gran parte de la ciudad, conocimos la sede de Cobreloa, en donde saqué mi primer carnet de socio, también la mina a tajo abierto más grande del mundo, Chuquicamata, con sus gigantes camiones, museo y demás maquinaria.

Era un maravilloso y soleado día Domingo 18 de septiembre (Fiestas Patrias). El estadio lleno de gente, todo naranjo, con sus porristas, la banda musical y su legendaria sirena. Ganamos 1 a 0, con gol de mi más grande ídolo de la historia del fútbol mundial, Héctor “Ligua” Puebla. Lo que viví y sentí ese día fue perfecto. Ese mismo año, Cobreloa se corona Campeón de Chile, logrando nuestra quinta estrella, lo cual, fue un regalo de Dios que jamás olvidaré.

Con el tiempo, llegué a ser Primer Director de la barra en Santiago, dejando mi huella en este lindo club, del cual me siento muy orgulloso. Además, colaboré en la creación del nombre y del mítico lienzo que hoy todos conocemos en Chile: Huracán Naranja. No somos grandes, SOMOS GIGANTES.

*Eliseo Macías Acuña*

## CON FE, TODO SE PUEDE

Corría el año 1995 y yo, Daniel Segura, junto a mi amigo Juan Pablo Rojas, compañero de curso del Liceo Jorge Alessandri Rodríguez, acordamos de juntarnos en el centro de Calama para poder ir al estadio, porque ese fin de semana jugaba nuestro querido Cobreloa con nuestro archirrival Colo Colo. En esos tiempos éramos unos chiquillos con todas las ganas en el corazón, pero sin ningún peso en los bolsillos.

Ese día sábado 6 de mayo, nos juntamos y reunimos nuestros ahorros para poder comprar las entradas, logrando juntar alrededor de unos \$500 pesos de esa época que correspondía a una sola entrada de galería. Lamentablemente teníamos solo para una así que le dije a mi compañero: “Vamos igual y ahí vemos como entramos, nos saltamos algún portón o nos subimos a una pandereta, lo que sea”. Mi amigo Juan Pablo dijo rápidamente que sí y nos dirigimos caminando desde el centro al estadio municipal de Calama (en esos tiempos).

Corrimos rápidamente ya que quedaban solo minutos para el inicio del partido, cuando llegamos estaban todos los hinchas en las gradas, e sentía el bullicio de la gente alentando. Se veían sólo unas cuantas personas en las puertas. Llegamos a la ventanilla y compramos una entrada galería. De un instante y como caído del cielo, un señor que estaba en la puerta nos dijo: “¿tienen entradas?” Y nosotros con nuestras caras de felicidad dijimos que necesitábamos una, él nos pasó una entrada, pero para Tribuna Andes, nuevamente en problemas ya que teníamos diferentes entradas. Decidimos intentar entrar a Tribuna Andes. Mientras caminábamos, planeábamos nuestro ingreso. Ya en la puerta nos encontramos con una pareja de carabineros y un par de jóvenes revisando las entradas. Le dijimos a uno de ellos que nos habíamos equivocado y que compramos diferentes entradas, el joven nos dijo: “entren, antes que me pillen”. Entramos rápidamente antes de que los carabineros o los otros guardias se diera cuenta.

Nos sentamos donde pudimos a ver el encuentro, de vez en cuando saltábamos porque Glaría no podía achuntarle al arco. En un instante Pedro Heidi González, de un izquierdazo fuera del área, mete el primer gol, la alegría brotaba por todas partes. Pero eso no estaba por terminar, Camilo Pino quiso hacer un gol más lindo y al igual que el Heidi, con la izquierda y unos cuantos metros más lejos del arco, vence a Marcelo Ramírez.

Nuestra alegría era tan grande que nos abrazamos con mi compañero y en esos momentos vimos a un abuelito de unos 75 u 80 años que saltaba, pero no se le escuchaba nada de lo que decía. Decidimos acercarnos al abuelito, sin que él nos viera para saber que decía. Él de forma muy sentida decía, “grande Cobreloa &%\$%\$”, nos reímos y seguimos disfrutando el partido y el triunfo del Zorro.

Esto me marco de por vida y pude entender que: incluso el más pequeño, el que no tiene ni uno, hasta el que tiene más años, siempre podrá arreglárselas para ir al estadio, por la pasión, con el corazón hinchado, con todas las ganas, zorros todos, zorros hasta la muerte.

*Daniel Segura Ángel*



## EL VIAJE DE LA ILUSIÓN

Todo comenzó, cuando Cobreloa al quedar segundo ganó la opción de disputar una “final” por el segundo cupo de ascenso. No recuerdo bien si fue antes o después de conocer el rival que se pusieron a la venta las entradas y comenzaron las filas, algunos reclamaron y se impresionaron por lo largo de las filas, pero, ahí salieron los viejos contando como eran los días de antaño, los días de gloria en los ochentas, cuando el estadio se llenaba varias horas antes del partido después de largas filas. Familias enteras instaladas en el estadio con todo su aparataje para almorzar dentro del mismo estadio. Fuera del estadio en las calles se vivía una locura naranja con micros y colectivos embanderados, todo eso pasaba antes contaban los viejos.

El mismo día de la final, siendo aún de madrugada, llegué hasta el aeropuerto de Santiago donde me encontré con otros amigos que también iban al partido. Cuando se acercó la hora del vuelo nos trasladamos a la sala de abordaje, a medida que íbamos llegando a nuestras respectivas puertas, se iban cruzando las camisetas naranjas, y en un momento todos los vuelos a Calama estaban casi repletos de hinchas loínos cargados de ilusión. Varios pilotos y tripulantes de cabina fueron testigos de los “cobre cobre” al despegar y al aterrizar en el desierto.

Al llegar al oasis y recorrer sus calles, fue como tener una pequeña probada de esos momentos de antaño. Transitar por el paseo Ramírez era ver un desfile de camisetas naranjas con canciones de Cobreloa de fondo. Dentro de un estadio repleto, un gran telón fue desplegado en la galería sur con el sonido de la sirena de fondo mientras miles de almas naranjas esperaban ilusionadas el pitazo inicial. Lamentablemente el destino quiso otra cosa y de nuevo nos tocó ver a otros celebrar, mientras nosotros nos retirábamos tristes de la cancha, estoy seguro de que más de alguno solo una lágrima. Al día siguiente me tocó volver a Santiago y de nuevo me encontré con amigos, pero esta

vez, las caras tenían un semblante triste, esa mueca que deja la ilusión cuando se retira de tu corazón, y asumes que deberás esperar por lo menos un año más.

A principios de este año se disputó la liguilla por el segundo cupo de ascenso, Cobreloa era uno de los participantes, y los que sabemos de la historia naranjas recordamos el ascenso del club tan solo un año después de entrar al profesionalismo. Varias de las condiciones se repetían, como la ciudad y el lugar a disputarla. No pude evitar volver a ilusionarme, al igual que los tres mil hinchas loínos que rápidamente agotaron las entradas disponibles. Nuevamente el destino estuvo contra nosotros, nuevamente nos tocó ver a otros celebrar mientras nosotros nos retirábamos con tristeza del estadio.

Pero esto es así, no nos podemos rendir mientras sigamos en esta división, si no se rindieron los que antes estuvieron luchando por años, fracaso tras fracaso para que el Loa tuviera fútbol profesional, cómo nos vamos a rendir nosotros. Debemos seguir luchando para retornar a la división donde construimos esa historia llena de gloria que llena varios libros, cuando Cobreloa consiguió ser, a base de esfuerzo y trabajo, un más que digno embajador, que puso en lo alto el nombre de Calama.

*Claudio Lorca Araneda*

## LA PASIÓN POR LOS COLORES NO TE LIMITA

Mi historia se desarrolla en Santiago, unos pocos meses después de que sufrí el accidente laboral, donde quedé parapléjico. El año 2006.

Recuerdo un viernes o sábado de aquel año en especial porque ese día, yo había pedido permiso para asistir al cumpleaños de una amiga. La Doctora que estaba a cargo de la supervisión de mí rehabilitación en la Clínica los Coihues, me dice:

- ¡Por supuesto! ¿Pero están las condiciones para su desplazamiento en esa casa?

- Según mi amiga, si. Le respondo

- Entonces tiene mi permiso.

Llamé a mi amiga para confirmar mi asistencia. Pero la respuesta fue:

- Javier, lamentablemente no voy a poder celebrar mi cumpleaños, porque olvidé que tenía otro compromiso. Pucha lo siento, discúlpame, de verdad no me acordaba, que lata.

De todas formas, y como ya tenía el permiso, decidí ir al Estadio San Carlos de Apoquindo para apoyar a mi amado equipo.

Me armé de valor y me fui en mi silla de ruedas a tomar el Transantiago. Le consulto a la gente como llegar hasta allá. Algunos me decían: "toma tal o cual línea"; "baja en la Plaza Italia. Es el lugar habitual para tomar locomoción cuando se juega en ese Estadio".

Finalmente, llegué a Plaza Italia y allí había algunos hinchas y barristas del Huracán Naranja de Santiago, esperando a la gente del H.N. de la Quinta, que venían en micros desde Valparaíso.

En esa espera, les conté que supuestamente yo debía ir a un cumpleaños y no al Estadio.

Cuando llegaron las Micros que traían a los hinchas de Valparaíso, me subieron entre varios con silla y todo por la puerta trasera de una de ellas. Aún recuerdo con mucha alegría los cánticos, arengas y tallas. Una vez en el Estadio, no me di cuenta de que me estaban enfocando de la televisión (CDF), hasta que me llamó una prima que estaba viendo el partido desde Iquique y me dice:

- ¡Javi, Javi! ¡Saluda que te están enfocando! Te conocí, por ese zorro que tienes en el brazo.

Yo miraba para todos lados moviendo la mano de forma de saludo. Pero, nunca vi la cámara que me enfocaba, luego se acerca un periodista de la radio (Marcelo Díaz A.) para que diese mi nombre y opinión del partido, así que aproveché de hacer mis comentarios a micrófono abierto.

Una vez terminado el encuentro (¿el resultado? Da lo mismo), los de la micro que se iban de vuelta a Valparaíso, me dejan cerca de la Clínica donde estaba internado. Tuve que cruzar la rampa que está cerca de la escuela de investigaciones (Estación Pajaritos). Era tarde, cerca de las 01:00 de la madrugada y el guardia de la Clínica no me quería dejar entrar, por el horario.

Al día siguiente, me di cuenta de que no podía ocultar mi salida al Estadio, ya que todos me decían que me habían visto, incluso el kinesiólogo me dice que escuchó el comentario de la radio.

La Doctora, al escuchar tantos comentarios de mí, en vez de regañarme por no haber ido al cumpleaños, me felicita por salir solo, pero se sorprende más cuando le digo:

- Gracias Doctora, pero...

Y si le cuento que no conozco Santiago y menos como llegar al estadio. A los otros pacientes les comento susurrando:

- Se suponía que nadie se iba a enterar.

De esta forma quiero reflejar que, a pesar de mi condición, la voluntad, determinación y por supuesto el amor por los colores de mi equipo, me dieron el empuje necesario para actuar con valentía sobre las limitaciones que a diario nos pone la vida. Para terminar: “La simpleza de la vida, es lo que la hace compleja”.

*Javier Villalobos Araya*

## SÍ, HIJO

El sonido inconfundible de los mensajes en el celular que mi hijo envía en forma de reporte periódico me hace levantar la vista de la pantalla del computador en la que la planilla de cálculo registra las proyecciones para el próximo año. El tenor del mensaje es similar a los que ya he recibido durante todas estas semanas de cuarentena:

Papá, papá, este año Cobreloa debe subir a la primera A. No podemos estar un año más en la B...

Al leerlo solo puedo pensar en la expresión de un niño que va a ver al estadio, a pesar de su corta edad, al equipo de nuestros amores. Lo que sucede los días anteriores al partido es indescriptible, aun para los más avezados profesionales del comportamiento humano cuando todo gira en torno a los colores que en algún momento le transmití cuando era aún más niño y conoció el ritual de partir al estadio. Desde ese momento nuestro club sumó otro acérrimo seguidor más a sus filas y en tiempos de globalización extrema e información instantánea es todo un logro.

La primera asistencia a un estadio aun estábamos en la primera A y ese día fuimos a ver a nuestro equipo en su visita al Elías Figueroa Brander de Valparaíso, que recuerdo como si fuera ayer. Sus ojos clavados en el gran mantel verde con sus estilizadas líneas blancas se tornaron repentinamente hacia la galería desde donde venía el estruendo que acompaña a los fuegos artificiales, señal inequívoca de que los equipos ya estaban ingresando al verde manto sagrado. El resultado es una anécdota que es mejor no recordar.

Ya estando en la B se me viene a la memoria el día que fuimos a Quillota y conocimos el Estadio Lucio Fariña Fernández, encuentro que coincide con la celebración del Día del Niño. Es imposible quitar de mi memoria el reflejo de la felicidad en su rostro por asistir a otro compromiso más de los naranjas, por

la cantidad de golosinas que le obsequiaron al ingresar a ese recinto... y los infaltables completos de rigor del entretiempo.

Imposible pasar por alto la expedición a San Bernardo y llegar al estadio cuando nuestro equipo ya ganaba al local Magallanes. Entre los canticos, saltos y revoloteos de los incondicionales naranjas pudimos ubicarnos bastante bien para poder apreciar el juego esa calurosa tarde de abril...

Si hijo, este año vamos a subir y acompañaremos al zorro en su retorno a la Primera A en todos los estadios...

*Yerko Cabrera Espinoza*

## CORRIENDO EL CARRIL DE LA FE

Era un domingo muy especial, como siempre el sol golpeaba duro, en un estadio repleto de corazones vibrantes, esta vez todos esperando una sola cosa: que nuestro joven equipo fuera campeón por primera vez en su historia.

Yo, en tanto, me dedicaba a jugar con mis amigos, juntando alegremente cientos de chapitas y palos de helado, trofeos invaluable de un niño en el bullicio ensordecedor de ese estadio. Por esos años, juntar esos trofeos para después botarlos en la salida del estadio, me entretenía tanto o más que el mismo partido. Saltaba a ratos, asustado por el atronador griterío en cada uno de los goles, creo que fueron tres veces y de ahí lentamente se juntó un grupo enorme y desordenado de gente fuera de la cancha, quienes ya no dejaron ver el partido desde la reja. Estaban todos eufóricos y emocionados. Ya terminaba el segundo tiempo y se producía lo que todos esperábamos:

¡Cobreloa campeón por primera vez!

Mi padre, quizás en honor a que yo era su inseparable compañero de estadio, me abrazó con fuerza gritando mientras todo el equipo recibía una enorme copa y daba una eterna y desordenada vuelta alrededor de la cancha. Por todos lados la gente saltaba la escuálida reja de aquellos años para agregarse a la celebración. Quise hacer lo mismo, pero mi papa tomo con fuerza mi mano, mirándome serio y solo me dejó saltar cerca de él gritando lo que se me ocurriera. Aproveché de gritar muchos garabatos, lo que me hacía sentir un chico grande y además que en ese ensordecedor griterío ni se notaba.

Nos tardamos mucho en salir del estadio, todos gritando y algunos llorando de emoción. Era nuestra primera copa y aun siendo pequeño podía entenderlo. Yo me sentía con el pecho lleno de felicidad y orgulloso con mi bandera en la mano.

Al regresar con mi papá, ya casi sin voz, a nuestra casa en Chuquicamata, me llamó muchísimo la atención un grupo de autos con banderas, que seguían a un jugador de camiseta naranja, quien lento, pero con firmeza, trotaba en dirección al mineral. Muy sorprendido miré a mi papa y le pregunté de que se trataba eso. Me dijo escuetamente: “es uno de los jugadores que viste hoy y que va a pagar una manda”. No entendí mucho, pero me pareció que estaba realizando un tremendo esfuerzo, porque lo vi jugar en la tarde y ahora trotaba como rezando sin mirar a nadie.

Mi madre nos recibió muy contenta y emocionada cuando llegar a nuestra casa en la población Las Normac. Estaba feliz por lo de Cobreloa campeón y tenía listas unas ricas roscas con azúcar flor y pan batido con queso. A pesar de que mi papá me compró, como nunca lo hacía, dos helados y dos bebidas en el estadio, me devoré todas las roscas aquella tarde.

Viendo televisión ya relajado, no me percaté que se oscureció cuando mi vecino y amigo Joselo, me pasó a buscar muy agitado diciéndome que estaba llegando aquel jugador de Cobreloa que vi en la tarde cuando corría a pagar su manda rumbo a Chuqui. ¡No lo podía creer... todavía corría ese hombre! Quedaba muy cerca de mi casa la gruta, así que le supliqué a mi papa poder verlo, él accedió y salimos corriendo a ver cómo llegaba el jugador.

La gruta quedaba frente a unas canchas de ripio y en ese momento estaba llena de gente rodeándola. Estaba muy oscuro, solo algunas velas alcanzaban a iluminar tenuemente las caras curiosas de quienes estábamos ahí. No tuve que esperar mucho hasta que apareció de lejos un hombre rodeado de autos y gente eufórica, corriendo con todo su equipamiento deportivo puesto, como si estuviera saltando del camarín a la cancha. Un puñado de gente le abrió camino, la gruta estaba cerrada, pero el ágilmente salto una enorme reja y cayo dentro en total silencio



de quienes estábamos ahí. Solo se escuchó fuerte el ruido de sus zapatos de fútbol al caer en el duro piso de cemento. Todos guardábamos inusual silencio, él caminó unos pasos y se arrodilló, agachó su cabeza y rezó. Lo hizo en silencio por unos minutos. Luego se puso de pie, se quitó su camiseta sudada y la lanzó a los pies de aquella virgen, testigo de su hazaña. En ese momento toda la muchedumbre estallo en gritos y algunos en lágrimas por el esfuerzo de ese hombre. Volvió a saltar la reja y fue abrazado con emoción por muchos, desapareciendo entre la muchedumbre. Nunca olvide el esfuerzo increíble de aquel hombre recorriendo esa enorme distancia entre el estadio y la gruta de la virgen que quedaba cerca de mi casa.

Con los años supe que su nombre es Raúl Gómez, lateral izquierdo de ese primer Cobreloa campeón, quien fue el único de los guerreros naranjas en ese estadio, que ese día, primero pagó su deuda de fe a La Virgen de Lourdes, para después festejar y emocionarse con el resto de sus compañeros. Que, habiendo jugado los noventa minutos de ese último partido con Lota Schwager, no dudó un solo minuto en correr quince kilómetros eternos hacia Chuquicamata para entregar, ya entrada la noche, su camiseta, símbolo de su esfuerzo y pasión por el club. Ese recuerdo hasta el día de hoy lo atesora con impresión ese niño que con diez años fue testigo de un extraordinario ejemplo de convicción.

*Frank Castellón Álvarez*

## AMOR A DISTANCIA

Yo vivía en un campo duro y árido, entre surcos de trigo y de cominos, en las tierras de Canela, región de Coquimbo. Una comuna de agricultores y crianceros de animales caprinos que se abastecían de pozos y norias de pequeñas vertientes.

La televisión no existía en esos lugares, los partidos de fútbol del campeonato nacional o de la selección se escuchaban por radio cuando tenía pilas cargadas. No existía ese fanatismo y pasión que conocí más tarde, era un ambiente tranquilo y solitario con pocas entreteniciones.

En esos años, Canela sufría grandes necesidades económicas y falta de servicios básicos, por algo era considerada una de las comunas más pobres de Chile. La gente, especialmente el campesinado, sufría los estragos de la sequía y buscaba mejor suerte en otros lugares. Agricultores y crianceros, dejaban sus campos para emigrar al norte, a las faenas mineras que ofrecían mejores y más dignos salarios.

Un grupo de humildes obreros de Canela, que se habían ido a trabajar al mineral de Chuquicamata, con gran sentido de responsabilidad social y bello ejemplo de amor a su pueblo natal, se organizaron para conformar un comité que denominaron “Comité Hijos de Canela, residentes en Chuqui”. El objetivo fue planificar y aportar monetariamente en la construcción de un Hospital, Estadio y Teatro para Canela, en conjunto con los vecinos del pueblo que pondrían la mano de obra.

Yo cursaba el octavo básico cuando se hizo realidad el hermoso sueño del llamado “Hospital el Cobre”. Para su inauguración, el pueblo recibió con alegría la masiva delegación de mineros liderados por el presidente del Comité Hijos de Canela. En esa ocasión me correspondió representar a la juventud leyendo un discurso de bienvenida.

Además de la inauguración del “Hospital el Cobre”, los mineros trajeron una sorpresa: Becas de Estudio para los alumnos más destacados de la escuela de Canela. Fui uno de los que tuvo

la suerte de recibir ese gran premio personalmente de manos del tesorero don Reinaldo Campusano, quien en voz baja me dijo: “este hospital, necesita un doctor y queremos que sea usted”. Esta beca me permitió terminar mi educación escolar en la ciudad de Santiago.

Hablo de estos acontecimientos de mi vida, porque serán muy importantes en el futuro de mi amor por Cobreloa, y por coincidencia años más tarde, encontré trabajo en una importante empresa minera. Paralelamente seguí estudiando para entregar un mejor servicio a la empresa que me dio trabajo hasta el día de mi retiro.

Cuando escuché en las noticias deportivas que los mineros de Chuquicamata querían ser representados en el fútbol profesional con un equipo propio de la zona, me sentí profundamente identificado. Siempre he estado inmensamente agradecido de los mineros, y quería devolver de alguna forma ese gesto maravilloso que me brindaron, el que también ayudó en mi crecimiento personal.

Siempre he pensado que mi pasión por la naranja nació mucho antes del 7 de enero de 1977 porque, definitivamente mi vida dio un próspero giro gracias al Comité de Hijos de Canela. Desde entonces el amor se fue forjando lentamente. Yo sin dudar me puse la camiseta, me convertí en hincha, gocé con los éxitos, sufrí con las derrotas, fue todo un conjunto de sentimientos y cosas que nacieron en mí, con cada ingrediente que marcó mi vida.

Vibraba por mi equipo sin ver ni oír el desarrollo del partido a miles de kilómetros de distancia, solamente esperando las alarmas de gol de alguna radio en algún estadio, oír de pronto: “Gol en Calama” y tensar los nervios ¿Será de Cobreloa? ¿Será del equipo visitante? Verlo por televisión, contra los llamados equipos grandes, en Calama o en Santiago, y jugar Copa

Libertadores, era una verdadera fiesta. En horario de trabajo me escapaba de la oficina para ver los partidos.

Ya con mis hijos más grandes, íbamos a los estadios en Santiago y regiones cercanas, corriendo para alcanzar la micro de la barra con banderas naranjas y siempre pegada a la piel la camiseta más linda del mundo. Recuerdo que una vez, el año 1987, con mi hijo mayor viajamos a Quillota, el equipo jugaba contra San Luis. No alcanzamos a llegar, quedamos en panne, volvimos a casa para escucharlo por radio, resultado 1-1 gol de José Ortega. Otra vez el mismo año, fuimos a una casa que había en la playa de Ventanas. Nos llevamos la tele que era blanco y negro para ver el partido de Cobreloa con América de Cali, en Cali, Colombia, un 18 de septiembre 1987. Empatamos 1 a 1 con gol de Juan Carlos Letelier. El Ligua Puebla jugando con las costillas rotas. No logramos pasar a la final por diferencia de goles.

Cuando salía del trabajo me iba a la Calle Antonio Bellet, comuna de Providencia, a la oficina de clasificados de El Mercurio, ahí llegaban las ediciones regionales de fechas pasadas. Compraba el Mercurio de Calama, para informarme de mi querido equipo. A través de este periódico sabía de nuevos jugadores, nuevas contrataciones, los conocía solo por fotos. Me hice socio el año 2000 con el número 14459.

Cobreloa me ha dado muchas alegrías, como son los 8 campeonatos nacionales y buenos resultados internacionales, sin embargo, también hay penas muy grandes, como fue el descenso por secretaria el año 2015 y no poder ascender el 2018 ante los primos de Cobresal. Viajé con mi hijo mayor a Calama, vimos un estadio hermoso con una hinchada impresionante, pero con un resultado adverso, vimos mucha gente llorando de pena e impotencia. En ese momento de angustia me convencí de que el amor por Cobreloa es una pasión, un gran sentimiento, es el amor que nunca terminará.

*Martin Puelles Jorquera*

## LA PRIMERA CAMISETA

No muchos recuerdan la fecha exacta en que recibieron la primera camiseta del club de sus amores. Yo al menos lo tengo claro, fue un 5 de Julio de 2003. Faltaba un día para el partido de vuelta de la gran final del Torneo de Apertura del mismo año, que la disputaba el Cobreloa de Nelson Acosta y el Colo – Colo de Jaime Pizarro.

En la ida, Cobreloa había logrado aguantar el empate cero a cero en el Estadio Monumental, con una gran actuación de Nelson Tapia en portería, y por qué no decirlo, el error arbitral de no cobrar un claro penal de Rodrigo “Kalule” Meléndez sobre Manuel Neira. La ventaja era loína y en Calama definíamos el título que se nos había hecho esquivo por más de diez años.

Siempre me gustó el fútbol. Mi viejo es futbolero y cobreloíno por lo que en casa siempre había fútbol. Como olvidar esas Eliminatorias del 98'; el Mundial de Francia; seguimos las campañas de Iván Zamorano en el Real Madrid; los Juegos Olímpicos de Sidney 2000 que lideraba el mismo Iván. Fue mi padre quien nos llevó a mi hermano menor y a mí, al viejo y querido Estadio Municipal de Calama a principios de este siglo. Siempre me vestía con un buzo y alguna polera naranja, no de Cobreloa, sino cualquiera que tuviera el color naranja, además echábamos un polerón en nuestro Baleno del 97', para capear el frío a la salida del estadio.

Yo tenía 11 años, por razones lógicas no recordaba el campeonato de 1992, cuando de la mano de Sulantay y Puebla, bajamos la quinta estrella. Pero la campaña del 2003 la recuerdo con mucha claridad, la formación me la sabía de memoria, éramos un equipo de jerarquía en cuanto a nombres, con tipos “picados” y con hambre de triunfos, además teníamos a Fernando Cornejo, quien representaba la fidelidad y el amor a la camiseta y que era el único hombre que se mantenía desde aquél último título.

El equipo liderado por Acosta llegaba a esta final luego de lograr el primer lugar en la Fase Regular, mostrando solidez total. El eterno y clásico rival, Colo – Colo, llegaba como siempre con la

chapa de favorito asociado a su popularidad nacional, pero sobre todo, porque el ídolo nacional Iván Zamorano, sí el mismo que les mencioné anteriormente en el Real Madrid y en la Selección Nacional, estaba de vuelta en tierra criolla para lograr el sueño de infancia, ser campeón con el equipo de sus amores.

En la esquina de las calles Sotomayor y Latorre, se encuentra la tienda Corona, en pleno centro de Calama, fue ese el lugar donde la primera piel naranja llegó a mis manos. La final se jugaba el domingo 6 de Julio, y el día anterior, mi padre y mi madre me llevan a esta tienda, en el segundo piso en un colgador estaba ella: mi primera camiseta. Era marca Adidas, de color naranja, el escudo del club en el lado del corazón, el logo de la marca al lado derecho, en el centro decía TUR-BUS con letras verdes, unos ribetes blancos en el antebrazo, tres rayas negras en los hombros y un parche en la parte inferior que certificaba la originalidad del producto. Siempre fui grande para mi edad, por lo que la talla M me andaba bien, pensando en hacerla durar un tiempo. Era mi primera camiseta, mi primer amor, mi certificado oficial de que era cobrelóino de tomo y lomo.

Mi madre siempre ha sido una persona amable, de gran corazón, además muy persistente. Ella admiraba a Zamorano por su trayectoria y logros, aunque lograba separar a su ídolo del rival que enfrentaríamos al otro día, tan así, que en la misma salida donde llegó mi primera camiseta, pasamos por una galería del Paseo Ramírez para comprarle un regalo al mismísimo Iván Zamorano.

La primera complicación caía de inmediato, ¿Qué le puedes regalar a un tipo que viene de vivir más de 15 años en Europa, con un sueldo millonario? Bueno, mi mamá, siempre resolutiva, apuntó a las raíces de nuestra tierra: en esta galería encontró una figura de un camión minero de Chuquicamata con la clásica piedra de cobre color verdoso en su parte posterior. El envoltorio fue una bolsa de papel café comprado en la misma galería. Algo sencillo, pero con un gran significado.

Aquí comenzó la segunda complicación, ¿Cómo hacer llegar este regalo al mismísimo Zamorano? Aunque suene imposible, fue más sencillo de lo que se cree, simplemente nos acercamos al Hotel donde esa noche alojaba el eterno rival. Nos infiltramos, como espías entre un montón de periodistas e hinchas del cuadro albo que estaban en el exterior de este recinto ubicado cerca de Avenida Balmaceda. No sé bien como se dio todo, pero logramos llegar al frontis del hotel. En el lobby se divisaban los jugadores de Colo - Colo con sus buzos rojos, entre ellos estaba nuestro objetivo: Iván. Mi padre logró mandar un mensaje a Zamorano con alguien que estaba encargado de la seguridad, esto asociado a la cara de inocencia que pusimos mi hermano y yo, lograron sensibilizar al ídolo nacional, quien autorizó nuestro pase al hotel. Entramos con mi madre y mi hermano, y en un minuto, saludamos a “Bam Bam”. Mi madre le entregó el sencillo regalo y nos tomamos una foto, luego nos retiramos a nuestra casa.

Esa noche fue especial, se respiraba un aire de optimismo en Calama. En lo personal sentía que el debut de mi camiseta sería cábala para bajar la sexta estrella.

Llegó el amanecer. Nos levantamos, me puse mi camiseta y nos fuimos al estadio 5 horas antes del partido, que prometía un lleno total. Comenzó el partido, “Lucho” Fuentes nos da la primera alegría, la continúa el “Pepe” Diaz con una volea hermosa, y cuando Colo Colo buscaba el descuento, cae el tercero tras una gran escapada de Cornejo, en posición dudosa por la banda derecha, dejando a “Pato” Galaz para marcar el tercero.

Desatando el caos en los albos, sobre todo en Iván Zamorano, quien fuera de sus cabales por ver como se le escapaba el sueño, termina expulsado, agrediendo al árbitro Chandía. Este espectáculo lo tuve al frente de mis ojos en el sector Pacifico 1 del estadio, no me aguanté y terminé puteando y burlándome de quien ayer amablemente se había fotografiado con nosotros.

Finalmente cayó el cuarto gol y Calama fue un carnaval. Bajamos la sexta estrella y gritamos campeón. Este es mi mejor ejemplo de que la rivalidad dura los 90 minutos. En ese momento Zamorano representaba el rival a vencer, y Cobreloa éramos nosotros.

Hasta el día de hoy tengo esa camiseta, mi primer amor. La tengo guardada, con el logo de TUR-BUS gastado. Cuando la veo, recuerdo los hermosos momentos de aquella época de infancia. No solo me hace viajar a un campeonato en particular, sino a situaciones entrañables que, por ley de vida, no volverán, pero que guardo eternamente en el corazón, como una fotografía, la misma fotografía con Zamorano que hasta hoy, se encuentra en la sala de estar de mi casa.

*Diego Chávez Castillo*



## UNA ESTRELLA EN 2 TIEMPOS Y POR SÓLO \$1.500 PESOS

Antofagasta, domingo 22 de diciembre del año 2003. El reloj marcaba exactamente las 14:30 horas cuando empezamos a entreabrir los ojitos. El día estaba medio nublado, teníamos sueño y mucha sed (“caña”), producto de habernos amanecido con Víctor Hugo, el David y el Diego hablando de la posibilidad histórica, que nuestro equipo pudiera dar la vuelta olímpica ante nuestro archirrival en su propio reducto. Hablamos de nada más y nada menos que del “Albo” y el mismísimo Estadio Monumental de la comuna de Macul. El objetivo era conseguir la séptima estrella del Zorro Campeón de la mano del DT charrúa Luis Garisto, y nosotros ver alzar la copa, una vez más, a nuestro amado Cobreloa.

Teníamos que levantarnos rápidamente, ducharnos y ponernos nuestras camisetas naranjas para luego juntarnos con el Rola, el Metallica y el Toño. Pero mientras estábamos en eso, nos dimos cuenta que teníamos un problema, ¿adivinen qué? Sí eso. La noche anterior nos habíamos gastado toda la plata y tuvimos que recolectar dinero en todas partes, cada uno tenía \$1.500 pesos y más encima, en monedas de 100, lo cual hacía que sólo alcanzara una cerveza para cada uno, las cuales tendríamos que hacer durar los dos tiempos, eso si es que no había alargue y penales. Pero bueno, era lo que había y tendríamos que dosificar con mucha estrategia cada sorbo.

Eran las 15:40 horas. El partido estaba fijado a las 16:00 horas, y habíamos llegado corriendo para el encuentro con los amigos, quienes llevaban media hora esperando en calle Prat con Matta. Luego de los “rosarios entregados”, nos subieron y bajaron a garabatos por llegar tarde, empezamos a buscar local, pero estaban todos repletos, hasta que el Rola expresa enérgicamente: “Ya cortemos el webeo cabros QLS y vamos donde atiende una amiga, le diré que nos haga entrar como sea”. Rápidamente, caminamos dos cuadras y por fin llegamos al famoso “5 mentario”. Nos hicieron subir al según piso, nos pasaron unas cajas vacías como asiento, nos acomodamos frente al televisor de 32 pulgadas, y justo...justo Rubén Selman

pitea el comienzo de la gran final consecutiva de estos dos equipos. Mientras tanto la niña que atiende vino a la mesa y le pedimos las famosas cervezas, Diego nos hace la señal de cuidar los sorbos al Víctor Hugo y a mí, ya que éramos los únicos sin plata del grupo. Nosotros nos miramos y sí, estábamos dispuestos al desafío.

Se jugaba el partido de vuelta en sus primeros minutos. En el de ida, jugado en Calama, Cobreloa y Colo Colo habían empatado 2 a 2, por lo tanto, el resultado era totalmente incierto para ambos aspirantes al título. El partido era como dicen los comentaristas deportivos viejos: “no apto para cardíacos”. Se jugaba con una temperatura cercana a los 30 grados y más de 40.000 personas alentando sin parar a sus equipos, de las cuales casi 5.000 eran de los zorros del desierto.

Ya habían pasado 30 minutos del primer tiempo y el partido se volvía muy intenso, pero ¡Atención! Se cobra un tiro libre a favor de los zorros en el área grande del terreno antagonista, el cual es servido por Mauricio Dinamarca, quien lanza un centro aéreo con la pierna derecha, la defensa del cacique se queda inmóvil y aparece el cabezazo frontal de Luis “El Patrón” Fuentes, para anotar en el minuto 45 Cobreloa 1 y Colo Colo 0. Luego del gol pasaron casi 6 minutos y el árbitro Selman termina esta primera parte del cotejo.

Después de hacer los análisis del partido durante el entretiempo, inclusive con amigos de otras mesas, se da inicio al segundo tiempo con sólo la mitad de las cervezas bebidas, pero nuestro plan a los ojos de la mesera no era tan bueno, ya que cada vez que pasaba cerca nos decía: “¡Que se demoran! ¿Les traigo una cuchara mejor?”. Nosotros le decíamos que no, porque estábamos medios enfermos (enfermos de pobres jajaja). Pero bueno, íbamos ganando 1 a 0 y el DT Jaime Pizarro hizo dos cambios en su equipo para tratar de revertir el resultado: ingresaron Úbeda por Madrid y Leal por Villaseca. En el caso del DT Garisto, ingresó Arcadio González por “Pepe” Díaz, Juan Luis González

por Jaime González y Juan Carlos Madrid por “Pato” Galaz. Llegados al minuto 69, el recién ingresado Jaime González anota para Cobreloa. Nuestra alegría fue desbordante, sabíamos que la historia se teñiría de naranja por segunda vez ante el eterno rival. Lo que vino después, sólo fue para la estadística, la expulsión de David Henríquez para el cacique y el tibio descuento en el minuto 81 por Fernández, que en nada cambiaría la historia ya trazada.

Rubén Selman en el minuto 93, aproximadamente, pone término a la Gran Final del Torneo de Clausura del Fútbol Profesional Chileno 2003 y la emoción fue sublime. Nos abrazamos, gritamos y lloramos, no habíamos sentido tanta alegría desde la última final, donde Cobreloa también se la ganó al “Eterno Campeón” ... jajaj.

Llegaba la hora de marcharnos y aún nos quedaba un poco de cerveza, la que, a esas alturas ya estaba caliente y sin gas, pero nos dio lo mismo y le dimos el último sorbo victorioso. Ahora bien, un momento que todavía me emociona, es cuando el dueño del local silencia el audio de los televisores y pone la desaparecida Radio Chilena, donde hacen un contacto en vivo con Calama y el corresponsal que habla era mi papá, Alfonso “Poncho” Flores diciendo: “La gente de esta tierra ha sufrido tanto desde siempre, que esta nueva estrella es un acto de justicia”. Quedé paralizado, y en ese mismo lugar comenzamos a cantar el himno de Calama con lágrimas en los ojos, porque efectivamente lo que estaba en disputa no era tan sólo una copa, sino un símbolo de honra y respeto de todos los calameños, ante la postergación a la que por décadas nos ha sometido la autoridad, y que nos tiene con freno de mano, y eso hasta el día de hoy.

Con ese sentimiento, salimos del glorioso “5 mentario” de calle Maipú con Matta y nos fuimos a dar la vuelta olímpica a la Plaza Colón, donde nos encontramos a más hinchas loínos, con quienes colonizamos a la “Perla del Norte” por más de una hora y así fue como vimos sumar 1 estrella en 2 tiempos y por sólo \$1500 pesos, al actualmente 8 veces campeón de Chile y dos veces subcampeón de Copa Libertadores de América.

*Felipe Flores Toledo*

## PADRE DE CAMPEÓN

Corría el año 2012 en el Cajón del Maipo. Mi hijo cumplía 14 años, desilusionado de lo mal que lo había pasado en su búsqueda por ser futbolista profesional. Lo intentó en dos clubes importantes de Santiago, viajando 6 veces por semana después de clases, casi 2 horas de ida y otras 2 de vuelta desde el Cajón del Maipo al lugar de entrenamiento, con el mismo resultado: no sigue más, por ser delgado y sin fuerza. De esta forma, decide enfocarse en sus estudios y en otras actividades deportivas como atletismo. Sus notas, si bien eran buenas, mejoraron mucho más, pero nunca dejó de pensar en la pelota, donde podía jugar lo hacía: en la escuela, con los amigos y por supuesto en Juventud Maitenes nuestro Club de barrio.

Siempre me he sentido orgulloso de mi hijo, porque desde niño a destacado en todo. Cualquier padre se siente orgulloso de su hijo, es cierto, pero este caso creo que era diferente ya que mi hijo lograba medallas, trofeos, galvanos, eso pasa a diferenciar un niño de otro ¿Cierto? Y más en mi caso, pues soy un papá llorón. Todo me emociona mucho y suelto lágrimas con facilidad. Entonces, comencé a llamar a mi hijo como “Mi Campeón”.

Un día, nos enteramos que en el Estadio de nuestra comuna realizaban clases de fútbol con el nombre de “Cobreloa Cajón del Maipo”. El director de la escuela era un ex jugador de Cobreloa: José Miguel Catalán, quien nos dice que mi hijo puede comenzar enseguida a entrenar y así tratar de integrarse, ya que llevaban avanzada su categoría. Nunca le dijimos que mi hijo sabía de fútbol, que a los 6 años ya era cadete, así que comenzó a entrenar. A poco andar ya era titular indiscutido en el equipo, ganando torneos nacionales e Internacionales. Jugaron en tres países y les fue “la raja”, se llenaron de trofeos, el grupo se complementó muy bien, todos se querían como una familia y ese fue el plus, eso fue fundamental para alcanzar sus logros.

Después de pasar ese año, el Profesor de la Escuela nos dice que mi hijo se está perdiendo ahí y que debe presentarse el día lunes

en cadetes de Cobreloa Santiago para probarse con el profesor Leiva. Yo no estaba muy convencido, debido a lo mal que lo pasó en los clubes anteriores. Ese mismo día llegé al estadio del Cajón del Maipo mi papá, sí mi padre, a quien no veía desde hace años. Con alegría le cuento los avances y logros de su nieto, pero me contesta: “Que no pierda el tiempo tras una pelota, que no le va a dejar nada en la vida”. Ese fue el empuje que necesitamos para tomar la decisión de presentarnos en Cobreloa. Desde ese día no he visto más a mi padre. No cambió y no cambiará.

Mi campeón me dice que va a cumplir con su sueño de ser futbolista, ya que sabe el esfuerzo que hemos hecho como padres al llevarlo día tras día a entrenar.

Así que después de pasar por cerca de 2.000 postulantes, logra quedar dentro del equipo. Es “el nuevo”, el resto llevaba mínimo 3 años en el plantel. Tuvo que hacerse de un puesto. Partido tras partido realizó buenos encuentros, pero pocas veces fue titular durante el año. Nosotros entendíamos que esta era la oportunidad que necesitaba y tenía que destacar, ya que Cobreloa Santiago terminaba ese año, luego seguía sub17 en Calama y ahí solo llegaban los mejores.

Ya en las finales, sabíamos que lo había hecho bien, pero nadie nos decía nada, todo era un enigma. Mientras tanto, nos informaron que los jóvenes debían probarse en otros clubes si querían seguir en el fútbol, porque en Santiago, Cobreloa solo llegaba hasta esa categoría. Así que con mi hijo nos fuimos a Audax Italiano ¡Ufffff! Cerca de 3000 postulantes: Quedaron tres jóvenes, entre ellos mi hijo, así que solo faltaba presentar los exámenes médicos y comenzar el martes siguiente con los entrenamientos.

Mientras tanto, un día jueves, cuando quedan solo dos entrenamientos en Cobreloa para terminar la temporada, llega el Sr. Spicto a presenciar la jornada. Jugaron como nunca, sin

saber que los estaban observando. Al día siguiente, al terminar los entrenamientos, le informan a mi hijo que es unos de los cinco jugadores que viajará a Calama. Salió corriendo a abrazarme y contármelo. No les digo la emoción de toda la familia y como lloré nuevamente. Mi hijo estaba cumpliendo con su sueño.

Yo nunca fui hincha de ningún club, es más, no me gustaba el fútbol y menos verlo por televisión, pero poco a poco me comencé a teñir de naranja. Hoy en día, siempre uso algún tipo de vestimenta de mi querido Cobreloa, y todo gracias a los logros de mi hijo.

Mi campeón: ha sido un orgullo ser tu padre. Me pone feliz sentir el cariño que te tienen Entiendo que lo he hecho bien, y que he cumplido como padre. Me tocara seguir apoyando a tu hermana con sus sueños.

Hace dos años, saltamos de alegría en casa junto a mis suegros para el debut de mi campeón en el Primer Equipo. Desde ahí ya ha jugado creo que 12 partidos, cada uno mejor que el anterior. Tuvo que hacerla larga yéndose a préstamo, pero volvió ¡Y sí que volvió! Hasta con goles y un excelente juego. Es el mismo niño de ocho años que me impresionó tanto, porque juega con el corazón, se divierte con el fútbol, no siente la presión del partido, lo cual le permite pensar la mejor jugada en fracción de segundos. Ese es mi PABLO, MI CAMPEON.

***Pablo Brito Yever***

## 21 DE AGOSTO DE 1999

Corría el lejano agosto de 1999. Se aproximaba el que, desde fines de los 70, era el verdadero clásico del fútbol Chileno, el bravo: Cobreloa Vs Colo Colo.

Sábado 21, y a las 19:00 hrs, se iniciaba el partido por TVN. Comentaban Pedro Carcuro y el "Sapito" Sergio Livingstone. Mi padre y yo, fanáticos de Cobreloa, estábamos sentados frente al televisor expectantes de ver el partido. Toda la vida ha sido una espera para ganarle al equipo que siempre nos ha mirado en menos y al cual siempre le hemos hecho pelea. Frente a nosotros estaba ella, mi madre hermosa, fanática de Colo Colo, para quien, la llegada de este partido también era motivo de entretenimiento y a la vez de competencia, por saber cuál equipo ganaría.

Comenzó el partido. Cobreloa atacaba y tenía por las cuerdas al indio. Con la sirena de fondo, se sentía calentito el gol. La "Liebre" Riveros, el "Camión" Vallejos, el "Rockero" Abdala, empujaban y empujaban, pero la maldita pelota no quería entrar. En una de esas, se escapa un colocolino y Lucho Fuentes, se manda un planchazo: a los 42 minutos, roja directa de parte del árbitro Braulio Arenas. La rabia se apoderaba de nosotros. Mi mamita en tanto, se reía.

Luego viene lo increíble: el saquero del árbitro expulsa a Kalule Meléndez y Paolo Vivar por reclamos, esto, según Braulito y con toda la injusticia de su parte. Nos quedamos con 8 jugadores. Termina el primer tiempo y se hacía presente la sensación de que nos quitarían el invicto de 20 años en Calama. Pucha que sentíamos rabia con mi papá, saquero y la...

Se inicia el segundo tiempo y los tres sentados frente al televisor, más algunas de mis hermanas. Veíamos como Cobreloita, con aplomo, empezaba de nuevo a dominar el partido ¡¡8 contra 11!! En una de esas, a los 62 minutos, se escapa Riveros y le cometen foul, a la entrada del área, arco sur. Se para la "Liebre" frente al balón y ejecuta el tiro libre de manera magistral, dejando totalmente parado al "Rambo" Ramírez.

La pelota ingresaba al arco rival y mi papá y yo saltábamos y gritábamos eufóricos ¡¡Jugando con 3 menos!! le íbamos ganando al archirival que como siempre, recibía la ayuda del árbitro. Que felicidad más grande, saltamos, nos abrazamos, gritamos ¡¡Que golazo!! Mi mamita nos miraba no más, calladita, comiéndose el gol y la rabia, pero la pelotita, ya había entrado en ese arco.

Continuó el partido. Casi no pasaban los minutos y el Colo se nos vino encima. “Chamagol” González; “Nico” Córdova; el “Murci” Rojas, aparecían por todas partes. Cobreloa soportaba la presión. José Luis Campi atajaba todo. Abdala; Romero; Miranda, se hacían gigantes defendiendo el triunfo como fuera. Mi madre estaba inquieta, mi padre estaba nervioso, yo con “el tiritón en la pera” viendo como el reloj no avanzaba y el árbitro, sí el mismo árbitro cobraba todo a favor de Colo Colo.

10 minutos, 5 minutos, 2 minutos y seguíamos ganando 1 a 0. No nos cabía ni un alfiler. ¡La hora, la hora! Ya no le quedaban fuerzas al equipo, pero la garra y el corazón seguían ahí, resistiendo los ataques, resistiendo la mano negra de Arenas y nuestros corazones latiendo peor que en la primera cita.

Llegó el minuto 90 y seguíamos ganando, no lo podíamos creer. Hasta que de repente, un centro del “Murci” Rojas por la izquierda, es mal despejado de cabeza y le queda “chanchita” la pelota a Claudio Maldonado, quien fusila con un taponazo alto a nuestro arquero: minuto 92, gol de Colo Colo. Mi mamá saltaba de alegría, su carita llena de felicidad era mi único consuelo. Al último minuto, nos privaron de una victoria épica. Mi papá, resignado y exhausto por 90 minutos de tensión, acaba rendido en el sillón.

Pitazo final y se terminó la Batalla del Desierto entre Cobreloa y Colocolo, en Tierra Santa, en nuestro recordado y antiguo Estadio Municipal de Calama. En casa, todo volvió a la calma, la tranquilidad y la unión. Mi Mamita se reía, mi viejo se mataba de la risa con ella, y yo, con mis 4 hermanas, felices como siempre, en nuestra casa feita de Antofagasta, por allá, en el lejano agosto de 1999.

***Rubén Rojas Sepúlveda***



## COBRELOA: ENTRE CABALLOS Y GARRASPIÑAS

Mi historia se inicia aquí en Calama, cuando se jugaban los clásicos entre los equipos de Calama v/s Chuquicamata; Unión Coquimbo v/s Correhuela (Chuqui); Unión Caleta v/s Bellavista de Taltal; Tronador v/s Pedro Lagos de Calama.

Nos juntábamos varios hinchas y acompañábamos a la Selección de Calama por varias ciudades donde se jugaban las eliminatorias. Paralelo a eso se había formado el Club de Deportes El Loa. Por razones que me reservo, tuve que radicarme en la Ciudad de Arica. Estando en esa ciudad, el año 1977 fue fundado y aceptado en el fútbol profesional, nuestro Cobreloa. Siempre lo seguía desde allá, escuchando en onda corta de Radio Calama, los relatos de Don Arturo Larraín y el Sr. Elgueta, su nombre no recuerdo.

De regreso a “Tierra Santa”, los hinchas me invitan a participar en la barra oficial de Cobreloa. Recuerdo a Orlando Navarro Q.E.P.D; Pedro Alancay Q.E.P.D; Juan Zenteno; Patricio Córdova; Guillermo Garay; Humberto Chire, entre otros cuyos nombres no recuerdo. Termina el campeonato y Cobreloa sale campeón en 1980, clasificando a la Copa Libertadores

Nos juntamos un día martes en la sede que tenía la barra aquí en calle Vicuña Mackenna, para organizar el viaje a los partidos por Copa Libertadores en Argentina. Se hace la elección: presidente, Juan Zenteno; secretario, Ángel Corante; Tesorero, Pedro Alancay; director, Orlando Navarro. Una vez reorganizada la barra, hacemos contacto con el empresario de buses “Arancibia”, Don Roberto Arancibia, previa conversación de precios de pasajes día y hora de salida.

Salimos a las 2 de la tarde de un día viernes rumbo a Buenos Aires, en dos buses. Tipo 6 de la tarde, llegamos a Antofagasta. Aquí se embarcó un matrimonio amigo de Don Roberto. Cerca de las 9 de la mañana, llegamos a San Felipe y seguimos al Paso Los Libertadores, aquí llenamos de puño y letra una tarjeta migratoria para poder salir del país. Estando en la fila para

que nos timbrasen la tarjeta, nos avisan que un “hincha” cuyo nombre me lo reservo para no comprometerlo en esta historia, no puede salir del país por problemas de “cheque”. Juan Zenteno y yo, nos acercamos a una oficina de migraciones y pedimos hablar con el jefe y le explicamos que de todos modos los pasajeros eran hinchas de Cobreloa y trabajadores de Codelco, y en ningún momento este hincha estaba arrancando del país. Le pedimos que por favor autorizase a este hincha a salir y nosotros nos comprometíamos a traerlo de regreso. Con los argumentos entregados, el jefe nos autorizó.

Cruzamos la frontera y llegamos al control argentino de Punta de Vacas. Hacemos fila para el chequeo respectivo, y mientras estamos a la espera de los buses para seguir viaje ¡Sorpresa ¡No podemos seguir viaje! A los buses les falta un papel: el seguro internacional. Don Roberto toma un bus que iba a Chile. En la ciudad de Los Andes, saca los seguros, mientras nosotros esperamos en Punta de Vacas. El personaje que se robaba la película era Pablo Chavarría, “Condorito”. Afuera de la hostería hacía mucho frío, estaba todo nevado. Amaneció en este lugar, tomamos desayuno tipo 11 de la mañana y esperamos hasta que llegó Don Roberto con los seguros de los buses.

Proseguimos viaje a Mendoza, pasando por Portillo y otros lugares. Llegamos tipo 4 de la tarde a Mendoza. Aquí los pasajeros tomaron hospedaje por una noche, era domingo. El lunes, siendo las 13:30 horas, salimos con destino a Buenos Aires. Algunos pasajeros van despiertos observando el paisaje, otros están durmiendo. Llegamos a la capital de Argentina el martes, cerca del mediodía. Al otro día jugaba Estudiantes de La Plata con nuestro Cobreloa.

Para conocimiento de las personas que leerán esta historia, Pedro Alanca y, Orlando Navarro y yo quedamos alojados en un departamento del Hotel Palace.

El día miércoles, nos juntamos cerca de las 5 de la tarde para viajar a la ciudad de La Plata, previa consulta a la policía, de cómo salir de Buenos Aires. Calculo que recorrimos aproximadamente unos 100 kms. Por seguridad, dejamos los buses en un servicentro, a unas 5 cuadras del estadio. Llevábamos información desde Chile que los buses que habían llevado a los hinchas de Colocolo, habían sido apedreados y roto sus vidrios.

Nos fuimos al estadio y compramos las entradas. Antes de ingresar a presenciar el partido y alentar a nuestro Cobreloa, comimos algo en un espacio afuera del estadio donde vendían ferritos (anticuchos) y garraspiñas (maní confitado).

Tipo 9 de la noche empezó el partido. Como local, Estudiantes empezó dominando a Cobreloa. Unos hinchas de la Termoeléctrica Chuqui, colocaron un lienzo que los identificaba con esa sección. Nosotros estábamos ubicados en tribuna Pacífico, y la barra de Estudiantes, en tribuna Andes. De repente, observo que unos hinchas argentinos en forma sorpresiva, sacan y se llevan el lienzo de Termoeléctrica Chuqui como trofeo y lo instalan en su sector.

Para ser franco, no recuerdo el marcador. Pero lo que les contaré, lo recuerdo hoy y lo recordaré por siempre.

Terminó el partido. Por precaución, la policía nos ordena que debemos abandonar el estadio, cuando no queden personas en el recinto.

Cuando salimos, aproximadamente unos 100 hinchas argentinos esperaban de manera hostil y agresivamente a los hinchas de Cobreloa. Los policías argentinos no intervinieron y no le hicieron nada a los hinchas de Estudiantes. Había policía a pie y otros a caballo. En eso observo que un hincha de Estudiantes le quita el gorro que llevaba Lucho Piñones (Q.E.P.D) y este lo alcanza y se ponen a pelear. Interviene la policía a caballo y detienen a Piñones, quien era una persona corpulenta e iba al medio de dos caballos mientras estos trotaban. Todos vimos

cuando Piñones se frenó, y caen los policías junto con los caballos sobre los canastos que tenían garraspiñas para la venta. Se llevan detenido a Piñones.

Nosotros, no por cobardía, sino por seguridad de los hinchas pues la mayoría eran matrimonios y damas, no contestamos las agresiones y avanzamos hacia donde habían quedado los buses. Los hinchas de Estudiantes nos seguían tirando piedras (trozos de baldosas). De repente, cae Benito Castro, "El Zorro". Los hinchas argentinos lo están pateando en el suelo, le quitan su corbata ¡Y salimos al rescate! Nos queda una cuadra para llegar a los buses ¡Ah! me olvidaba contarles que nosotros llevábamos unas matracas metálicas desde Chile, que servían para llevar el ritmo de las canciones a Cobreloa. Ahora cae Juan Zenteno. Sí, el de los jugos Zenteno. Un hincha argentino le pega una patada, se está tratando de parar y viene otro con peores intenciones y alcanzamos a gritarle. Zenteno tenía una matraca en su mano y escucha nuestros gritos de advertencia. Levantándose del suelo, le pega con la matraca metálica en la cara al hincha argentino. Los gritos de llanto y dolor se escuchaban bien fuertes. Ahí terminó la pelea.

Llegamos a los buses como a las 2 de la mañana. Faltaba mucha gente, pero de a poco van llegando, y nos cuentan que algunos arrancaron, se perdieron y otros se fueron para otros lados. Luego de esperar a los que faltaban, regresamos a Buenos Aires, con la incertidumbre de los hinchas todavía ausentes.

Nos levantamos temprano y empezamos a consultar en los hoteles si habían llegado los hinchas. Gracias a Dios, estaban todos. Luego de esta operación, nos dirigimos al hotel donde se hospedaba nuestro Cobreloa. Nos fuimos caminando, cruzamos una gran Avenida que tenía 8 pistas de ida y 8 de regreso, no recuerdo su nombre. Nuestro objetivo era comunicarnos con dirigentes y el entrenador, para contar lo sucedido en La Plata y pedir protección policial para el partido con Ferrocarril Oeste.

Llegamos al hotel y hablamos con Don Vicente Cantatore. Una persona sencilla, un caballero del fútbol, quien nos dio las gracias por haber hecho el viaje en bus desde Calama a Buenos Aires acompañando a Cobreloa. Nos dijo que hablaría con dirigentes de la Confederación Sudamericana de Fútbol. Nota aparte, y para no empañar esta historia, el gerente de Cobreloa, cuyo nombre me lo reservo nos dijo: “Para qué vinieron” y yo le contesté: “Para Ud. Cobreloa es una fuente de Trabajo, para nosotros, es una distracción”. Ustedes, jurados o periodistas, averigüen quién era el gerente cuando Cobreloa jugó en Argentina. Tarde y noche libre.

Estoy por terminar esta historia y me estaba olvidando de contarles un chascarro que nos pasó: Navarro, Alancay y yo, alojados en el mismo departamento, todos los días pasábamos por una carnicería que se llamaba “El Búfalo”. Ofrecían varios tipos de corte de carne, entre esos me recuerdo del lomo liso, punta paleta y varios otros más. No aguantamos y compramos un sartén, aceite y pan. Conseguimos una cocinilla eléctrica con el gerente del hotel, le dije que era para tomar tecito y nos pusimos a freír un bistec. El hotel quedó pasado a fritura. En breve nos quitaron la cocinilla. Para resumir, en el partido con Ferrocarril no tuvimos problemas con la hinchada ni el público. Había policías y no fue necesario sus servicios.

El regreso lo hicimos al día siguiente del partido con Ferrocarril, lo encontré bien corto. Para la historia, aquí el nombre de algunos hinchas: Guillermo Sagal, Patricio Córdova, Marcelo Chávez, Juan Zenteno, María Zenteno, Rafael Pizarro, Orlando Navarro, Pedro Alancay, Juan Ocampo, Benito Castro, Luis Piñones, Pablo Chavarría, Jaqueline Navarro, Hermanas Santander, Cuevas Moro.

Cuando llegamos a la ciudad, no pude evitar recordar su himno: “Calama de mis amores, cuando lejos debo estar, solo sé que en el regreso, está mi felicidad”. ¡Viva Chile! ¡Viva Cobreloa!

*Ángel Corante Maizares*

## MI SALAR NARANJA

En mis volcanes y salares, siempre hubo una conexión especial con el fútbol. Mi pueblo Cebollar, se medía en intensos partidos con equipos de pueblos mineros aledaños: Ollagüe; San Pedro Estación; Polapi; Polán; Buena Aventura; Santa Rosa; San Martín; Amincha. Tanto de local o visita, ida y vuelta, todo muy bien organizado. Tal como en las historietas de barrabases, Cebollar era invencible y muchas veces ganaba los partidos en los minutos finales, por lo mismo siempre salía campeón.

Cebollar era principalmente un equipo familiar. Mis tíos cuentan hasta el día de hoy todas sus vivencias, inclusive las tácticas:

¡Quédate lauchero! ¡Pégale de afuera!,  
 ¡Juguemos al ataque! ¡No dejemos que tengan la pelota!  
 ¡Juguemos cómo Cobreloa! Graciosamente, con mi corta edad aún no sabía qué era Cobreloa, no sabía si era un pueblo cercano o una película, mucho menos lo que podía influir en mi futuro. Por los años 90, era tal la admiración por el equipo naranja, que tan solo el rumor de que Cobreloa vendría a visitar nuestros salares, generó que la gente pensara en paralizar las faenas de “La Boratera”, donde se extraía bórax del salar Ascotán, y de la ya apagada azufrera Amincha. Hasta el capataz más responsable por el trabajo, dejaría su puesto con tal de ver a sus mayores ídolos del fútbol.

Cobreloa hizo su visita a mis tierras el año 1993, con la idea principal de entrenar en mayor altura y así aprovechar su localía en Calama. Tuvieron una primera parada a las orillas del Salar de Ascotán, antiguamente existía un campamento de Codelco con todas las comodidades y bondades para el plantel. Cuesta creer que ídolos como el DT José Sulantay, Héctor Puebla, Juan Covarrubias, estuvieron en mi salar, vieron mis cerros, respiraron ese aire y vivieron la tranquilidad que existe allá.

La segunda parada de equipo fue en las canchas de la antigua azufrera Amincha, la cual queda a los pies del volcán Aucanquilcha,

de 6.176 Metros de altura. Este campamento se inició en 1927, y en su momento de mayor auge, se estima que llegó a albergar a cerca de mil trabajadores con sus respectivas familias.

Amincha, está próximo a los 3.900 metros de altura que no es algo menor. Mi abuelo paterno Octavio, trabajó muchos años allí hasta que la planta dejó de funcionar. Él me contaba todas las actividades deportivas que realizaban, principalmente el fútbol para los hombres en cancha de pasto natural (una vega) y el basquetbol para las mujeres en cancha de tierra, sí, de tierra tipo arcilla. También me relató cómo se preparaban para jugar contra los demás pueblos, pero cada vez que jugaban contra Cebollar, ya era prácticamente una derrota segura. Tal como lo era jugar contra Cobreloa en sus mejores años.

En la visita de Cobreloa, no se le permitió a la gente de los pueblos acercarse a ver el entrenamiento. Posteriormente, en Ollagüe, se les permitió tomarse fotografías con los jugadores o pedir autógrafos.

Yo era muy pequeño para dimensionar la visita de estos cracks a mi tierra. Obviamente hoy en día soy cobreloíno a morir, lastimosamente me tocó vivir el descenso en España, estaba estudiando allá en ese año 2015, para mí fue como si hubiera muerto un familiar.

Siempre que vuelvo a mi pueblo, veo las canchas ya en desuso, solo quedan los arcos, testigos mudos de quizá cuantas batallas, hazañas, alegrías o penas.

Esos arcos, con el imponente cerro de fondo, me dan una sensación de alegría al final de todo. El hecho de saber que la gente de mi salar buscaba sanas distracciones al arduo trabajo, que buscaban la manera de hacer su vida más amena, quizá darle alegría o emoción. Así, puedo entender todo el alboroto por la visita de Cobreloa a la zona.

*Héctor Meruvia Quispe*

## RACCONTO NARANJA

El polvo se levanta por la finca San Juan. Es difícil llegar desde este nuevo mall hacia el estadio, el cruce por la línea férrea nos acerca un poco más, pero eso no quita lo lejos que se ve el camino. Ya pasamos detrás del liceo LER, y me recuerda que estamos tan cerca de la Feria Modelo que parece que puedo saborear esos jugos vitamínicos, pero no hay tiempo de comprar nada, la micro nos dejó bastante lejos y el pitazo inicial está por comenzar.

El cansancio se hace notar, lo que es de esperar para un niño de 9 años que aprieta el paso para poder ver cada instante del encuentro. Desde lejos veo la entrada del liceo B-9 y sé que a su lado ya está el Municipal de Calama, pero aún queda camino, ya que ésta es la entrada de la visita, la que ajena nos mira pasar vestidos con los colores naranjos y como no, si este reducto sigue siendo inexpugnable para muchos.

Luego de un largo camino hemos llegado hasta a la puerta de ingreso, pero aún no es el final. Sé que nunca dispusimos de plata para comprar una entrada, pero a pesar de ello, mi viejo siempre apeló a la hinchada loina que nunca nos ha fallado. El pitazo inicial se escucha y nosotros aún afuera del estadio. Al parecer la suerte no nos ha sonreído esta vez. Pasan los primeros 10 minutos y por los pocos gritos que se oyen, creo que nada emocionante ocurre todavía en la cancha, pero afuera de ella veo un mundo único que se gesta cada domingo al ver jugar al zorro: las banderas y peluches naranjas se conjugan con los hinchas que corren a la entrada para no seguir perdiéndose parte del encuentro.

Estamos cerca del cuarto de hora de la primera etapa y mi viejo logra conseguirse una entrada, llegamos al sector Pacífico y vemos que en uno de los puntos más altos hay espacio para poder sentarnos, así que haciendo escala entre los asientos llegamos para apreciar todo el campo. A lo lejos escucho una pequeña radio que como siempre trae una persona mayor para



no perderse nada en el campo; empieza a caer la noche y el frío se hace sentir en esta tierra de sol y cobre, pero todo el frío desaparece cuando el gran Rodrigo Pérez se manda un golazo y lo viene a celebrar junto a todos nosotros subido a la reja que da justo frente a mí, las banderas naranjas flamean como dedicando ese gol a todos quienes vivimos travesías para ver al zorro cada fin de semana.

El partido termina y veo al pueblo naranja feliz por otra victoria en Tierra Santa, ahora se viene la segunda parte de la travesía de los fines de semana: volver a la casa. Pasamos rápido entre los cientos de feligreses del zorro, para tomar la micro, por suerte la siete roja pasa por estos lados, ya que es la única que nos lleva directo a la Gustavo Le Paige, lo malo es que también pasa por las poblaciones 23 de marzo, Alemania y Rene Schneider, por lo cual se llena fácilmente después de los partidos.

Llegamos a la esquina entre el camping del zorro y el Estadio Municipal y por fin logramos subirnos a la “siete roja”. Nos arrinconamos en la micro que va llena a más no poder y así me despido nuevamente del estadio que a lo lejos deja ver sus luces encumbrándose hacia el alto cielo, que una vez más se tiñó de naranja para una victoria de Cobreloa.

*Christian Muñoz Jiménez*

## LOS COMIENZOS DE UN FANATISMO

Tengo bastantes recuerdos por lo que me comentaba mi padre ¿O ya es parte de mi memoria? Lo acompañaba al estadio desde que tenía 3 años, 1984 aproximadamente, y él siempre con su bolso de almuerzo (la vianda). Recuerdo que había tanta gente en el estadio y largas filas, por lo cual siempre nos íbamos temprano.

Cuando mi padre no podía ir a los partidos, comencé a ir solo o acompañado por mi hermano, hermana o primos, de entre 12 y 16 años, siempre buscando la forma de entrar gratis al estadio. Mi hermano Martín, como encargado del grupo, nos empujaba al lado de una persona adulta, nos agachábamos y pasábamos de a uno, hasta que nos encontrábamos todos juntos en el sector pacífico.

También íbamos a los entrenamientos, siempre al lado de mi hermano Martín, así conocí a los jugadores, me saqué algunas fotos con ellos, me dieron algunos autógrafos y recorrí el estadio con ganas de conocer siempre los camarines y el túnel por dentro.

Por las tardes, al regreso de la escuela, almorzábamos escuchando los programas deportivos, desde ahí que no dejé de seguir varios programas de fútbol. Pasábamos por varios diales locales, participábamos llamando a la radio, ganando desde botellas de vino hasta una entrada a partidos de copa Libertadores.

Junto al mismo grupo de hermanos y primos, fuimos al partido “Cobreloa vs Universidad Católica” aproximadamente en el año 1994. En esa oportunidad sí llevamos entrada, porque no podíamos quedarnos fuera y sabíamos que habría más seguridad al ingresar. Había bastante gente fuera del antiguo estadio municipal, era un partido importante y como era costumbre del hincha loíno en aquellos años, no dejaba de asistir a tan cruciales encuentros. Finalizó el partido con empate a 1. Como de costumbre, esos encuentros con los equipos de la capital solían ser a muerte y siempre terminaban con algún incidente. En esos años los hinchas eran más apasionados, perdiendo o ganando seguían los cánticos, pero en especial ese partido fue eufórico al momento de la salida.

Como sabemos, la entrada y salida de los equipos para ingresar al estadio era detrás del sector de galería sur (en el antiguo Estadio Municipal), por lo cual todos los hinchas nos fuimos a esa zona y obviamente nosotros igual, para gritar unas cuantas palabras al rival (U.C.)

Había mucho resguardo policial, bastantes hinchas y gente que nos empujaban de un lado a otro. De pronto, un grupo de persona comienza a balancear el bus del equipo rival muy violentamente, mientras subían los jugadores. Alguien lanzó una piedra que rompió la ventana. Recuerdo al futbolista Tupper quien se asomó por dicha ventana rota, mientras que por la puerta del bus salía eufórico el señor Rozenthal, gritando un montón de cosas. ¡¡Hasta que llega carabineros a caballo y fue una batalla campal!! Todos corrían para todos lados. Nosotros, sin perdernos de vista los primos y mis hermanos, nos tomamos de la ropa mientras carabineros nos tiraba encima el caballo. Nunca olvidaré la grosería que le grite... jajaja, éramos unos niños y no unos vándalos.

Así llegamos a casa cansados, contando la aventura, y de todas formas felices por ese empate.

*Helen Rivas Álvarez*

## MI NIÑEZ NARANJA

Cuando niño, mi vida era pasar en el estadio junto a los grandes futbolistas de esos tiempos. Hablo de los años 1981 – 1982, en los que nadie le ganaba a Cobreloa en Calama, eran partidos a estadio lleno en la Copa Libertadores y campeonatos oficiales. Vi jugar a Sporting Cristal, Alianza Lima y otros equipos que se fueron derrotados desde Calama.

Recuerdo que iba todos los días a los entrenamientos, cuando estaba ese cuerpo técnico de lujo integrado por don Vicente Cantatore, don Luis Saavedra y don Juan Carlos Gangas. Me entretenía mucho con ellos. Cómo yo era de escasos recursos, mi primer equipo de Cobreloa me lo regaló Mario Soto, quien tenía una tienda de deportes en calle Ramírez, y mis primeros zapatos de fútbol me los regaló Víctor Merello. Fui el niño más feliz con mi camiseta, pantalón y medias naranjas.

Se me viene a la mente cuando iban desde el estadio al club de campo a entrenar y a me llevaban en la combi color crema que tenía Washington Olivera “El Trapo”. Después de los entrenamientos volvían al camarín y Campito tenía un fondo con jugo de naranja heladito para todos. Después, le ayudaba al “Mentira” a limpiar los zapatos de fútbol que llegaban llenos de pasto y barro.

Recuerdo y me emociono, cuando me sentaba en la banca de los reservas del equipo durante los partidos.

Yo era muy feliz al salir a la cancha junto con el equipo y sentir la sirena que siempre los recibía. Me consideraba la mascota del equipo. Todos los días después de la escuela, con mi equipo en una maletita roja, llegaba al estadio y me cambiaba de ropa junto a los jugadores, me hacían sentir uno más, un profesional siendo solo un niño.

Mi tesoro más preciado, es la foto del equipo en la cual salgo junto a los jugadores. Esa foto fue calendario en esos años.

La alineación de aquel entonces era la siguiente:

Eduardo Fournier, Hugo Tabilo, Eduardo Gómez, Mario Soto, Héctor Puebla, Enzo Escobar, J Carlos Letelier, Víctor Merello, Nene Gómez, J. Luis Siviero y Washington Olivera. Grandes jugadores, un gran equipo y mejores personas.

Esa es la parte de mi historia con Cobreloa. Una parte sencilla pero profunda, inolvidable. Yo aún vibró con el equipo, aunque a la distancia, ya que vivo en La Serena, pero mi corazón es naranja de nacimiento y lo seguirá siendo hasta el final.

*Juan González Solís*

## GRACIAS POR ELLO

Mi historia se remonta al año 1987, cuando Cobreloa gana el grupo 3 de Copa Libertadores de América enfrentando a San Paulo y Guaraní, cuadros brasileños.

Por lo atractivo que resultaba enfrentar a esos equipos, y en mi condición de miembro y vice presidente de la Barra de Cobreloa de Chuquicamata, más o menos en la primera quincena de marzo del año 1987 y después de un conversado tercer tiempo de futbol amateur, veíamos con otros integrantes de la misma Barra, la posibilidad de organizar un viaje y acompañar al club en esta nueva odisea de la competencia internacional.

En principio, el viaje se veía un poco difícil por la situación laboral, lo largo que resultaba hacerlo por tierra, como para entusiasmar a los hinchas trabajadores.

Una vez concluidas las reuniones y conformadas las comisiones, iniciamos la campaña de invitación, con la ayuda de los medios de la época: radio, prensa escrita y TV divisional. La iniciativa prendió, teniendo que detener las inscripciones cuando ya teníamos una cantidad de inscritos que completaban 4 buses, o sea 160 personas aproximadamente. Entre los inscritos figuraban damas trabajadoras, esposas y otras féminas que serían parte de los viajeros, lo cual sin lugar a dudas daba un realce diferente a la delegación. De todas formas, se anotó tanta gente, que teníamos una gran lista de espera con personas pendientes a cualquier renuncia de uno de los inscritos para ocupar inmediatamente su lugar.

Como en ese tiempo la directiva del club estaba compuesta por altos ejecutivos de la empresa, a quienes éramos funcionarios de ésta, no se nos hizo problema el conseguir la autorización, ya fuera por vacaciones, permisos, descansos acumulados, etc. Lo importante era viajar alentando a Cobreloa, para el efecto, se hicieron los contactos con la

empresa de buses internacional “Pluma”, los que tomarían a la delegación en Santiago.

Como correspondía, nos aperamos con todos los suvenires relacionados a la institución naranja, llámense gorros, poleras, banderas, chaquetas, etc. Otros más osados y con la teoría de que el vino y el pisco chilenos eran muy cotizados en Brasil, también llevaron su pequeño stock para un posible intercambio o venta de los mostos nacionales. Después les cuento el resultado de aquello.

Catalogo este viaje como una aventura, debido de la serie de anécdotas que se produjeron, partiendo por lo que significaba cuatro días de viaje en bus hasta llegar a destino. Se puede considerar como primera anécdota, el hecho que nuestro viaje coincidía con la visita del Papa Juan Pablo Segundo a nuestro país, por tal motivo en nuestra partida desde Calama el día 5 de Abril del año 1987, en una caravana de 4 buses de una empresa local, nos encontramos por el camino hacia Antofagasta con un grupo de alumnos, profesores y apoderados del colegio Silva Lezaeta, que marchaban caminando hacia el encuentro con el sumo pontífice. Los objetivos eran diferentes, pero al reconocer los jóvenes los buses con barristas, se produjo un alegrón con vítores y buenos deseos para ambas misiones.

Llegando a la capital para el trasbordo correspondiente, todo coordinado desde nuestra ciudad, nos encontramos con una flota de buses de primer: cómodos; elegantes y con un personal de una disposición que invitaba a la confianza. Eran prácticamente tres días de viaje y la duda nuestra consistía en si los conductores (2) resistirían tan largo trayecto, pero la responsabilidad de esta empresa (PLUMA) era tal, que cada cierta hora y diferentes ciudades cambiaban el personal, cada equipo tenía su cantidad de kilómetros a recorrer y puntos de recambio.

La segunda anécdota, ocurrió en la calle larga de la ciudad de los Andes, donde existía un compromiso por parte de un amigo que colaboraba en la fundición de Concentrado. Éste se había contactado con sus familiares y les había pedido que esperaran el paso de la delegación con dos chuicas de vino criollo procesado artesanalmente por ellos. Como teníamos que pasar por el frontis de su casa para llegar al paso los Libertadores, no nos fue difícil ubicar el domicilio y recibir tan preciado regalo para nuestros hermanos brasileros, como eran dos los botellones con el elixir. Los pasajeros del primer y segundo bus, asumieron la responsabilidad de hacerse cargo de tan preciado cargamento.

Pronto, comenzaron las dudas si en la aduana nos dejarían pasar aquello y quien sería el que asumiría la propiedad, hasta que alguien sugirió probar la calidad del producto. En una votación ganada con un 99% de adhesión, se determinó literalmente, sacarle el aire a la chuica y comprobar lo exquisito del vino. Para que decirles que no hubo necesidad de dar explicaciones a los aduaneros ya que el líquido se esfumó.

Realmente fue un viaje cansador pero maravilloso. Nos permitió conocer y atravesar gran parte de la Pampa Argentina, cruzar el Rio Paraná bajo su torrente para surgir en la primera ciudad fronteriza brasileña, observando un panorama totalmente diferente. Un cambio sorprendente, ya que nos encontramos con los cariocas en plenitud. Hombres de color y hermosas garotas y todo diferente a lo que hasta ese momento del viaje habíamos vivido, como posadas y restaurantes en el camino que tenían la capacidad de atender a la totalidad de los miembros de delegación.

Para el uso de duchas en estos locales, se les daba preferencia a las damas viajeras y después a los varones que eran mayoría. Lo cierto, que hay tanto que contar de esta travesía que solamente lo voy a resumir como muy agradable.



Llegar a San Pablo; conocer Campiñas, lugar de origen del equipo llamado Guaraní; visitar el histórico estadio Morumbí, fue una experiencia única. Cobreloa disputó ese encuentro bajo una lluvia torrencial y lamentablemente no le fue bien. Sin embargo, durante 180 minutos, pudimos alentar a nuestro equipo en Brasil.

Viajamos por tierra ocho días, considerando ida y regreso, lo que nos permitió disfrutar y compartir vivencias inolvidables que realmente fueron muchas. Podría haber contado varias que realmente fueron sabrosísimas, pero lo dejaremos para otro concurso.

Me despido, no sin antes agradecer la oportunidad que me brindó la institución naranja de poder acompañarles a Bolivia, Paraguay, Uruguay, Argentina y Brasil.

GRACIAS POR ELLO.

*Ricardo Pérez Castillo*

## DE TRIUNFOS Y OCASOS

Aquella mañana desperté temprano. Era un día importante: la final del campeonato frente al archirrival y además el último partido oficial de Zamorano vistiendo la camiseta de Colo Colo. Este antecedente le agregaba un condimento especial al partido. Jamás había visto a mi Cobreloa salir campeón, el 92 era muy chico y, por lo tanto, la emoción casi me hacía explotar. Recuerdo que el día se me hizo eterno, pero por fin llegaba la hora de caminar al estadio, iba con mi viejo, hincha acérrimo del Colo, se imaginarán que me molestó durante todo el día con que le sacarían la cresta a Cobreloa, pero en mi corazón sabía que ese día sería especial.

Galería sur, lleno total. El municipal hervía de gente y los olores se combinaban para crear esa atmósfera que solo una final puede ofrecer.

Cobreloa salta a la cancha, todo se tiñe de naranja, el partido ni siquiera ha comenzado y la gente está en éxtasis, ese éxtasis que solo se puede sentir cuando sabes que el equipo al que amas se vestirá de gloria. El calor típico de las tardes calameñas acompaña el inicio del partido, pitazo inicial: comienza el festival.

Primer tiempo apretado. Mi viejo se hacia el weón, para que no cacharan que era del Colo. Ya no me molestaba, parecía presentir lo que vendría. Cobreloa era más que su rival, pero eso no se traducía en grito de gol, que todas los loínos teníamos a flor de boca y del cual aún no nos podíamos liberar.

Minuto 28', tiro libre favorable a Cobreloa. Martel saca un centro por la banda izquierda y Lucho Fuentes se eleva para empalmar de cabeza. La red se mueve como en cámara lenta y el tiempo se detiene. Todos se convierten en uno y retumba en un eco infinito el grito sagrado, desatando la fiesta. Papá ya no ríe.

Segundo tiempo. El ambiente es algo más distendido, pero

nunca debes confiarte, Cobreloa acostumbra hacerte sufrir, amarlo, implica aceptar ese sufrimiento, pero estamos acostumbrados a eso, somos hijos del rigor y Cobreloa lo sabe y siempre te lo hará saber.

Minuto 67', centro rechazado por el gringo Walker y el Pepe Díaz con un gesto sutil, como burlándose de Colo Colo y de toda su hinchada, eleva el balón por sobre el arquero y comienza la fiesta: 2-0.

Cinco minutos después, comenzó el festival de Zamorano. Fuera de juego de Fernando Cornejo, santo loíno, se la entrega a Galaz, quien anota. El línea no cobra nada, y se decreta el 3-0. Los reclamos albos abundan y nuestro querido Iván, entiende por fin, el error que implicó terminar su carrera en ese equipo, entiende lo desclasado que es jugar en el lugar donde lo rechazaron cuando era un adolescente, con un talento gigante, pero con claros signos de desnutrición infantil. Comprende al fin que está cerrando de la peor forma su carrera, al renunciar a ser un ídolo nacional y jugar en el cuadro que lo botó como si fuera basura. Colo Colo queda con ocho en cancha, pero eso no empaña en nada el triunfo del zorro.

Minuto 87' y nuevamente el pato Galaz anota. La fiesta es total: 4-0. Final del partido y Cobreloa se corona campeón después de 11 años, sexta estrella que baja del cielo, mis ojos se llenan de lágrimas y tengo por fin esa emoción de sentirme el mejor de todos, solo el fútbol puede lograr eso.

Jamás olvidaré ese día y tampoco la cara de Zamorano y de mi padre, que más que sentirse triste por la derrota, se sentía triste por el final de Iván.

*Patricio Cruz Morgado*

## EL ANCIANO DE LA GALERÍA SUR

Tenía 13 años y era el miércoles 13 de abril de 1993. Cobreloa enfrentaba a Cerro Porteño en octavos de final de la Copa Libertadores. Luego del empate 1 a 1 en asunción, no podía perderme la revancha en Calama, pero como no tenía dinero para la entrada, ir al estadio se me hacía imposible.

Eran otros tiempos y sí, se podía entrar al estadio sin tener entrada ¿Cómo se hacía? Llegabas temprano al estadio y le decías a cualquier adulto que te hiciera pasar delante de él como acompañante, de esa forma logré ingresar a la añeja galería sur, esa de tablas y palos que a duras penas aguantaba los partidos de alta convocatoria.

Me senté junto al viejito con el que ingresé. Nuestra conversación fue de fútbol y mientras esperábamos el inicio del partido, me contó que iba al estadio desde que comenzó la historia de Cobreloa y que vio jugar a Nelson Pedetti, Ladislao Mazurkiewicz y Luis Garisto, entre otros jugadores históricos. Yo estaba maravillado con lo que me relataba. Como el partido era de noche y en pleno otoño, pronto el frío se hizo sentir en Calama. Estábamos conversando, cuando el viejito, seguramente notando que yo sentía frío, me pregunta: “Hijo ¿Quiere un café?”. “Bueno”, le respondí.

El partido en el primer tiempo terminó cero a cero. Típico partido copero en Calama. Cobreloa atacando y el visitante especulando y tratando de no sentir los efectos de la altura. Tema aparte la actuación del arquero de Cerro Porteño, Faryd Mondragón, atajó todo lo que iba a su portería, conversábamos de eso cuando el viejito me ofrece un sándwich que sacó del bolso en el que también llevaba el termo donde mantenía calientito el nuevo café que me sirvió.

Perdimos ese partido por dos goles a cero. Uno de los goles fue hecho por el brasileño Dida, con un gol de más de 50 metros, dando origen al dicho “Mandarse un Peracazo...”.

Me fui triste a mi casa por la derrota, pero ese día descubrí el componente afectivo que tiene el fútbol, en el estadio se dan amistades, nacen amores, el fútbol no es de soledad y si algún hincha llega solo, al final siempre puede terminar conociendo a alguien.

Con el tiempo seguí viendo al viejito en el estadio, siempre con su chaqueta y gorro naranja. Nunca le pregunté su nombre, yo simplemente lo saludaba y él me decía “hola cabro”.

Por mis estudios me fui a otra ciudad. Cuando volví al estadio no vi al anciano de la galería sur. Jamás olvidaré esa noche, en la que él generosamente compartió conmigo no solo el café y el sándwich, sino también su experiencia y amor por los colores del zorro.

***Diego Ponce Bolado***

## COBRELOA Y YO

Difícil saber el momento y lugar exacto donde surgió mi amor por este equipo. Puede ser por sus colores, sus títulos o más bien por la familia, de aquí creo yo que nace este amor por el gran club que es COBRELOA.

Mi cercanía al equipo empezó más o menos así:

Yo era solo un pequeño niño, y ya estaba ligado a Cobreloa, mi padre Raúl Vallejos C., fue un funcionario más del club, quizás nadie lo recuerde por su nombre, pero estoy seguro que lo harán por su divertido apodo “EL MOSCA”. Recuerdo que hacía de todo, tanto en el estadio como en el club de campo. No sé bien cuál era su cargo, pero sí recuerdo a sus compañeros de labores, algunos de los cuales siguen ligados al club mientras que otros ya están han partido a cuidar mejores pastos: el “Caballero” Molina; el “Negro” Alex; el “Milico”; los queridísimos “Menta” y “Campito”.

Como mi padre trabajo allí, imagínense mi vida de niño, llena de recuerdos y anécdotas. Recuerdo que siempre que podía iba al estadio, era como mi casa, veía los partidos desde donde yo quisiera: tribuna, andes o galería, y algunas veces hasta en las casetas de transmisión. Alguna vez subí la inmensa escalera de metal que llegaba a las casetas, abrí una puerta, y me llevé un gran susto, pues dentro estaba un caballero grande, colorín, muy blanco y de pelo ondulado. Me asusté tanto que bajé corriendo las escaleras. No supe quién era hasta después de un tiempo: ni más ni menos que Don Pedro Carcuro estaba ahí. Yo de todas formas, nunca más volví a las casetas.

Pasaba tanto tiempo en el estadio que hacía prácticamente lo que quería. Veía los entrenamientos; entraba y salía de los camarines; conocí a varios jugadores emblemáticos de los 80; hasta vi un partido desde el viejo marcador de goles, aquel que tenía la publicidad de un auto ¿La recuerdan? Ese marcador era manejado por una persona

encargada de cambiar las tablas cada vez que se hacía un gol. Son muchos recuerdos los que tengo de mi infancia ligada a Cobreloa, recuerdos imborrables que vivirán para siempre en mí.

Mi papa trabajó más menos entre 1978 a 1988 en el club, una década ligada a Cobreloa. Mi papá, yo mismo y nuestra familia, pasamos muy bellos momentos en esos años. Espero que esto que les estoy contando, no le traiga problemas a mi padre, digo por dejarme ir cuando yo quería al estadio y al club de campo, él solo hacia lo que cualquier padre haría por la felicidad de su hijo, porque yo era feliz en el estadio.

Ya más grande, y cuando mi padre ya no trabajaba en el club, yo seguía asistiendo al estadio, eso si ahora era solo cuando se podía, ya que por motivos escolares o económicos no me era tan fácil ir a los partidos, o colarme a los entrenamientos, o conocer a los jugadores.

¿Recuerdan la piscina que había en el club de campo? Ahora era mi hermano quien trabajaba allí. Otra vez alguien de la familia ligado laboralmente a Cobreloa. Ustedes comprenderán que me resultaba gratis la entrada. Ir y venir de la piscina a casa, era como recordar mi niñez en el estadio.

Ya han pasado muchos años desde que aquel niño se paseara por dentro y fuera del estadio. Los tiempos han cambiado y ya todo es diferente, pero el amor a Cobreloa sigue vivo y es traspasado a mi hijo, el que ya desde muy pequeño era fanático del equipo, el pobre lloraba cuando íbamos perdiendo o empatando los partidos en casa.

Mi papá aún tiene algunos viejos amigos en el estadio y le hicieron un favor, gracias a ellos mi hijo pudo entrar a la cancha acompañando al equipo al salir del túnel en un partido oficial. Creo que es uno de los

recuerdos más lindos que mi hijo tiene de su niñez. Desde luego, espero que el día que yo tenga un nieto, continúe con la tradición familiar de profesar amor y cariño a este gran equipo.

Sobre la pregunta que me hice al principio de esta historia ¿Cuándo surge este amor a Cobreloa? La respuesta es muy sencilla: el amor surge cuando nací.

*Andrés Vallejos Saravia*



## ESPERANDO A MI MADRE EN LA PUERTA DEL ESTADIO

Desde que tengo uso de memoria he sabido que mi abuelo y mi padre eran hinchas de Cobreloa, hasta su último día de vida.

De las tantas veces que fuimos al antiguo municipal de Calama a ver jugar al Zorro, la que más recuerdo es aquella en la que, como de costumbre, un domingo a las 15:00 horas nos dirigimos hacia el estadio para una fecha más del campeonato de Primera A. Como también era costumbre, solo nos alcanzó para comprar una entrada de galería adulto y una de niño, así que mi padre, mi abuelo y yo, ingresamos por la galería Sur, esperando a que mi madre pudiera ingresar a los minutos después de que le consiguiéramos una entrada.

Con tanto ir y venir, el partido ya había avanzado bastante en su primer tiempo, así que mi papá y mi abuelo me dejaron esperando a mi madre en la puerta. Algo pasó, pues no me encontré con mi madre, y ahí me quedé yo, con 10 años de edad parado en la entrada que da al costado de la piscina municipal por cerca de 30 minutos.

Cuando me vio personal del estadio, llamaron a carabineros, ya que pensaron que me había extraviado. Me llevaron hacia la caseta donde estaba carabineros que se ubicaba en el sector Pacífico del estadio. Mientras yo esperaba sentado y asustado por mi madre, ellos anunciaban por altoparlante que me encontraba con carabineros y que algún familiar se acercara al lugar para reconocerme.

Después de un rato, llegó mi madre a buscarme. Como yo me había portado muy bien mientras esperaba, los carabineros nos compraron 2 empanadas y 2 bebidas y luego de que terminó el partido, nos llevaron a toda la familia al sector de camarines de Cobreloa. Vimos llegar a todos los jugadores y me firmaron la camiseta que traía puesta y un libro que mi padre llevaba a todos lados, donde coleccionaba recortes de los periódicos con todas las noticias de Cobreloa. Incluso el jugador Luis Fuentes

se tomó una fotografía con nosotros, y mi padre con mi abuelo, que eran los hinchas más fervientes de la familia, me agradecieron que les hubiera dado la oportunidad de poder tener un autógrafo del plantel completo.

Empecé este día perdido esperando a mi madre en la puerta del estadio, y terminamos con fotos y autógrafos de los jugadores de Cobreloa que por ese tiempo dirigía Don Nelson Acosta.

*Luis Tobar*

## COBRELOA A PRIMERA

Tema musical. Genero andino. Registro N° 2020-1859 del Departamento de derecho intelectuales del servicio nacional del patrimonio cultural de Chile. Interpretado por la “AGRUPACION MUSICAL SUPAY” de Calama.

Este tema musical, nace con el afán de incentivar al equipo de COBRELOA, en el día de su cumpleaños: 07 de enero del 2020, para que pueda subir de división, ya que este es el sueño de cada simpatizante e hincha del equipo.

Yo, como trabajador contratista minero. Un 26 de diciembre 2019, a las 10:00 AM, mientras trabajo en la minera Gabriela Mistral, me propongo componer un tema musical dedicado a Cobreloa, con la idea principal de motivar el ascenso del equipo. Nombro la zona geográfica; características físicas; colores corporativos; mascota representante; actuaciones deportivas del equipo en el extranjero y, por último, la actitud de lucha que siempre nos ha regalado el plantel.

Llamo al director del grupo musical Supay y le propongo componer un tema, dedicado a nuestro equipo para poder apoyarlo y a la vez dar realce a la conmemoración de los 43 años de la institución. El director se interesó en mi propuesta y comenzamos el trabajo de los arreglos musicales junto a lo demás integrantes del grupo, la letra ya la tenía escrita.

Luego, comenzamos la grabación de cada integrante. Una vez creado el audio final, trabajamos en una polera que incluyó el logo del grupo musical y de Cobreloa.

Nos ponemos en contacto con Francisco Alivia, productor audiovisual, para grabar un video clip, lo que se hizo difícil, debido a que ya se acercaba el aniversario del equipo, y la idea de este proyecto era justamente hacer este regalo musical durante los festejos de celebración.

Al tomar contacto con la directiva Cobreloa, y proponer nuestro anhelo, se nos menciona lo complicado que es poder hacer alguna actividad pública, por la situación adversa que estaba viviendo nuestro país con el estallido social. Finalmente, este regalo musical se hace solo a través de redes sociales y plataformas web.

Espero algún día, como calameño y cobreloíno de corazón, estar presente con la “AGRUPACION MUSICAL SUPAY”, a la cual yo pertenezco como bajista, sobre el escenario, interpretando nuestro tema musical y celebrando el ascenso a primera división de nuestro equipo.

*Alejandro Zuleta Vallejos*

## LLEGÓ PAPÁ

Corría el año 92. Yo tenía 11 años, era amante del fútbol y obviamente, hincha de nuestro Cobreloa. Vivía con mi madre y mi tío.

Mi madre también era Cobreloína, pero no iba al estadio. De ella, recuerdo cuando me llevó, con mis 8 años, a celebrar un título loíno a la plaza en Calama, un 23 de marzo. Por otro lado, mi tío, jugador de fútbol amateur, cada fin de semana desaparecía con sus amigos de la Unión Española en Las Vegas. El “Loco Cato” jugaba al arco, todo un personaje.

La primera vez que asistí al Estadio Municipal fue por el año 89, a un partido frente al Colo, invitado por un vecino y sus hijos, todos amigos míos y todos colocolinos. Recuerdo que el vecino le pidió permiso a mi mamá y ella me mando con una bolsa llena de fruta, que vergüenza.

Un día, otro vecino apodado “Chino Adonis”, nos invitó a los niños del sector centro de Calama a formar parte de una barra, esa era la barra “Mina Sur”, y nos ubicábamos en el sector de Pacífico, blok 1. Recuerdo que, una vez terminado el primer tiempo de cada partido, “El Chino” nos comparaba helados, con eso estábamos pagados y agradecidos. Nos entregaban hojas con cánticos y papel picado para lanzar cuando el equipo salía a la cancha y cuando hacía goles. Ese año Cobreloa hizo una muy buena campaña. ¿Cómo olvidar los goles del “Fantasma” Figueroa y sus piruetas para celebrar? Fui a todos los partidos de local y jamás presencié una derrota de mi equipo. Faltando 6 o 7 fechas, no recuerdo bien, Cobreloa se debía medir con el CDA en Antofagasta.

Todos los loínos queríamos estar ahí, pero sabía que, por mi edad, mi mamá no me daría permiso, lo cual me causaría gran frustración y pesar. Yo insistía con mi mamá, pero ella no cambiaba su postura. Mi preocupación crecía con cada día que pasaba y ya no sabía qué hacer, algo me decía que tenía que ir a

ese viaje, que no podía faltar. Escuché por la radio que se habían acabado los asientos en los buses. Estaba liquidado. En la escuela algunos compañeros hablaban del viaje, irían con sus padres o algún familiar. Era una pesadilla ¿Porque yo no podía ir? La Feria Modelo era mi paso obligado entre el colegio y la casa.

Un día, pasando frente a los jugos Zenteno, vi que vendían pasajes con entrada incluida y pregunté si quedaban cupos. Zenteno me dijo que mucha gente quería ir y que pondrían más buses. Me volvió el alma al cuerpo. Llegué a casa y le dije a mi tío que se animara y me acompañara. Él no tenía muchas ganas, ya que jugaba en la liga de Las Vegas los sábados, y los domingos en los pueblos del interior (pichanguero el viejo). Una vez me llevó a un partido en Caspana donde me tomé mi primera cerveza, jajaja pero es otra historia.

Tanto insistí, que al final, faltando pocos días, mi mamá por fin nos dió el vamos. Fuimos a comprar los pasajes a la feria y quedamos en el bus N°3. Justo se habían bajado dos personas a última hora y quedamos en los primeros buses. En el colegio podía comentar con los compañeros el número de asiento y bus que tenía. Estaba feliz

Llegó el fin de semana. Recuerdo que ese día viernes me costó mucho quedarme dormido. La ansiedad me comía.

Día sábado, 14 de noviembre del año 92. Camino a la Feria Modelo, a una cuadra de mi casa, subíamos a los buses amarillos que transportaban al personal de Codelco. En horas de la tarde partíamos rumbo a Antofagasta mi tío y yo.

Llegando el control policial de Dupont o Enaex, la caravana se detiene. Al mirar por la ventana, pude darme cuenta de la cantidad de vehículos que viajaban. Fue impresionante ver al convoy de buses que venían detrás, era un verdadero tren amarillo, 40 o 50 buses, quizás más, sumando a los autos particulares que acompañaban la caravana, todos con banderas

naranjas. Continuamos el viaje con algunas paradas en Sierra Gorda y Baquedano, entre cánticos, chistes e historias, las que cada cierto tiempo, eran interrumpidas por el clásico grito... COBRE-COBRE. Llegamos a Antofagasta ya cayendo la noche nublada. Bajamos a la costanera por el centro. Las bocinas de las maquinas amarillas gritaban: “LLEGÓ PAPÁÁÁÁ...LLEGÓ PAPÁÁÁÁ...LLEGÓ PAPÁ, LLEGÓ PAPÁ”. La gente nos saludaba. Desde las ventanas de los buses, asomábamos nuestras banderas naranjas. Era una fiesta y nosotros fuimos los anfitriones. La ciudad se detuvo a contemplar el espectáculo. Me sentí un actor pasando por la alfombra roja.

Llegamos a las cercanías del estadio. Bajamos de los buses y la masa naranja comenzó a tomar ubicación en el Estadio Regional de Antofagasta. Nos ubicamos en la galería norte y gran parte de la tribuna Andes. Fue una gran ola naranja la que inundó el estadio de los Pumas.

Una persona disfrazada de puma, corría con una bandera gigante por la pista atlética, alentando al público local y anunciando el espectáculo deportivo que se avecinaba. El puma, en un acto desafiante, también hizo su recorrido por el sector de los hinchas loínos, provocando que los cánticos se hicieran ensordecedores e imparables. Cuando el puma pasó, cayeron algunas naranjas muy cerca de donde este personaje corría, una de ellas impactó de lleno en su cabeza casi botándole la máscara, lo que fue muy gracioso y causó las risotadas de todos.

Cobreloa ganó el partido 3 a 1, y ese año bajó su quinta estrella. Yo seguí la campaña completa de local y ese partido de visita. Fue inolvidable y una hermosa experiencia junto a mi tío, hermano menor de mi madre, que para mí siempre será mi papá.

Hoy tengo 40 años, y sin lugar a dudas, fue la mejor experiencia que viví siguiendo al club de mis amores.

*Hans Soto Yáñez*

## UN INFARTANTE PASO A LA FINAL

Era un día sábado 28 de junio del 2003. Cobreloa se enfrentaba a un duro rival como Huachipato en la semifinal de vuelta del campeonato de apertura. La ida fue un apretado 2-1 para los acereros. La vuelta se veía complicada, pero como cobreloíños, sabíamos que esa tarde pasaríamos a la ansiada final, la que nos permitiría levantar la sexta estrella, después de más de 10 años. El día del partido, íbamos ingresando al estadio por Pacífico, mi familia y yo, que en esa época tenía 16 años, cuándo, pasado el control de entradas, nos encontramos con “El Filo”, un ícono del club, conocido de mi padre, quien nos saluda afectuosamente y le dice a mi papá que le faltaban pasa pelotas y si me daba permiso para estar en cancha ayudando en esa tarea. Mi papá me pregunta: “¿hijo quieres ir?” Y yo le dije que obvio. Era algo nuevo, nunca lo había hecho y jamás había visto un partido desde el mismo césped, así que me fui con “Don Filo” hacia un camarín dónde estaban los otros chicos. Me pasaron un buzo Adidas azul con blanco y un peto verde, luego me fui a ubicar tras el arco norte. Mi tarea era bastante simple, solo ir a buscar los balones que salían hacia atrás del arco y volver a mi posición. Viví el partido con muchos nervios.

Promediando el partido, llegó el 1 a 0 de Verón, que trajo un poco de calma. Aquí se produce un momento singular: se acerca el arquero Fournier y nos dice que escondiéramos las pelotas. Había que hacer tiempo y eso hicimos.

Pero aún no estábamos en la final. Fuimos a tiempo extra, los nervios nos comían pues en cualquier momento caía el gol de oro. El partido estaba apretado, ambos equipos se veían cansados, cuando se provoca esa jugada gloriosa, a 5 minutos de terminar el partido: Galaz habilita a Martel y éste hace una pausa para vencer al gran portero Gati, quien hasta ese momento había atajado todo. “El Facha” Martel hace el ansiado gol de oro en el mismísimo arco donde yo estaba. Fue tanta la euforia del gol y de pasar a la final, que los tres pasapelotas que estábamos ahí, salimos corriendo junto a los jugadores hacia las rejas de Andes.



Me colgué al lado de Martel para gritar mi alegría. También llegaron los fotógrafos e inmortalizaron ese momento de gloria.

Al día siguiente, el día 29 de Junio, voy caminando por el centro y veo la portada del Mercurio de Calama: ahí estaba yo, en primer plano junto a Martel y el resto de los jugadores celebrando. Sin duda que esa fue la guinda de la torta. Me sentí feliz y con la certeza de que seríamos campeones. Esa semifinal fue muy difícil, incluso más que la misma final y para mí, quedó a fuego marcada en mi vida de hincha loíno.

*Ricardo López Ledesma*

## NACE MI AMOR NARANJA

Comienzo contando que mi padre, nacido en Ovalle, es un fiel hincha de la Universidad de Chile. Con mi madre, nacida en Concepción, es hincha de Colo Colo. Por esas cosas de la vida, ambos se conocieron en Calama, se enamoraron y fruto de ese romance nacieron dos calameños de los cuales yo soy el mayor. Cuando yo era pequeño, mi padre me vestía con el uniforme azul, la camiseta llevaba el número 11, en honor a Leonel Sánchez (aún conserva esa camiseta). Eso hasta el 30 de noviembre 1982. A mí me gustaba y gusta mucho el fútbol, ya con 4 años y 7 meses de edad acompañaba a mi padre a sus partidos en la Liga Exótica. En esos tiempos se jugaba en canchas de tierra. Se hablaba mucho del gran Cobreloa de esos tiempos y yo prestaba atención a cada comentario. Mi padre y mi madre, no sé por qué, no le tenían mucha estima a Cobreloa, por lo tanto no había posibilidad de que naciera en mí un cariño hacia ese equipo.

Como decía, con 4 años y 7 meses recuerdo a la perfección la final de Cobreloa contra Peñarol. Quizás se me quedó grabada por la emoción triste que viví, no lo sé. Esa noche, estábamos los tres frente al televisor viendo la final. Recuerdo mi ansiedad para que Cobreloa marcara un gol. Hasta que llega el minuto fatal. Recuerdo que mis padres gritaron ese gol a modo de celebración, yo los miré y exploté en llanto, no paraba de llorar y mi padre, al darse cuenta, me mira con incredulidad y me abraza, creo yo sin entender el por qué de mi gran pena. Recuerdo haber tenido una bandera de Cobreloa en mis manos, no sé por qué la tenía, eso no lo recuerdo. Mi padre entonces, me toma de la mano y me lleva a las rejas de su departamento de soltero de aquella época, mientras intenta calmar mi llanto.

Creo que esa noche, mi padre se dio cuenta que su hijo, al que él vestía de azul, no seguiría esos colores, mis propios colores eran naranja. Desde ese día mi padre nunca más me vistió de la U., por el contrario, me apoyó y hasta el día de hoy me apoya en mi amor hacia mi gran Cobreloa. Con el tiempo, me acompañó al estadio, compró dos abonos en Pacífico 1; teníamos nuestros

asientos reservados con nombre. Estuvo conmigo en la campaña del año 92. Viajamos a La Serena con la barra del equipo.

Actualmente, vivo en La Serena. Me vine a estudiar hace 24 años atrás. Luego que mi padre se retirara de Codelco, también se vino a vivir a esta zona. Les puedo contar que cada vez que a Cobreloa le toca jugar acá, en la cuarta región, vamos al estadio con mis dos hijos, hinchas fanáticos de Cobreloa (a mi sí me resultó, jajaja), y obviamente nos acompaña mi padre, al cual terminé llamado: “El Chuncho naranja”.

*Christian López Vergara*



## **JURADO MI HISTORIA NARANJA 2020**

### **SHENDA PEÑA**

Geóloga de profesión. Escritora, guionista, columnista y gestora cultural.

### **GABRIELA SOTOMAYOR**

Historiadora del Área de Museos y Patrimonio. Le encanta leer y se dedica al fomento lector en niños y jóvenes.

### **ÁNGELO CORREA**

Relator de Fútbol, director del sitio [www.sociosdeldesierto.cl](http://www.sociosdeldesierto.cl), autor de la biografía de Hernán "Clavito" Godoy.

La primera edición de  
"MI HISTORIA NARANJA 2020"  
publicada por  
Editorial Bukowski,  
se terminó de imprimir  
en la ciudad de Concepción, Chile,  
en el mes de Diciembre de 2020.  
La edición consta de  
200 ejemplares